



UN ROMANCE VAMPÍRICO

EL BESO DE LOS

eternos

T. N. HAWKE

EL BESO DE LOS ETERNOS

Un romance vampírico

de

T. N. HAWKE

@del libro T.N. Hawke, 2023.

Todos los derechos reservados.

@de la portada T. N. Hawke.

Corregido por Virginia de Novoa.

Todo lo contenido en este manuscrito (texto, imágenes, etcétera) es parte de la propiedad intelectual protegida por la Ley de Derechos de autor.

En ningún caso se concede o concederá permiso para la distribución no autorizada o las descargas ilegales de cualquier contenido de este manuscrito, en formato digital o en papel.

Por favor, respeta a los escritores y no te descargues nuestras obras de manera ilegal.

El mundo se ha vuelto cada vez más competitivo y más caro y vivir de escribir es un trabajo muy duro. Así que gracias por leerme, me hace muy feliz que le des una oportunidad a mis libros, pero por favor hazlo a través de Amazon.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[DEDICATORIA](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

SINOPSIS

Renata es una humana que ha pasado casi toda su vida bajo el yugo abusivo de su madrastra.

Vlad es un príncipe vampiro cuyas emociones están siendo consumidas por la soledad.

Un peligroso **baile de máscaras**.

Enemigos al acecho.

Y mucha sangre y **mordiscos vampíricos**.

No te pierdas este ***retelling* de *La Cenicienta* ambientado en la época moderna... con vampiros, sangre, pasión, acción y luchas a muerte.**

Renata:

Al morir mi padre cuando yo tenía nueve años, mi custodia quedó en manos de mi horrenda madrastra, que se ha dedicado a atormentarme toda la vida junto a sus dos horripilantes hijas.

Pero todo cambia cuando encuentro un *ticket* dorado en la vieja caja de las pertenencias de mi madre.

Ahora soy la inesperada dueña de una de las codiciadas entradas al Baile de los Eternos, que los vampiros de la realeza celebran en el temido Palacio Negro; y tengo toda la intención de ir en secreto...

O eso pretendía hasta que una de mis hermanastras encuentra el vestido de segunda mano y la codiciada entrada en el viejo almacén de herramientas de jardín en el que me obligan a vivir.

Pero justo cuando creía que todo estaba perdido, mi vecina, la excéntrica anciana Hada Madrigal, acude en mi ayuda.

¿Bastará una sola noche para cambiar por completo mi vida entera?

NOTA: este libro es autoconclusivo y no pertenece a una saga de libros interconectados. Se puede leer por separado.

DEDICATORIA

A todos mis lectores:

Gracias por ayudarme a cumplir mis sueños de ser escritora y por vuestros hermosos mensajes de apoyo durante una de las épocas más duras de mi vida.

Os quiero.

T. N. (Marta)

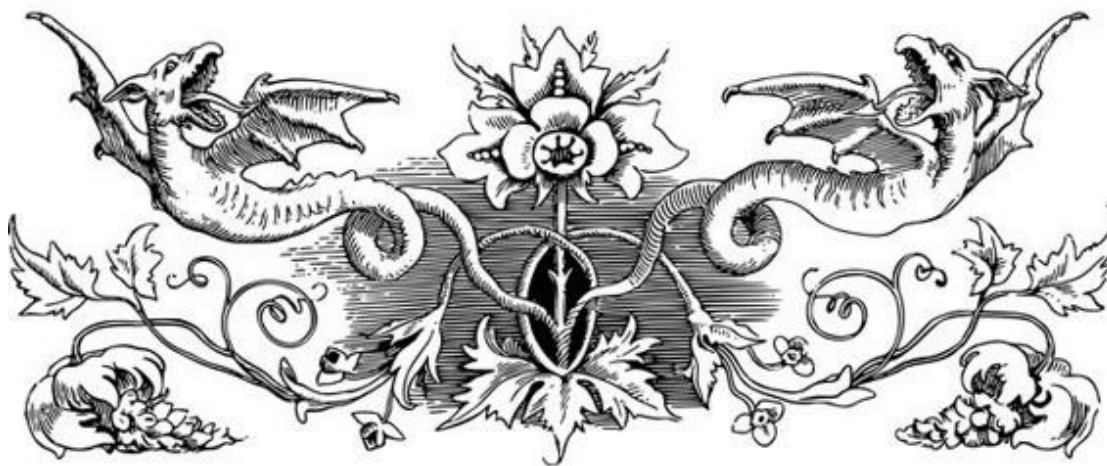
Dustceawung (palabra del inglés antiguo):

Profunda reflexión sobre el hecho de que el polvo solía ser otras cosas: las murallas de una gran ciudad, un rey, un soldado, un libro, un árbol...

Conocimiento de que el polvo es el destino de todo aquello que habita el mundo, ya sea un ser vivo o un objeto.

Traducción de la autora inspirada en una entrada original de Wiktionary.

Capítulo 1



SÉ VALIENTE

RENATA

Están durmiendo todavía, me digo a mí misma, tratando de animarme. Tú puedes, Ren. Sé valiente.

Sé que es probable que no me pillen porque tienen un sueño profundo, especialmente cuando han bebido, pero aun así el corazón me late a mil por hora mientras subo la ladera montañosa que llega hasta la verja metálica, vieja y corroída en algunos sitios, que rodea la humilde propiedad.

Escalar el empinado terreno con mis viejas zapatillas deportivas no es fácil, y durante los largos minutos que ello me lleva me maldigo varias veces mientras me esfuerzo por no resbalarme y caer cuesta abajo. La piel de las manos se me enrojece y me escuece por la fuerza con la que me agarro a los raquíticos árboles y a las plantas que crecen en la ladera.

Cuando llego arriba del todo, estoy cubierta de tierra y hollín de los pies a la cabeza y resoplando como si hubiera corrido una maratón. Hubo un incendio en el bosque hace un par de meses y, aunque por suerte no fue tan grave como podría haber sido, quemó buena parte del bosque que rodea la zona en la que vivimos.

Maldita sea, no voy a pasar desapercibida con estas pintas. Voy a tener que darme una ducha y eso sí que va a llamar la atención, me lamento en silencio, buscando con la mirada el agujero que hice en la verja a escondidas con los alicates hace unos días.

Cuando lo encuentro, con la respiración cada vez más agitada por los nervios, mi ansiedad casi salta hasta los cielos porque mi maldito pelo rubio y la bolsa con la que cargo se enredan en el metal retorcido de la pequeña entrada y tengo que perder preciosos segundos de tiempo desasiéndome del agarre.

Joder, ¿por qué hago siempre las cosas más difíciles de lo necesario para mí misma?, me pregunto mentalmente con irritación.

A estas alturas de mi vida, estoy casi convencida de que mi perpetua mezcla entre ansiedad, depresión, insomnio y rabia anulan mi capacidad de raciocinio, pero curiosamente es algo con lo que todavía no me acostumbro a vivir.

No siempre, al fin y al cabo, ha sido así.

Todavía recuerdo mi infancia, feliz y libre de preocupaciones, antes de que mamá muriera y papá decidiera joderlo todo casándose con la bruja de mi madrastra.

Una vez dentro de la propiedad, suelto una larga bocanada de aire y, procurando no hacer ruido y guiándome por mi memoria, ya que el cielo todavía está oscuro y apenas veo nada, camino hacia mi cabaña, situada, por suerte, a unos metros de donde estoy.

Con manos temblorosas y alerta a cualquier signo que indique que las tres habitantes de la casa principal, en la que tengo prohibido poner un pie a no ser que sea para limpiar, se han despertado, abro la puerta de mi pequeño rincón, a cuya madera ajada hace poco le di una capa de pintura impermeable para intentar evitar que la lluvia la estropeará todavía más, y me meto dentro.

—Por fin —suspiro, dejando salir el aire de mis pulmones una vez más, esta vez con alivio.

Me relajo un poco en cuanto la puertecilla se cierra tras de mí, permitiéndome hablar en voz queda para poder oír la única voz amigable de este sitio infernal: la mía propia.

Apenas quepo dentro del lugar.

No alcanza los dos metros cuadrados y, por ello, mi cama de noventa y la cómoda que me

hace las veces de mesilla de noche ocupan todo el escaso espacio del que dispongo.

Pero al menos ellas no entran aquí porque lo consideran tan «repulsivo» como dicen que soy yo.

Arrodillándome junto a la cama, dejo la mochila a un lado mientras saco una de las cajas de plástico en las que guardo mis escasas pertenencias, incluyendo mi ropa. En la otra guardo las pocas cosas de mis padres que mi madrastra me permitió quedarme cuando nos obligaron a dejar la antigua mansión en la que viví mis años más dulces, pero esa trae recuerdos tan agridulces que rara vez la abro.

Con manos nerviosas y sabiendo que el tiempo apremia porque las Tres Horrendas, como me gusta llamarlas mentalmente, tienen un extraño instinto para joderme la vida, lo saco todo y rápidamente escondo la mochila con la ropa prestada al fondo del todo, volviendo a introducir mis pertenencias encima de esta a toda prisa.

Una vez hecho esto, vuelvo a meter la caja cerrada bajo la cama y me incorporo sintiéndome mucho más aliviada.

El nudo de mi estómago se desata un poco y al fin me permito relajarme casi del todo.

—Muy bien —murmuro con una leve sonrisa, ilusionada cuando pienso en el resto de mi plan.

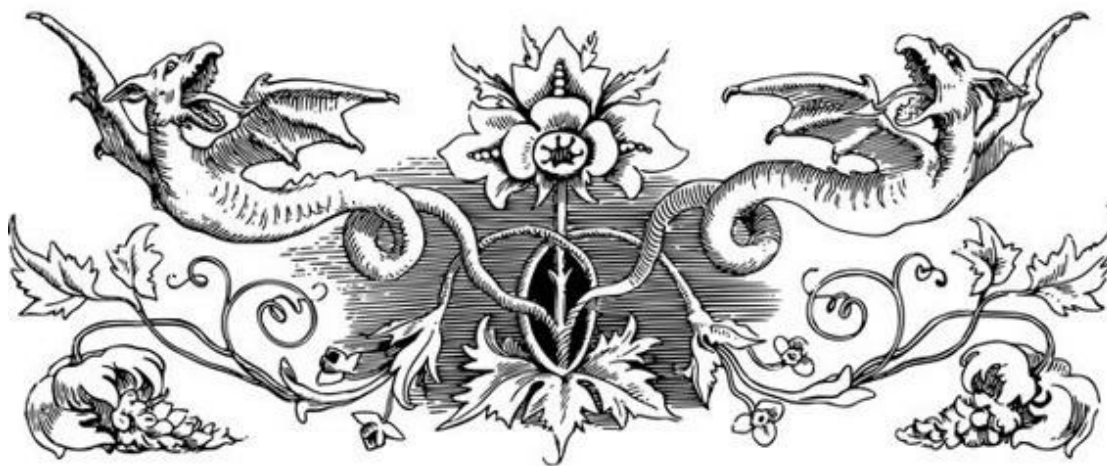
Desciendo la vista hacia la ropa que llevo puesta y suelto un suspiro.

Definitivamente voy a tener que ducharme, aunque ya de paso puedo aprovechar para poner una lavadora con el resto de ropa sucia que he acumulado este mes, ya que no tengo permitido lavar mis prendas junto a las de las demás cuando hago la colada porque mi madrastra y mis hermanastras aseguran que mis cosas «ensucian» las que ellas poseen.

Salgo de la cabaña con intención de ir a la zona de lavandería, donde una manguera colgada del techo me hace las veces de ducha porque tampoco se me permite entrar en la casa principal para usar el baño, pero es entonces cuando, por desgracia, me pillan.

—Oh, por todos los diablos —chilla una voz aguda y cruel—, ¡chicas, venid a ver esto!

Capítulo 2



CENICIENTA

RENATA

—¡Venid corriendo, rápido! —grita una de mis hermanastras, Irma, que está asomando la cabeza por la ventana de su habitación para fumar, y se echa a reír como una horrenda hiena histérica cuando su madre y su hermana entran en su habitación, señalándome—. Mirad a Repulsiva, ¡parece una pordiosera!

—Madre mía, qué asco —gruñe mi otra hermanastra, Dalia, con una mueca de disgusto y ojeras bajo los ojos—. ¿Qué has estado haciendo, Repulsiva? ¿Revolcarte en el barro del jardín como los cerdos?

Su hermana incrementa el volumen de su risa, tan aguda que parece apuñalarme los nervios.

Aprieto la mandíbula y busco una excusa en mi cabeza de las muchas que he preparado por si me pillaban.

—Ha habido algo de aire esta noche y la terraza se ha llenado otra vez de cenizas del incendio, así que he estado barriendo —me excuso, deseando no ser tan mala mentirosa como siempre soy.

Por suerte, esta vez no me pillan.

Quizás es que están todavía demasiado adormiladas como para ello.

Cuando mi madrastra habla, las demás callamos porque la mujer no tolera que la interrumpan y suele reaccionar de manera violenta cuando ello sucede incluso con sus propias hijas.

—Ve a lavarte, das asco.

—¡Más asco de lo habitual! —vuelve a reír Irma—. ¡Deberíamos llamarla Cenicienta en vez de Repulsiva!

—O mejor —añade su hermana uniéndose a sus risas como si fuera un chiste de lo más divertido—: ¡Repulsiva Cenicienta!

—Oooh —aplaude Irma—. Ese nombre le pega más.

Me mira de arriba abajo con un brillo cruel en sus ojos que puedo ver porque el sol está empezando a asomar por encima de nuestras cabezas.

—Le va como anillo al dedo —sonríe de manera sádica mi madrastra, que irónicamente se llama Ally^[1], aprobando las palabras de sus hijas—. Repulsiva Cenicienta —llama con burla en la voz, usando el tono que siempre utiliza cuando quiere que hagan algo por ella.

Sé que si no le respondo me llevaré una azotaina con la vara de madera, así que me trago las ganas de gritar y lo hago.

—¿Sí?

Trato de ignorar las risotadas de mis dos hermanastras, aunque con cada año que pasa me resulta más y más difícil hacerlo.

La rabia y el odio me hacen arder las entrañas, pero me las trago como siempre hago.

—¡Incluso ella sabe que ese debería ser su nombre real! —resopla Irma de la risa, con tanta fuerza que casi parece que vaya a ahogarse, pero se pone ambas manos sobre los labios para ahogar sus carcajadas cuando se da cuenta de que su madre le lanza una mirada irritada por haberla interrumpido.

—Lávate y luego haznos el desayuno —ordena Ally—. No toleraré que rondes por ahí

con aspecto de pordiosera, ¿qué pensarían los vecinos de nosotras si te vieran?

Los vecinos os han visto y oído abusar de mí desde que era una cría más de una vez y no parecen tener opinión al respecto, me irrito, pero escondo mi ira tras un cabeceo de asentimiento porque no me apetece pasarme todo el día adolorida y forzada a trabajar mientras ellas se ríen de mi dolor.

—Sí, señora.

No me está permitido llamarla de ninguna otra forma que no sea señora o *madame*.

La mujer me mira de arriba abajo como lo ha hecho su hija Irma, tan parecida a ella física y mentalmente, y cierra las solapas de su larga bata de seda, vieja pero cara, con una expresión de arrogancia y aversión en el rostro que suele ser perpetua.

—Y luego corta madera para la chimenea, que empieza a hacer fresco por las noches —decreta, antes de darse media vuelta y volver a su dormitorio.

Ojalá el maldito humo os asfixie algún día mientras dormís, pienso con furor en la oscura privacidad de mi mente, pero no dejo que nada de ello se refleje en mi rostro.

—Sí, señora —repito en un tono de voz monótono.

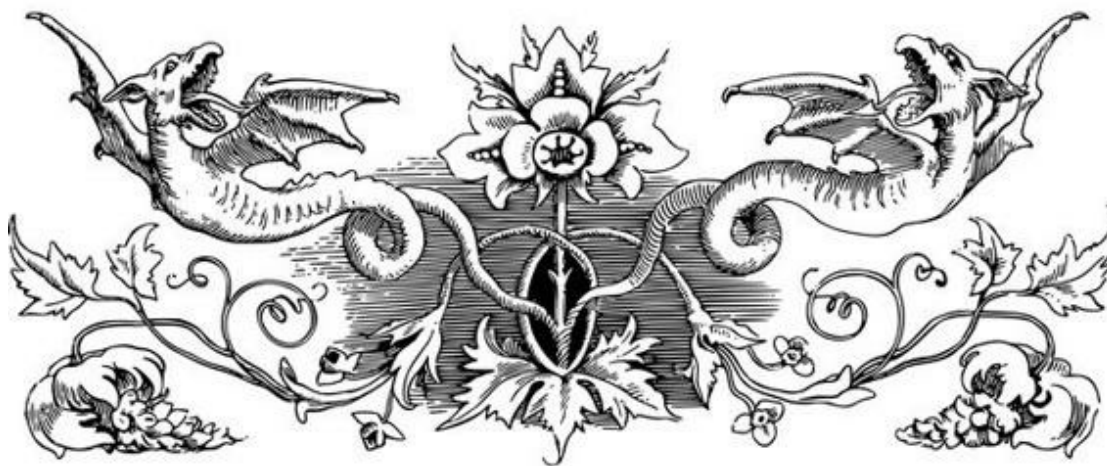
La mañana transcurre entre tarea y tarea.

Pero, aunque el día es duro y los insultos y las humillaciones son especialmente crueles esta vez debido al nuevo nombre que han decidido imponerme, no me permito derrumbarme por muy cansada que esté.

Porque tengo un pequeño secreto que convierte las largas horas de abuso en algo un poco más llevadero. Y no puedo esperar para estar a solas conmigo misma y así poder imaginar lo mágica que será la noche del baile al que pienso acudir.

Le pese a quien le pese y a espaldas de las Tres Horrendas.

Capítulo 3



LAS TRES HORRENDAS

RENATA

Me paso todo el día trabajando en casa a pesar de mi agotamiento, que se nota a las claras cada vez que mi cerebro se desconcentra debido a que no he dormido nada.

Pero eso a las Tres Horrendas no les importa.

Si acaso, les resulta mucho más divertido ordenarme que haga esto o lo otro mientras voy dando tumbos limpiando la casa, hago el desayuno, el almuerzo y luego la comida (por suerte, deciden pedir algo a domicilio para cenar, pero solo tras dejarme claro que según ellas lo hacen porque «la Repulsiva cocina como la mierda»), y trabajo en el jardín durante la tarde, desbrozando y cuidando las pocas plantas que sobrevivieron al calor del incendio.

Durante todo el día me recuerdo a mí misma, como siempre hago una y otra vez, que solo estoy aquí, en este horrendo lugar, porque voy ahorrando poco a poco (a escondidas) para algún día poder pagarme un alquiler en un piso compartido.

Cosa que ahora mismo, con la inflación y lo mucho que ha subido la vivienda desde hace unos años, me resulta imposible con mi trabajo de camarera en un bar de *karaoke* abierto las veinticuatro horas. Lo único que pude conseguir sin estudios, dado que mi madrastra me obligó a

abandonar el colegio a los dieciséis para ponerme a trabajar. Pero algún día sé que podré.

Mi libertad está a la vuelta de la esquina. Solo unos meses más. Quizá un año, y podré salir a escondidas de la casa con mis dos cajas de pertenencias y no volver atrás jamás.

Cada vez que me insultan, me humillan o se ríen de mí, me digo, de manera desesperada, que esto no será así para siempre.

A veces funciona y otras veces no, pero al menos sobrevivo otro día más a este infierno de vida.

—¿Dónde está Irma? Ha dicho que iba a buscar a Cenicienta y no la he visto desde hace un rato —oigo que Dalia le pregunta a su madre cuando paso por enfrente de la ventana del salón comedor rumbo a mi pequeña caseta, donde guardo una ensalada de esas que venden ya preparadas en el supermercado local y que pienso cenar antes de dormir todas las horas que pueda.

No presto mucha atención a su conversación porque he aprendido que hacer oídos sordos la mayor parte del tiempo es mejor para mi salud mental. Por eso, la situación me pilla desprevenida cuando veo a Irma salir de mi caseta con la bolsa de ropa que he logrado colar esta noche tras salir y luego entrar a escondidas en la propiedad.

—Mamá, Dalia, ¡mirad lo que he encontrado escondido en la caseta de Repulsiva Cenicienta! —grita mi hermanastra a pleno pulmón, zarandeando lo que tanto me ha costado conseguir.

Presa del pánico, me acerco a ella y tiro del asa sin pensarlo.

—¡Eso es mío! —sale de mi boca con ansiedad antes de que pueda pensar bien cómo afrontar la situación.

El corazón me late acelerado por el pánico.

No puedo permitir que sepan cuáles son mis planes, ni tampoco que estropeen lo que me ha dejado mi compañera de trabajo, que lo espera de vuelta dentro de dos días.

Ella suelta un resoplido y tira del vestido que sobresale de la cremallera abierta hacia sí.

—De dónde has sacado el dinero para comprar esto y por qué lo tenías escondido, ¿eh? —gruñe, como si tuviera derecho a estar ofendida.

—¿Qué ocurre aquí? —interviene mi madrastra saliendo de la casa por la puerta de la cocina—. ¿Qué es eso? —inquieta, señalando hacia la bolsa con el ceño fruncido.

Aunque la pregunta suena racional, como alguien que se preocupa cuando ve un conflicto, su voz promete dolor y crueldad.

A estas alturas, sé reconocer todos los tonos que emplea y qué significa cada uno de ellos para mí.

Cada vez más asustada, cojo el asa de la mochila con más fuerza y trato de quitársela a mi hermanastra.

—Es de una amiga —trato de justificarme, sabiendo que sueno tan ansiosa como me siento y odiándome por no saber fingir mejor—. Me ha pedido que se lo lave. Eso es todo.

Por favor, por favor, suplico a los cielos, que me crean y me dejen en paz. Que no me lo quiten. No tengo nada que ponerme para el baile y quiero ir. ¡Quiero ir! He soñado con hacerlo desde que era una niña...

—Pfff —se desternilla Dalia—. ¿Ahora también lavas la ropa de los demás? Quizá deberíamos volver a cambiarte el nombre a Repulsiva Pordiosera. —Se ríe de su propia «broma» de tal manera que sus agudas risotadas hacen eco por toda la propiedad.

Irma se carcajea con ella, pero no suelta la mochila, dándome un manotazo en la mejilla cuando trato de quitársela de nuevo.

—¡Deja de tirar, retrasada! —me insulta—. Como me hagas daño te daré con la vara de mamá en la puta cara. Ya verás.

—Niñas, basta —ordena Ally. Sus hijas se callan y yo trato de tragarme la bola de miedo, rabia y tristeza que sube por mi garganta—. Tú —me señala con una mueca altiva y furibunda—, ¿quién te ha dado permiso para que aceptes otros trabajos? Y, además, ¿por qué no me has informado de ello de antemano? Sabes que en esta casa tenemos normas.

—Quizás está intentando ganar más dinero a escondidas, mamá —dice Irma con esa voz melosa y desagradable que usa cuando quiere escalar las cosas para que sean peores para mí—. Es una egoísta. Seguro que gana más de lo que nos ha dicho que gana y se lo está quedando todo para ella a pesar de lo mucho que sufrimos por dejarla vivir en nuestra propiedad como una mantenida.

Quiero gritar.

Quiero chillarles que ellas no sufren. Que viven de lo poco que quedó tras venderlo todo para saldar las deudas de papá tras su suicidio y de la pensión de viudedad de Ally (y de los regalos del *sugar daddy*^[2] casado de Dalia, que le pone los cuernos a su mujer con ella).

Yo, en cambio, tras pagar el alquiler de la caseta en la que ellas me «dejan» vivir, no tengo nada más que los ahorros de mi cuenta bancaria secreta, procedentes de las propinas que logro sacar cada noche en el *karaoke*.

—Deberíamos subirle el alquiler —propone Dalia, que como siempre no tarda en unirse a su hermana cuando se trata de hacerme daño, aunque para todo lo demás apenas se soporten.

Ally hace una mueca de ira y sé que todo se va a ir a la mierda en el mismo instante en el que la veo torcer los labios.

La alta y delgada mujer, que todavía conserva esa belleza que atrajo tanto a mi padre como para casarse con ella a pesar de las deudas que Ally tenía ya en ese entonces, baja las escaleras de la casa y nos quita la mochila de las manos a su hija y a mí.

—Veamos qué hay aquí —declara, sacándolo todo y examinándolo—. Un vestido vulgar y horrendo —prorrumpe con una ceja arqueada, tirándolo al suelo—. Unos zapatos horribles y de mal gusto —espeta, y los lanza sin miramientos sobre el vestido. Le da la vuelta a la mochila y deja caer el pequeño colgante y los pendientes de rodio a juego que logré comprarme en el mercadillo de segunda mano hace unos días—. Tu «amiga» tiene muy mal gusto, Repulsiva.

Trago saliva.

—Solo le voy a lavar la ropa porque me lo ha pedido como un favor. Eso es todo.

Veo venir el tortazo, pero aun así no me da tiempo a prepararme para ello.

—¿Crees que soy idiota? —sisea Ally con el rostro enrojecido por la ira mientras sus hijas se miran entre ellas y se echan a reír de nuevo al ver las lágrimas que se acumulan en mis ojos sin mi permiso—. ¿Realmente piensas que me voy a tragar eso sabiendo que mañana por la noche es el Baile de los Eternos?

Palidezco hasta parecer que estoy hecha de papel.

—Yo... yo no...

Estoy entrando en pánico otra vez.

Y lo detesto, pero no puedo evitarlo. Vivo en un estado constante de ansiedad y miedo y lo peor es que me he acostumbrado a ello.

Ally escupe en mi cara y sus hijas renuevan sus risotadas con mayor fuerza.

—No sé por qué crees que vas a poder ir al baile, ¡pero eso no sucederá jamás! —ruge mi madrastra con los párpados entrecerrados—. Estás loca si piensas que vas a poder entrar en el palacio. Eres más inútil de lo que creía.

—Necesitas una invitación para entrar, imbécil —se mofa Irma.

—Espera —jadea su hermana, deteniendo sus risotadas al instante como si se le hubiese encendido una bombilla en el cerebro—. ¿No será que tiene una?

No, vuelvo a suplicar a los cielos con fuerza. Por favor, no. Esa entrada ha sido mi única luz desde que la encontré entre las viejas cosas de mamá...

—Oh, Dios santo, mamá —chilla Dalia, llevándose una mano a la boca con excitación—. ¡Deberíamos rebuscar entre sus cosas! Tal vez tenga la invitación que nos falta. Mi *querido* —evita decir *sugar daddy* cuando está su madre presente, pero no es como si Ally no supiera que su hija intercambia favores sexuales por dinero y objetos de marca—, solo me ha podido conseguir dos...

—¡No! —grito.

Pero es demasiado tarde, ya que además mi reacción, como siempre, no facilita las cosas.

Solo las empeora.

Irma da media vuelta y se mete en mi caseta, pero, cuando trato de agarrarla de manera impulsiva, Ally vuelve a golpearme con fuerza y me agarra del pelo, tirando con violencia y haciéndome gritar de dolor.

—Dalia, ayuda a tu hermana a buscar —ordena mi madrastra. Su hija se apresura a obedecer—. Y tú —me gruñe a mí con ira y pisotea las ropas que planeaba llevar al baile—, te juro que, si mis hijas encuentran ese *ticket*, desearás no haber nacido.

—Ya deseo eso la mayor parte del tiempo —sale de mi boca en voz rota en un estúpido

acto de honestidad sin filtro.

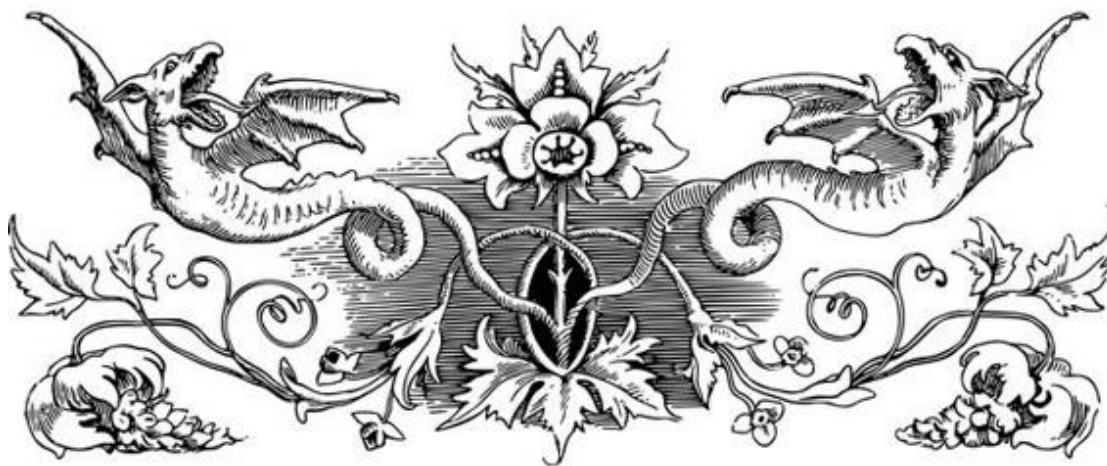
Ella se ríe con deleite.

—Te prometo que puede ser mucho peor —promete con sadismo.

Cierro los párpados y hago mi mayor esfuerzo por no echarme a llorar de nuevo.

Porque soy consciente de que dice la verdad.

Capítulo 4



HADA MADRIGAL

RENATA

Los moratones de los golpes duelen, pero por suerte no son tan malos como me había temido. Y ello se debe en gran parte porque las Tres Horrendas estaban demasiado entusiasmadas por haber encontrado la entrada de mamá como para dedicar demasiado tiempo a torturarme.

Aunque Ally me ha dejado claro que ayer solo fue el primer día de mi castigo y que vendrán muchos más una vez vuelvan del baile, ya sea como humanas o, como ellas quieren, convertidas en vampiresas, así que sé que el infierno que me espera será todavía peor.

Esa mañana, me levanto adolorida, cansada y triste.

Mi único consuelo es que hoy las Tres Horrendas han decidido pasar el día fuera, en la ciudad, realizando compras de última hora para ataviar a Irma, que era la única que no tenía entrada para el baile.

Y a mí, por supuesto, me han dejado sola en casa con órdenes de cumplir con cada tarea de la interminable lista que Ally ha dejado sobre la mesa de la terraza antes de irse.

Poco después de vestirme, me cuelo en la casa vacía y, aprovechando que no hay nadie y

sin importarme si se dan cuenta o no cuando vuelvan, cojo ingredientes de la nevera y me hago el desayuno, atreviéndome a comérmelo en el salón comedor mientras la tele está encendida.

Mientras me como una tortilla con verduras que llevo años sin probar porque no tengo cocina propia, veo un programa de noticias al que apenas presto atención porque estoy demasiado ocupada tratando de no caer aún más en el pozo de mi depresión.

Rara vez he estado tan afectada y tan triste como ahora, aunque la amargura y la ira sean compañeras mías desde que era niña.

Aunque me he acostumbrado a sentirme así, hasta yo noto que hoy es un día especialmente malo y que mi mente está en un lugar muy oscuro y autodestructivo en el que mis pensamientos no dejan de repetirme que no hay salida alguna para mi situación.

—¡Ey! —exclama una voz femenina cuando salgo al jardín tras haber fregado, secado y vuelto a guardar la vajilla y la sartén que he usado—. ¡Aquí, chiquilla! Soy Hada Madrigal, tu vecina de al lado.

Me quedo mirando a la anciana que asoma la cabeza por un hueco que hay entre los mustios abetos que rodean la propiedad.

Es la vecina excéntrica que suele sentarse en una mecedora de su terraza y se pasa el día cantando, viendo la tele y hablando consigo misma.

Una vez, cuando tenía dieciséis años y los setos recién plantados que dividían nuestras propiedades no eran tan altos, intenté hablar con ella con la esperanza de hacer una amiga, pero en cuanto vio que mi madrastra asomaba la cabeza por la puerta, se dio la vuelta y se metió en su casa sin mediar palabra.

Y no volvió a hablarme.

Ni siquiera cuando yo, tentativamente, le daba los buenos días a escondidas de las Tres Horrendas, cosa que hice durante meses antes de darme por vencida.

Su rechazo dolió.

Joder si dolió...

—Hola —le contesto con desgana, pasando de largo.

Ella me sonríe, pero es un gesto tirante y repleto de culpa.

Debe de haber oído mis gritos, como siempre.

Y, como siempre, ni ella ni el vecino del otro lado han dicho ni pío al respecto.

—He oído lo que ha pasado —me dice la mujer, siguiéndome con su andador y asomándose por los huecos que encuentra entre los árboles para no perderme de vista—. Si llamas a la policía...

—¿Para qué? —la interrumpo—. Ya lo hice una vez y no sirvió de nada. Solo me dijeron que me largara de aquí. Cosa que si pudiera —añado con frustración y cólera—, ya habría hecho.

Los listados de habitaciones en alquiler que compruebo de vez en cuando siempre piden un mes de entrada y otro de la inmobiliaria, además de la mitad de las facturas de agua, luz, gas e internet y un contrato de trabajo que demuestre que eres solvente.

Y tras hacer cuentas de manera obsesiva durante un largo tiempo, lo que he concluido es que en mi situación actual tendría que dormir en las calles durante algunos meses procurando no perder mi trabajo en el *karaoke* (en el que no tengo contrato alguno) y buscando trabajo en otra parte al mismo tiempo para poder pagar lo caro que está todo y cumplir con las condiciones que piden.

Aquí al menos tengo un techo sobre mi cabeza.

Ella da un respingo.

Supongo que recuerda lo que pasó ese día.

La policía no hizo nada más que presentarse aquí para tomar nota y luego irse sin más la única vez que me atreví a llamarlos, poco después de cumplir los dieciocho, durante un día especialmente malo en el que decidí que iba a intentar hacer algo para ayudarme a mí misma.

No lo volví a hacer.

El castigo de mi madrastra fue peor que la indiferencia de las autoridades o de los vecinos.

Aprendí la lección a base de dolor, como siempre hago.

—¡Espera! —llama la anciana con urgencia cuando giro la esquina de la casa y deja de

poder seguir mis pasos desde su propiedad—. ¡Puedo ayudarte!

Me detengo y me la quedo mirando.

A las personas que me he cruzado les encanta fingir que todo va bien, aunque vean la vida de otro arder hasta ser cenizas frente a sus ojos.

Así me demostró que era ella también cuando hizo eso mismo durante años. ¿Qué ha cambiado ahora?

—¿Por qué? —le pregunto con desconfianza—. ¿Por qué ahora quiere ayudarme? ¿Por qué de repente quiere hablar conmigo?

La culpa tiñe sus facciones y su mirada se desvía hacia las flores que cuida con esmero, la mayoría de las cuales están mustias desde el incendio.

Rebosa vergüenza.

—Siento no haberlo hecho antes.

—Mi vida no es su responsabilidad, ¿verdad? —asevero, pero lo hago con cierto rencor.

Porque tampoco debería haber sido la mía de semejante manera desde que cumplí los trece años.

Pero la vida no es justa con nadie y las hay peores que la mía.

—Eras una niña y yo...

—Ajá, sí —la interrumpo—. Eso lo sabemos ambas. Que pase un buen día, tengo cosas que hacer.

Ella guarda silencio unos segundos hasta que me doy la vuelta, dando por finalizada la conversación, y entonces prorrumpe a hablar de manera apresurada y urgente.

—¡Tengo un *ticket* de oro!

Eso hace que detenga mis pasos de inmediato.

La observo con incredulidad por encima del hombro.

—¿En serio?

La mujer asiente y trata de sonreírme de nuevo, aunque lo hace de manera nerviosa.

—Lo encontré hace poco entre mis pertenencias —me cuenta—. Había olvidado que lo tenía. Me lo regalaron cuando era muy joven, pero al final decidí no ir.

—Ah —replico—. Pues qué bien por usted.

Su expresión de frustración me pilla por sorpresa.

—Mira, chiquilla —suspira—. Sé que no me he portado bien contigo. Ni yo ni nadie. Pero... —. Hace una pausa y me observa con pena—. Dentro de unos días mis sobrinos vendrán para llevarme a una residencia porque ya no puedo cuidar de mí misma. Así que esta es mi única oportunidad de intentar disculparme y hacer algo bueno por ti.

Su confesión me retuerce las tripas de empatía por la angustia que tiñe su rostro, aunque me digo que estoy siendo tonta, porque ella no la ha tenido conmigo hasta ahora.

Diez años de indiferencia son muchos años.

—Lo siento por usted, pero ¿qué es lo que quiere decir con eso?

Ella sonríe con entusiasmo como si se le cruzara una idea por la cabeza que le hiciera sentirse bien.

—He pensado que seguro que es cosa del destino.

Alzo una ceja con ironía.

Estoy demasiado amargada, pienso para mí misma, pero me encojo de hombros mentalmente.

No puedo atormentarme también por no ser un maldito ángel sonriente de la positividad cuando me han jodido la cabeza desde pequeña. Eso es cruel conmigo misma y hasta yo tengo mis límites al respecto.

—El destino, ¿eh? —resoplo.

La anciana insiste.

—¡Seguro que sí! —protesta ante mi muestra de sátira—. Tú necesitas un *ticket* de oro ahora que ya no tienes el tuyo y yo tengo uno.

Estoy a punto de mandarla a la mierda de manera automática porque mi cerebro asocia sus palabras a los eventos de anoche y yo, cuando estoy más triste de lo habitual, me pongo a la defensiva sin importar si una situación lo amerita o no.

Pero me callo con esfuerzo porque está insinuando que piensa darme el *ticket*, y eso hace que se me acelere el corazón con esperanza, aunque mi ansiedad no quiera que eso pase porque luego la decepción es diez mil veces peor.

—¿Y? —inquiero, fingiendo una indiferencia que no siento.

—¡Que además tengo también un armario repleto de prendas de mi juventud que seguro que te entran! —exclama ella con énfasis—. Creo que incluso usamos la misma talla de zapatos.

Me mira los pies como si estuviera calculando mi talla.

No salgo de mi asombro.

Ella vuelve a sonreírme y, por primera vez desde que mamá murió y papá se volvió un borracho huraño que no quería saber nada de mí, me atrevo a creer en otro ser humano.

—¿Está... está segura?

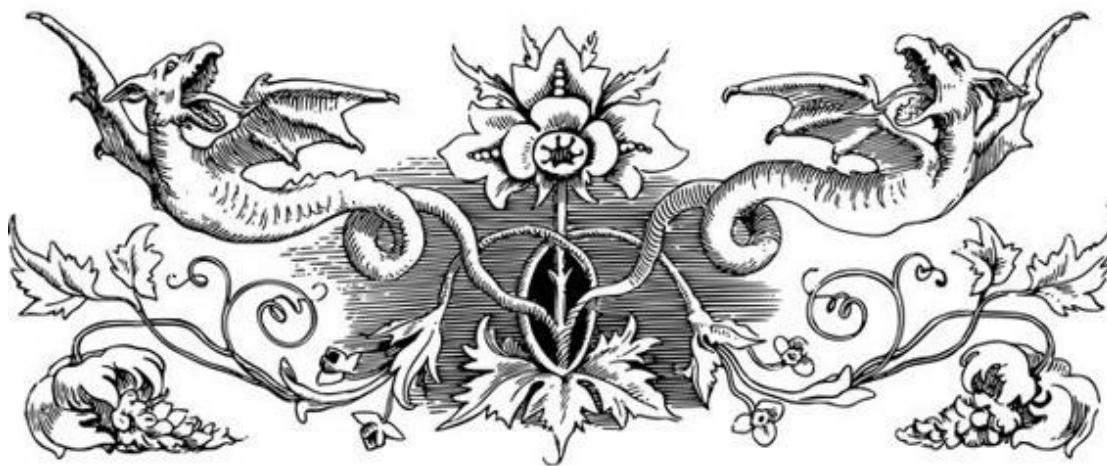
Sus ojos se llenan de pena una vez más.

—Muy segura, chiquilla —dice con suavidad—. Muchísimo.

Le devuelvo la sonrisa de manera tentativa y me deshago de la bilis de amargura con esfuerzo, dejando ir el rencor que siento por alguien por primera vez en mi vida.

Tal vez la esperanza no sea algo estúpido y cruel a lo que aferrarse, después de todo.

Capítulo 5



EL PALACIO NEGRO

RENATA

Respira, Ren.

Tengo que recordármelo porque, entre lo que aprieta el corsé y lo nerviosa que estoy, se me olvida de vez en cuando.

Caminar hasta el Palacio Negro pasando de largo coches de lujo y carruajes hermosamente decorados para la ocasión solo me hace sentirme, una vez más, fuera de lugar con el vestido y los zapatos de tacón que Hada me ha regalado.

Pero, aun así, me trago los nervios, la ligera sensación de angustia que bulle en la boca de mi estómago y la insistencia de ese rincón de mi cerebro que no deja de señalar que yo no pertenezco a ambientes como estos, tan lujosos y decadentes, y avanzo hasta estar en la cola de entrada.

Algunas personas me miran de arriba abajo, pero alzo la barbilla, trago saliva y les sonrío como si acudiera a este tipo de eventos de manera continua.

Cosa que es más falsa que una noticia *clickbait*.

El antifaz de encaje negro me da cierta sensación de seguridad.

La anonimidad también ayuda.

Y el que Hada me haya teñido el rubio pelo de rojo fuego con un tinte temporal y me haya maquillado con esmero, también.

La mujer solía ser modelo en su juventud, así que se ha divertido mucho ayudándome a vestirme para la ocasión.

—Nombre e invitación —pide con amabilidad el vampiro, elegantemente vestido, que recibe a la gente en lo alto de las escaleras que llevan al palacio.

Le tiendo el viejo *ticket* de oro de Hada procurando que no me tiemblen las manos.

—Arya —miento.

Pero de todas formas no importa porque aquí casi todo el mundo utiliza nombres falsos.

—Adelante —me dice el vampiro, cuyo cabello dorado brilla como si lo hubiera embadurnado con *glitter*, tras comprobar la veracidad de mi invitación, y se hace a un lado para dejarme pasar—. Bienvenida al Palacio Negro. Que disfrute de su noche.

Si la entrada hubiera sido falsa, seguro que ahora mismo estaría muerta.

—Gracias. Usted también —logro decir de manera calmada, sonando un poco arrogante a pesar de que los nervios me están comiendo viva por dentro.

Él sonríe.

Sus colmillos, mucho más largos y peligrosos que los de los meros humanos como yo, relucen bajo la luz de los candelabros dorados que hay repartidos por todas partes.

A los vampiros no les gusta mucho la luz eléctrica. Así que la evitan. Especialmente si están en sus dominios.

Como ahora.

—Guau —musito en voz queda cuando doy los primeros pasos hacia el interior del palacio.

El Palacio Negro, llamado así porque su fachada está hecha del ébano más puro,

cuidadosamente tallado al estilo gótico (con gárgolas, monstruos mitológicos y ventanales de gruesos cristales con vidrieras), lleva sin ser habitado de manera perpetua cientos de años, ya que su dueño, el último príncipe de la familia real Ladescu, prefiere vivir en su mansión de París desde hace tiempo.

O eso me ha contado Hada mientras me peinaba.

Sin embargo, una vez al año, sus puertas se abren para acoger el evento más esperado de todos: El Baile de los Eternos.

Una mascarada en la que los vampiros de las familias más destacadas y algún que otro invitado especial se reúnen a las afueras de mi ciudad y solo aquellos que han conseguido uno de los carísimos *tickets* de oro comparten con ellos una noche de música, vino, pasión... y sangre.

Este es un lugar en el que, tal vez, si te cruzas con un vampiro que te elija como posible prole o como consorte, recibas el llamado Beso de los Eternos y seas convertido en uno de ellos.

Aunque ese no es mi objetivo.

Ni en mis sueños más improbables me he imaginado jamás siendo elegida.

No soy tan especial ni tan bella como para ello, y lo sé muy bien.

Los vampiros adoran a la gente hermosa y con carisma que sea preferiblemente rica, además.

Y yo no soy ninguna de esas cosas.

Tranquila. Tú simplemente camina como si nada y no dejes de sonreír, me digo a mí misma mentalmente.

La sonrisa es extraña en mis labios, acostumbrados al rictus rígido que suelo llevar en la cara sin darme cuenta, pero no es tan difícil mantenerla una vez los nervios dejan paso a la excitación.

Realmente estoy dentro. ¡No me lo puedo creer!, grito mentalmente con júbilo.

Este es seguramente el día más importante de mi vida y pienso disfrutarlo le pese a quien le pese.

—Perdone, señorita Arya —habla una voz lánguida y falsamente amigable, y tengo que contener un estremecimiento cuando noto la ligera advertencia presente en su tono de voz—. Se ha equivocado de camino. Es por aquí.

Me giro hacia el vampiro que ha hablado.

Es uno de los sirvientes que van vestidos con un jubón con el emblema de la casa real Ladescu cuyo pelo, corto, castaño y ondulado, está estilado a conjunto con el del rubio de la entrada.

—Ah. Perdone. —Me apresuro a alejarme de las escaleras de piedra que suben a la planta superior, gritándome mentalmente que soy una boba y tratando de contener mi creciente pánico por semejante error estúpido—. Estaba tan ensimismada admirando la decoración que no me he dado cuenta.

Joder. Casi me cuelo en el ala privada, me maldigo a mí misma en silencio, tratando de parecer todo lo inocente posible.

—Lo sé. —Su sonrisa se hace más afilada, pero su cuerpo permanece en una posición relajada.

—Disculpe de nuevo.

Sonríó de manera tensa cuando él me indica con un ademán cuidadosamente estudiado para parecer lento y amigable que vaya hacia el Gran Salón, donde la mayoría de la gente ya ha entrado.

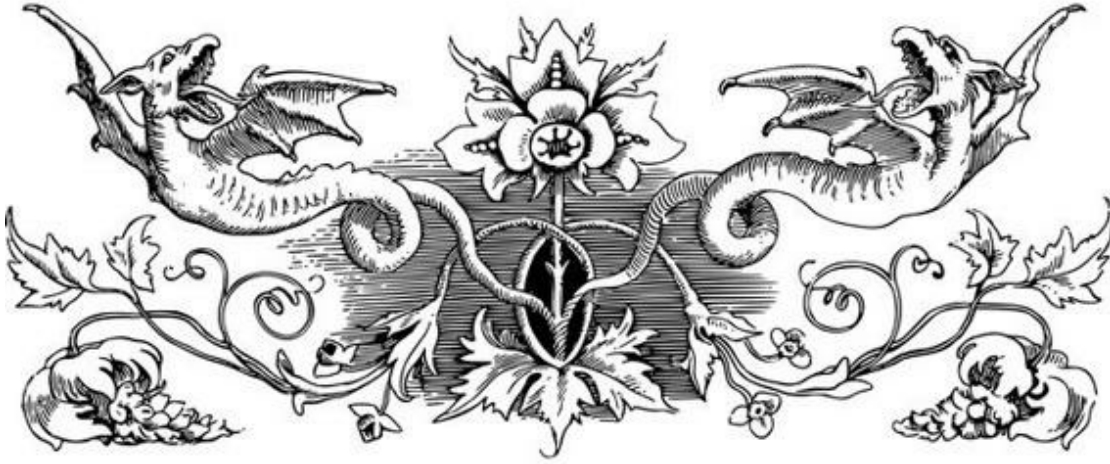
El atento vampiro da un cabeceo cuando lo paso de largo y vuelve a su posición junto a la pared opuesta a la puerta.

Si él no me hubiese detenido, seguramente la noche habría acabado conmigo convertida en un tentempié solo por ser idiota e incumplir las pocas normas que se dejan claras en el dorso de la invitación: ropa de gala, antifaz, comportamiento correcto y no colarse en el área privada de la familia real.

Son normas muy básicas, Ren, maldita sea, ¡concéntrate!, me maldigo de nuevo en silencio mientras mantengo una sonrisa nerviosa en mis labios pintados de rojo a juego con mi pelo.

Muy bien, respiro una bocanada de aire y me armo de valor, *allá voy*.

Capítulo 6



EL BAILE

RENATA

La sala, lujosamente decorada, apesta a decadencia, a lujuria y a sangre.

Como todo en este lugar.

Las personas vestidas con sus mejores prendas brillan bajo la luz de los miles de velas que cuelgan de las grandes lámparas de araña, bañando la sala de baile en una luz dorada casi fantasmagórica que se refleja en los cientos de joyas de oro, plata, diamantes y perlas que adornan gargantas y muñecas.

Las pieles, pálidas u oscuras, destacan contra el terciopelo y las sedas de gala, algunas marcadas por los colmillos de los depredadores que se cuelan, finamente vestidos, entre la masa de humanos que acuden a ellos para experimentar, para pecar, para *sentirse vivos* quizá por primera vez en sus monótonas vidas.

Como yo.

—Señorita, ¿un baile?

El acento del vampiro es tan intoxicante como su sonrisa de dientes blancos teñidos del

rojo de la sangre de su compañera de baile anterior, aunque su aspecto físico, por bello y bien formado que sea, no me hace arder la sangre como yo desearía que lo hiciera.

Aun así, quiero bailar. Es como si todo mi cuerpo estuviera lleno de energía. Y no sé si es porque me siento como si no fuera yo o porque me siento más yo misma que nunca en este lugar en el que nadie me reconoce.

—Estaría encantada de bailar con usted —respondo en un tono dulce y suave, pero muriéndome de nervios por dentro.

Es el primero que se me acerca esta noche y, mientras me mantenga en pie y no solicite ayuda a alguno de los moderadores para volver a casa, no será el último.

Mi cuello, desnudo excepto por el viejo collar de perlas de Hada, permanece sin marcar.

Pero quizá no por mucho tiempo si la mirada que él me dirige, cargada de deseo y hambre, es señal de una futura propuesta preferiblemente indecente.

Aunque sigo sin estar muy convencida de que este vampiro, en concreto, sea el correcto para mí.

Eres demasiado tiquismiquis, me regaño mentalmente. Al final, vas a salir de aquí igual de frustrada que has entrado. Pedazo de boba.

—Mi nombre es August Delacour —se presenta el vampiro tras hacer una leve reverencia, cogiendo mi mano enguantada con una de las suyas, fuerte y fría como el hielo, y guiándome hacia la pista de baile.

—Arya —miento de nuevo, casi olvidándome de la farsa que he elegido vivir esta noche, pero logrando no soltar mi nombre real sin querer en un impulso ansioso—. Arya Haven.

Él se ríe entre dientes como si supiera que no es mi nombre verdadero y ello le divirtiera.

Cosa que una vez más no me sorprende. Los sentidos de estas criaturas son increíblemente agudos.

Su cabello rubio oscuro está cuidadosamente peinado hacia atrás y, como todos los vampiros, es alto y apuesto.

Va elegantemente vestido con un traje con levita y chaleco rojo bordado en oro, en su

caso, que destaca la belleza de su cabello y la delgadez de su figura.

No reconozco su nombre como perteneciente a alguna de las muchas casas nobles que todo el mundo sabe que gobiernan los diferentes países de Europa desde las sombras, y que supuestamente están aquí esta noche, pero ello no importa.

En este evento, mientras tengas una entrada, da igual si eres rico o pobre; noble o plebeyo; lo que realmente importa es disfrutar tanto del baile como del gran acontecimiento de la noche: la esperada asistencia de un miembro de una de las grandes casas reales que yo estoy deseando vivir.

Como en los cuentos de hadas que me contaba mamá de pequeña, solo que en su versión definitivamente no apta para menores.

En este caso, se tratará según he oído decir a varias personas de la del príncips Vladislav Ladescu, único retoño del linaje principal de la vieja y noble casa real de los Ladescu tras el asesinato de sus Progenitores y el verdadero dueño del palacio (aunque a veces ha acudido alguno de sus «primos»^[3]).

Los vampiros originales que lo crearon, adoptándolo como hijo tras convertirlo, fueron los reyes de Francia durante casi mil años antes de que el país se convirtiera en una república tras la revolución y acabasen siendo ejecutados bajo la luz del sol en público.

—Y dime, *Arya* —inquire August mientras nos colocamos en la posición apropiada para realizar el baile, que he pasado meses aprendiendo en el ordenador de Dalia a escondidas tras asegurarme de que no había nadie en casa, mediante tutoriales de vídeo *online*—, ¿es la primera vez que asistes a un baile del Palacio Negro?

Sonrío y trato de no fastidiar la danza con mi torpeza, cosa que soy muy proclive a hacer, por desgracia.

—¿Se me nota mucho?

August se ríe entre dientes.

—Perdóname por mi rudeza, pero bastante.

No lo dice como una burla.

Sé reconocer esas al instante.

Así que no me siento ofendida.

Me concentro en realizar los pasos del elaborado baile durante un tiempo hasta el punto de que se me olvida entablar conversación con el vampiro, que me observa a través de su antifaz con abierta curiosidad mientras damos vueltas por la sala.

—Magnífico —me susurra August cuando la danza termina y la gente aplaude de manera educada—. ¿Te apetece un refrigerio?

Le brillan los ojos, de un color anaranjado que ahora que lo tengo tan cerca puedo percibir con claridad, cuando hace esa pregunta.

Está claro qué es lo que quiere: mi sangre.

Me estremezco, pero descubro que, aunque la idea de ser mordida por un vampiro me hace jadear de anticipación, August no termina de hacerme arder la sangre por muy apuesto que sea.

Y eso me hace sentir decepción.

Hay algo en él, quizá el que él tampoco parece muy atraído por mi físico y apenas me ha tocado o mirado de manera apasionada, que no despierta en mí lo que he venido a buscar: una lujuriosa pasión que me arrebatase el control sobre mis sentidos y me haga olvidar quién soy durante toda una noche.

Anhelo perderme en los brazos y en los labios de un amante por primera vez en mi vida, y este evento anónimo al que he soñado con acudir durante años es el lugar perfecto para crear ese recuerdo que sea mi mayor secreto y mi mayor pecado el resto de mis grises días.

Como un pequeño secreto escondido bajo montañas de mundanidad.

Perder mi virginidad con una criatura tan oscura como pecaminosa que me haga sentir viva es algo que pienso hacer antes de verme obligada a volver a la realidad de mi día a día.

—Gracias, August —respondo mientras camino con él hacia un lado de la pista de baile, decepcionada conmigo misma y con él, aunque el vampiro no tenga la culpa de que yo tenga expectativas poco realistas que aún no estoy dispuesta a dejar ir, por mucho que sepa que van a ser difíciles de cumplir—. Pero no estoy sedienta ahora mismo.

Él parece sorprendido, pero no tarda en encogerse de hombros y alejarse de mi lado con

una cortés sonrisa y un cabeceo amigable, buscando una nueva compañera a la que hincarle el diente, ya que parece preferir mujeres.

Candidatas, por cómo algunas de las presentes observan su alta y elegante figura, no le faltan, suspiro para mí misma.

Me llamo idiota mentalmente de nuevo porque tal vez esta iba a ser mi única oportunidad de rozar ese lado oscuro que habita en mí; el que esconde mis más profundos y vergonzosos deseos.

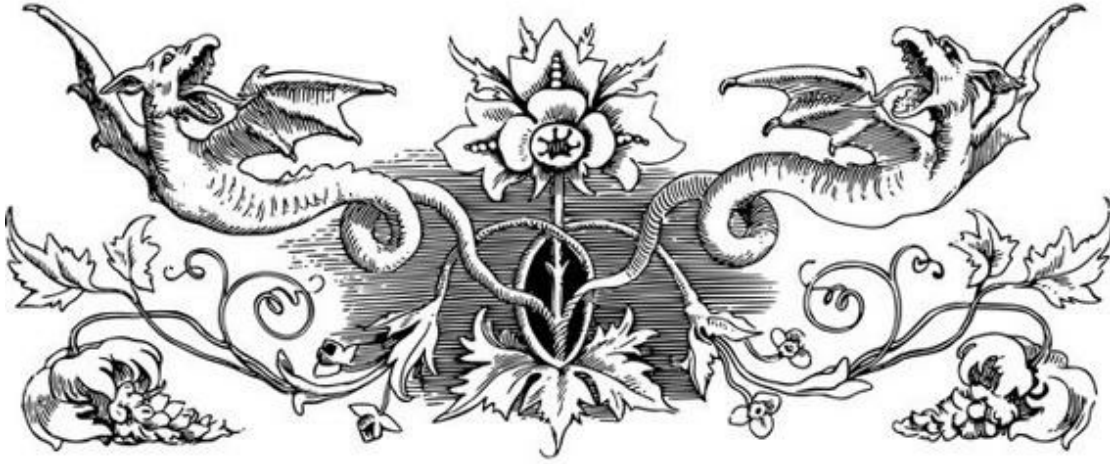
Pero le replico a esa insidiosa voz que representa mis inseguridades más arraigadas que la noche es larga y que seguro que algunos de los vampiros que se me acercarán me harán sentir como siempre he soñado que me hagan sentir: deseable y deseosa.

Seguro que sí, insisto con mi cabezonería habitual.

Observo a mi alrededor con el corazón repleto de anhelo mientras camino hacia la mesa en la que se sirve el champán, deseando encontrar a ese macho vampiro que me seduzca y que esté dispuesto a cumplir mis deseos cuanto antes.

Impaciente por probar el pecado de una maldita vez.

Capítulo 7



EL PRÍNCEPS

VLAD

—Mi señor, es hora de su entrada triunfal.

Lukas, como siempre, es dramático y ansioso.

Mi asistente personal, que me ha servido desde hace más de cien años, es la definición perfecta de «teatralidad».

Todo lo opuesto a mí.

—Preferiría colarme en el baile y no anunciar mi presencia con tanto bombo —me lamento.

Lukas mueve la cabeza de lado a lado con un jadeo, horrorizado.

—¡De eso nada! ¡Sois un *príncipe*, mi señor! —se queja, haciendo énfasis en mi título y llevándose una mano al pecho como si mi hastío le ofendiera de manera personal—. ¡La gente debería adoraros, adularos, tener los ojos puestos en vos esta noche! Los focos de las cámaras no se alejarán de vuestro apuesto rostro noble y...

—Lukas —interrumpo su entusiasta perorata porque los ojos están empezando a brillarle de la emoción—. Aunque aprecio tu entusiasmo, creo que me limitaré a descender las escaleras hasta la planta inferior, dar un breve discurso y largarme. Esta noche no estoy de humor para aguantar a tantos lameculos rodeándome. Ni tampoco para bailar, honestamente.

Él suelta una exclamación ahogada de puro horror.

—Pero ¿qué hay del tradicional Baile de Medianoche? —inquieta como si se fuera a ahogar de tan solo pensar que puedo pasar por alto una tradición de la vieja casa real, ahora inexistente y meramente un título más a los ojos de la sociedad (aunque a espaldas de esta mi poder político sea más de lo que ningún megalómano humano se atrevería a soñar).

Suelto un suspiro y bebo un trago más de la copa de sangre, cuyo cristal facetado refleja la luz de las llamas de la chimenea.

Sabrosa, pero no perfecta. Claro está que jamás he probado una sangre que haya sabido a esa perfección improbable que nunca encuentro, reflexiono para mí mismo mientras trato de no perder la paciencia y acabar estrangulando a mi asistente.

La tensión de mi cuerpo debe de ser evidente, porque Lukas no añade nada más a pesar de que se le nota que desea hacerlo.

Con muchas ganas, además.

—Búscame una mujer, preferiblemente humana, que sea discreta —ordeno tras rumiarlo durante unos segundos—. Una que no tenga aspiraciones de ser la consorte del príncipe y que no sea una jodida molestia. Y entonces me plantearé cumplir con esa tradición de bajar a la pista de baile y concederle una danza a una hembra mortal a la que sea fácil olvidar.

No estoy de humor para socializar.

Dicen que cada año me vuelvo más oscuro, más arisco. Que soy presa del temido estado de la Frialdad. Una enfermedad que nos acecha a muchos con el inexorable paso del tiempo.

Y tienen razón.

La mayoría de los vampiros sin compañeros nos volvemos más y más crueles, terribles y solitarios con cada siglo que pasamos en soledad.

Así es la naturaleza de nuestra especie, nos guste o no. Y solo unos pocos se libran de esa

ridícula necesidad de amarrarnos a alguien para no sentirnos solos.

Pero jamás he encontrado ni una sola hembra en este mundo que haya sido más que un mero juguete pasajero con ambiciones demasiado grandes como para que no me resultara una molestia o un mero entretenimiento del que al final acabo por aburrirme.

Ninguna cuya sangre sea esa perfección subjetiva que cada uno de nosotros busca de manera desesperada en el olor de una potencial consorte. Algo que conocemos por instinto como si formara parte de nuestra oscura naturaleza.

Y, a estas alturas de mi existencia, me estoy resignando a no hacerlo nunca.

Una idea peligrosa, porque todos sabemos lo enloquecidos que acaban los vampiros que se dan por vencidos en ese aspecto, pero que tras cientos de años de búsqueda infructuosa es la conclusión lógica para mí.

Al menos, me volveré loco tras haber disfrutado de todos los lujos que la vida, el poder y el dinero pueden ofrecerle a alguien, me consuelo con un humor oscuro y lúgubre que se hace eco de mi pésimo estado de ánimo.

—¿Y cómo haré eso cuando el baile está a punto de empezar? —se desespera Lukas, paseando de un lado a otro de la habitación con irritación—. ¡Apenas tengo tiempo para encontrar a alguien así si es que quiere usted cumplir con la tradición y bailar a medianoche con la elegida!

Me reacomodo sobre el sillón orejero tapizado en terciopelo y me lo quedo mirando, acabándome el contenido de la copa de un solo trago.

Se supone que es la sangre más sabrosa y cara del momento, pero no despierta nada en mí, pienso, dejando el recipiente vacío sobre la mesilla de ébano que hay al lado.

Hace un siglo, la protesta de Lukas me habría parecido lógica.

Hace cincuenta años, me habría divertido su teatralidad, pero habría accedido a su petición porque en el fondo, aun a pesar de la neblina de indiferencia que cada vez se hace más poderosa en mi interior, sé que el otro vampiro solo quiere lo que es mejor para mí y para mi reputación.

Ahora, en cambio, debo hacer un esfuerzo épico para salir del estado de perpetuo hastío que lo pinta todo de un gris monótono en mi interior y que apenas me permite tener emociones.

—No me importa —declaro con aburrimiento—. Encuéntrala o prepárame el coche para volver al aeropuerto. De todas formas, detesto este puto lugar.

Aquí fue donde capturaron a mis Progenitores para llevarlos a su ejecución.

Pero, sobre todo, aquí fue donde me quitaron a Alphonse. Mi querido hermano mayor.

Cada pasillo de este jodido sitio me recuerda demasiado a esa impotencia, a ese dolor de perder a la primera persona a la que le habías importado en el mundo.

Yo era un crío cuando sucedió. Recién convertido tan solo unos meses atrás, acababa de cumplir los veintitrés y lo primero que mis Progenitores y mi hermano hicieron, una vez supieron que los revolucionarios estaban a punto de invadir su palacio de París, fue ordenar a su guardia personal que me pusiera a salvo sacándome de la ciudad a escondidas mientras ellos trataban de negociar con los humanos.

Al final, ellos también huyeron de la capital, refugiándose entre estas negras paredes, mientras a mí me escondían de nuevo contra mi voluntad en los países del este hasta que las cosas se calmaron casi un siglo después.

El afamado Palacio Negro, capaz de resistir invasores durante milenios, no les protegió de la ira humana, acumulada durante mil años de ser relegados como mero ganado por los de mi especie.

La pena es una de las pocas emociones que no se ha apagado a estas alturas, y por ello no la combato cuando se asienta en mi pecho con fuerza al recordarlo. Sobre todo, cuando mis ojos se desvían hacia el retrato de Alphonse, que adorna una de las paredes de la sala.

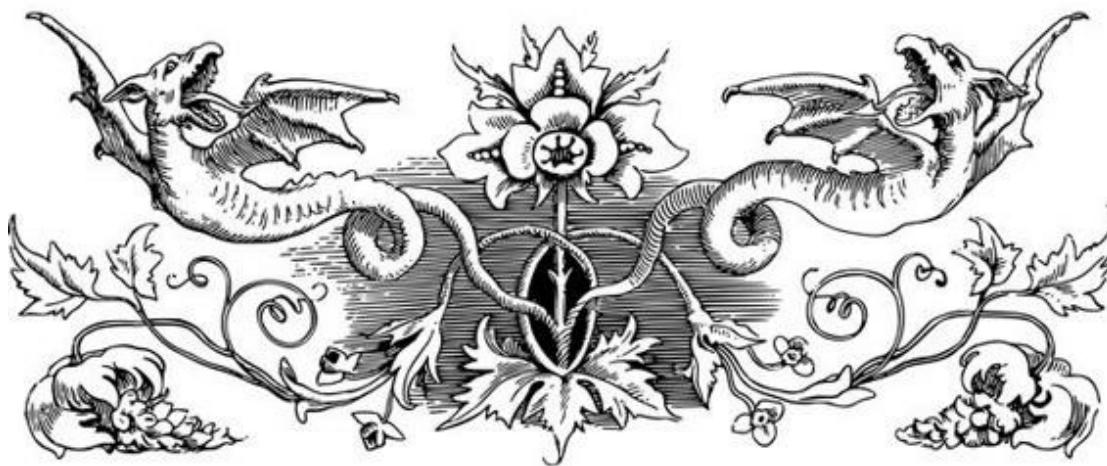
Puede que la ira de los mortales estuviera justificada, pero mi hermano merecía morir con honor, no hacinado en una plaza pública con otras decenas de sus hermanos vampiros ardiendo bajo el sol durante horas y agonizando hasta hacerse cenizas.

Ignoro las quejas de Lukas y centro mi atención en el fuego de la crepitante chimenea, extendiendo una mano para que uno de los silenciosos trabajadores del palacio me sirva otra copa de vino, esta vez de una botella diferente.

Y la apatía vuelve a engullir mis escasas emociones hasta que ya ni siquiera puedo sentir irritación por la algarabía que mi asistente ha decidido hacer, ni tampoco pena por los inevitables hechos del pasado mientras él ordena a los demás trabajadores de la casa Ladescu que busquen a

toda prisa a una mujer apropiada para ser mi pareja de baile.

Capítulo 8



EL MENTALISTA ALTERADO

RENATA

Camino por un lado de la pista de baile diciéndome que debo ser más lanzada y acercarme a uno de los vampiros que rondan por el lugar, pero siendo incapaz de ello, hasta que al final los pies, desacostumbrados a los zapatos de tacón, empiezan a dolerme.

Soltando un suspiro de decepción conmigo misma, decido salir a la terraza para respirar un poco de aire fresco.

Y casi me topo de bruces con un vampiro castaño vestido con el uniforme de los trabajadores del palacio.

El pobre parece al borde de un ataque de nervios, observo con curiosidad alejándome un paso de él con torpeza.

Estos tacones están empezando a ser insoportables. Fue mala idea elegirlos, por muy bonitos que sean. No estoy acostumbrada a ponerme este tipo de calzado y lo noto cada vez más.

—Oh, perdone —me disculpo de manera automática, aunque haya sido él quien casi se choca conmigo, andando como estaba a toda prisa mientras observaba a las mujeres de la sala

con una extraña desesperación que no tiene nada de lujuriosa, sino que más bien parece nacida de la ansiedad.

Él me devuelve el escrutinio.

Puedo ver que sus ojos son de un azul etéreo e inhumano a través de las rendijas de su antifaz.

Los ojos de los vampiros siempre brillan de manera antinatural, sean del color que sean, y se vuelven cada vez más rojos conforme más antiguos se hacen hasta ser tan oscuros como la sangre de la que se alimentan.

Así que este debe de ser muy joven.

—Por todos los diablos, ¿no serás realmente una virgen?

Me ruborizo hasta que debo parecer un cangrejo con forma humana.

—Pero ¿qué...? —balbuceo, incapaz de entender cómo lo ha sabido.

Él parpadea como si se hubiera dado cuenta de que lo ha preguntado en voz alta y de que la gente está fijando su atención en nosotros con curiosidad y, en un gesto nervioso, me coge del antebrazo y tira de mí hacia la terraza.

—¡Oye! —protesto con el corazón latiéndome a toda prisa del miedo—. ¿A dónde me llevas? ¡Suéltame!

Miro a todas partes con los ojos como platos suplicando ayuda, pero al reconocer el símbolo de la familia real Ladescu en su uniforme, tanto humanos como vampiros desvían la atención hacia otro lado y fingen que no han visto nada.

Maldita sociedad egoísta, pienso con enfado por enésima vez en mi vida.

—Lo siento —se disculpa el joven vampiro mientras sigue tirando de mí, haciendo caso omiso a mis intentos de desasirme de su agarre—, necesito hablar contigo en privado. Es urgente.

Detesto que me agarren de esta forma, me hace sentir fatal. Y, además, me está haciendo daño.

—¡Pues háblame, pero deja de *raptarme*!

Mi acusación lo hace detenerse de golpe.

El joven vampiro se gira para mirarme con cara de estar ofendido.

—No intento raptarte, mujer —se ofusca—. Solo quiero hablar contigo sin que hayan oídos cotillas de por medio, ya te lo he dicho.

Mi enfado no disminuye, aunque mi miedo, sí. Un poco.

—Muy bien. Pues entonces suéltame de una vez —tiro de mi brazo de nuevo para intentar que lo deje ir—, y habla ya. Estamos solos.

No soy tan boba como para confiar en la palabra de alguien de buenas a primeras, así que mi recelo no disminuye lo más mínimo.

Podría estar raptándome para violarme y dejarme seca bebiéndose toda mi sangre. He oído que a veces esas cosas pasan, por mucho que los vampiros finjan que son más civilizados que los humanos.

Él mira a nuestro alrededor, comprobando que no hay nadie cerca que pueda oírnos, y entonces me suelta y da un paso atrás, alzando las manos como si dijera: «¿Ves? Soy inofensivo», cosa que no me trago.

Reconozco una mirada sin capacidad de culpa cuando la veo.

Resisto las ganas de huir cuando me doy cuenta de que me ha arrastrado hacia el jardín, más allá de la terraza en la que algunas parejas se están enrollando, y de que estamos realmente solos.

Aunque no importaría si no lo estuviéramos porque nadie va a ayudarme si un siervo de los Ladescu me ataca, y eso ya lo han dejado claro.

—Mi nombre es Cleto —se presenta el vampiro con una sonrisa que pretende ser amigable pero que no pierde ese deje de nerviosismo que me pone igual de ansiosa a mí—, y sirvo bajo el mando directo del asistente personal del príncipe Vladislav Ladescu.

—Ajá. —Trago saliva y trato de no sonar borde, que es lo que siempre me pasa cuando estoy angustiada o a la defensiva. Eso, o me callo y me encojo sobre mí misma intentando no llorar. Todo depende de lo fuerte o al límite que me sienta en ese momento—. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Solo hablar, lo prometo —insiste él—. Necesito comentarte un tema, pero primero tengo que comprobar que eres, ya sabes, una persona de confianza.

Evito soltar un resoplido.

Todo esto suena a «estoy intentando camelarte con mi supuesta importancia para que dejes que te rapte sin armar un escándalo y te vengas conmigo en silencio», y eso no va a ocurrir.

—Si intentas arrastrarme hacia a saber dónde de nuevo, pienso gritar hasta volverme afónica —amenazo, aunque sé que no hay mucho más que pueda hacer.

Porque puede que no vaya a poder evitar lo que quiera que planee hacerme, pero pienso dejarme los pulmones al rojo vivo de la rabia y las uñas manchadas con su sangre. Ya he cedido demasiado y estoy harta de ser la víctima de los problemas de agresividad de los demás.

Se supone que esta noche iba a ser diferente.

Estúpida, ¿cómo se te ocurre pensar que podrías vivir una noche de pasión y crear un recuerdo bonito, Ren? A ti nada te sale bien nunca, me regañó en silencio, decepcionada con la vida y conmigo misma.

—¡Que no te estoy raptando, joder! —se enfada él—. Qué pesadita estás con el tema, mortal.

Está claro que el chico, que cuando fue convertido no tendría más de unos veintipocos años (como yo), no es muy dado a las formalidades que algunos de los vampiros más antiguos prefieren.

Él frunce el entrecejo con irritación y vuelve a clavar sus ojos de color azul eléctrico en los míos.

Abro la boca para exigirle que me deje volver a la sala de baile, pero de repente siento un mareo tremendo.

Noto una presión en la cabeza nada agradable y oigo una especie de sonido estático que recorre mi cerebro de lado a lado.

Me llevo una mano al cráneo soltando un quejido de angustia.

—¿Qué me está pasando?

—Perdona, pero tendrás que aguantar —se disculpa el vampiro una vez más en tono falso y sin sentir culpa alguna—. Tengo prisa y es necesario. Además, aunque te deje secuelas eres humana y no vivirás mucho de todas formas. Así que no te quejes tanto, mortal.

Me doy cuenta con horror de que él es la causa de esa sensación.

—¡Para! ¡Déjame en paz!

Sé que algunos vampiros, muy pocos (y menos mal que es así o la humanidad estaría aún más jodida), desarrollan dones especiales.

Pero nunca había esperado encontrarme cara a cara con un lector de mentes.

Así que así es como ha sabido que yo soy virgen: lo ha leído en mi cabeza.

Lo mismo que está haciendo ahora.

—Deja de intentar resistirte —se apresura a exigirme Cleto con fastidio—. En serio que estás exagerando bastante, Renata. No es como si necesitaras ser superinteligente o algo dada la vida que llevas. No pasa nada si se te mueren unas cuantas neuronas, ¡mi cometido es más importante!

Maldita mierda, me horrorizo, entrando en pánico cuando me doy cuenta de que este crío inmortal ahora sabe quién soy.

Y quizá más que eso.

—¡Que te jodan, capullo! —le grito, perdiendo los estribos debido al miedo y al estrés—. ¿Por qué estás haciendo esto? ¡Maldito sádico!

Él suelta un suspiro exasperado.

—Por favor, no grites. —Mira hacia todos lados como si la idea de que nos vieran le molestara—. No te habría sondeado la mente si no estuviera desesperado, ¿vale? —se justifica, pero a mí su excusa no me sirve de nada—. De verdad. Te lo prometo.

Está mintiendo.

Tras una vida de abusos, soy muy pero que muy consciente de cuándo una persona dice la verdad o no. Es como si tuviera un sexto sentido para ello.

Este hijo de la gran mierda no siente ni un ápice de culpa por el dolor y la angustia que me está causando. Cosa que ya había intuido antes, pero ahora lo veo mucho más claro. Es un jodido psicópata.

Como las Tres Horrendas.

—Y una mierda —siseo, notando cómo poco a poco el dolor de cabeza disminuye—. No te creo. Eres un cabrón.

De normal, jamás me habría atrevido a decirle eso a uno de mis maltratadores, pero creo que acabo de llegar a mi límite ahora mismo.

Me siento al borde de un ataque de algo. De pánico. De rabia. De locura.

No lo sé, pero lo noto.

Ya no siento presión en mi cerebro como si alguien estuviera sondeándolo, así que supongo que ha parado.

Hago todo lo posible por no hiperventilar, pero me cuesta.

Y yo que esperaba poder echar una cana al aire esta noche y luego volver a mi vida horrible con mi pequeño sucio secretito.

Encontrar un nuevo tipo de abuso no formaba parte de mis planes, me río de manera histérica cuando mi mente me susurra eso.

Cleto me observa como si fuera una especie de insecto extraño pero fascinante y decide romper su silencio una vez mis risotadas incrédulas, que parecen sollozos más que carcajadas, se detienen.

—Lukas, mi jefe, me ha ordenado encontrar a una mujer que sea... En fin, sus palabras exactas han sido: «una bella e inocente noble dama mortal que no tenga ambiciones deshonestas y que no le resulte una parlanchina molestia a nuestro bello y eterno prínceps» —me explica a toda prisa en voz baja, como si intuyese que estoy a punto de echar a correr y quisiese convencerme de que me quedara.

»Y solo tengo quince minutos para hacerlo. ¡Quince malditos minutos! Así que he bajado a la pista de baile y he sondeado mentalmente a todas las mujeres humanas con las que me he cruzado... ¡¡Pero todas las opciones que he visto eran un desastre!!

Suelto un resoplido.

—Eso no justifica que te hayas metido en mi cabeza —lo acuso con ira, temblando como una hoja y sin saber de dónde saco la valentía para ello.

—Ya lo sé. —Alza las manos a la defensiva—. Pero tenía que hacerlo. Mi don es el motivo de que Lukas me haya elegido para la tarea, ¿sabes? Soy especial.

Doy un paso hacia atrás y casi caigo al suelo de lo débiles que siento las rodillas.

Me palpita la cabeza, aunque ya no me duela. La sensación es horrenda.

—¿Por qué me estás diciendo eso? —exijo saber entre jadeos mientras siento que mis pulmones se constriñen de la angustia—. ¿Y por qué me has arrastrado hasta el jardín? Yo no puedo ayudarte a encontrar a una dama humana de alta alcurnia que cumpla con esos requisitos, ¡ni siquiera conozco a nadie de los presentes!

Bueno, excepto a mi madrastra y a mis hermanastras, a las que llevo evitando toda la noche.

Pero eso no cuenta.

—Jamás podría escoger a una de ellas —bufa él con irritación—. Solo piensan en sí mismas; o en el dinero; o en el prestigio; o en intentar seducir al prínceps para obtener alguna de esas cosas. Lo que no acabaría bien porque el hombre no tiene paciencia para las personas que solo ven en él un medio para obtener títulos y riqueza —me suelta en un siseo condescendiente—. Y no quiero acabar eligiendo a una que haga que el prínceps se enfade o, peor, que Lukas me deteste...

Eso último le hace poner expresión de angustia.

Si no le detestara tanto yo misma en estos instantes, hasta sentiría pena por él, porque está claro que siente algo por su superior al mando.

—Seguimos en las mismas. Yo no puedo ayudarte, Cleto. —Odio que la voz me salga con un ligero tono de súplica, como si le estuviera pidiendo una vez más que me deje ir.

Él emite un sonido de júbilo que me pone los pelos de punta.

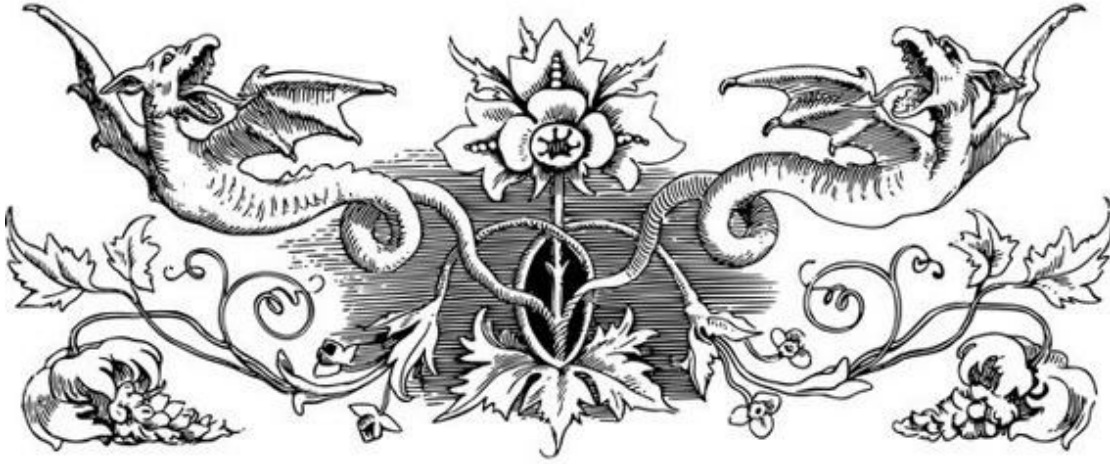
—¡Claro que puedes! —protesta, dejándome a cuadros—. ¿No te das cuenta? ¡Eres

perfecta para la tarea!

Me lo quedo mirando con la boca abierta.

—Perdona, ¿qué?

Capítulo 9



LA ELEGIDA

RENATA

No es posible que realmente crea eso de mí.

Pero lo hace.

—Tu padre era un rico comerciante cuyo abuelo perteneció a la pequeña nobleza antes de vender su título debido a los problemas económicos que pasaba tu familia por aquel entonces —recita, dejándome pálida porque eso es algo que jamás le he contado a nadie—. Tú fuiste criada como una dama antes de que tu padre, tras perder su empresa, se suicidara y te dejara bajo la tutela de tu abusiva madrastra y de tus hermanastras... ¡Es genial!

—¿«Genial»?

Mi expresión de horror e ira debe de ser evidente, porque se retracta haciendo una mueca incómoda.

—Me refiero a que no tienes ambiciones de seducir a un noble vampiro rico ni tampoco sabrías cómo hacerlo... —intenta explicar, y falla rotundamente en reducir mi enfado y lo ofendida que me siento ahora mismo a pesar de lo mucho que me asusta este sujeto—. ¡Y

además eres *virgen*! Y qué hay más «inocente» para un vampiro antiguo que una virgen, por rarita que sea esa mentalidad de los viejos tiempos, ¿eh?

Tengo ganas de darle un tortazo.

Se ha metido en mi cabeza, ha fisgoneado en mi vida privada, y encima se atreve a hablar de varios de los eventos más traumáticos que me han sucedido y de mi sexualidad como si fueran una mera anécdota para él.

—Que tengas el don del mentalista y seas un vampiro no te da derecho a hacer lo que has hecho —siseo, temblando de disgusto y de consternación—. La mente de una persona no es un maldito juguete.

No va a servir de nada decírselo porque vivimos en un mundo donde el maltrato se justifica si uno es poderoso, y él lo es mucho más que yo, pero, aun así, por primera vez en mi vida siento la necesidad de dejarlo claro.

El impulso de gritar a los vientos: «¡No soy ni tu juguete ni tu diversión!» me carcome por dentro más que nunca antes y se niega a ser acallado.

—¿Lo ves? —se entusiasma él, dejándome patidifusa una vez más por sus reacciones, que nada tienen que ver con mis palabras o con las emociones que estoy mostrando.

Es como si estuviera en otro planeta. Uno en el que Cleto solo ve y oye lo que le conviene.

—Yo no veo nada —insisto, dando otro paso hacia atrás.

—¡De verdad que eres perfecta! —continúa él como si no le hubiera interrumpido—. Tienes valores éticos anticuados, ya que en el fondo crees en eso de encontrar a un compañero de vida a pesar de que quieras follarte a un vampiro antes de eso por lo cachonda que te pone la idea de tener ese sucio secretito en tu mediocre vida. Y, además, a pesar de que no tienes estudios, eres educada cuando te *obligan* a ello. Al príncipe no le resultará una molestia pasar un rato contigo —asegura Cleto, como si lo que acabase de decir no fuera una de las cosas más malditamente espeluznantes que me han dicho nunca—. Solo procura no cabrearlo y todo saldrá bien, ¿vale?

Boqueo porque hay demasiadas cosas con las que mi mente trata de lidiar al mismo tiempo ahora mismo.

La primera, lo de la invasión mental.

La segunda, que este chico parece creer que tiene a la candidata adecuada en sus manos, aunque yo no considere que soy aquello que su jefe le ha dicho que debe encontrar y además no quiera ser parte de los planes de este sádico porque algo me dice que si meto la pata mínimamente él me matará y dejará mi cadáver en una cuneta.

Y lo tercero, que me está diciendo que tengo que bailar con el príncipe. En público. Mientras todos nos miran y las únicas cámaras que se permiten en el interior del palacio esta noche se encienden por primera vez para transmitir el evento del Baile de la Medianoche por televisión.

Bailar con August ha sido fácil porque sabía que las Tres Horrendas estaban ocupadas intentando ligar con un grupo de vampiros en la terraza y no prestaban atención a la pista de baile.

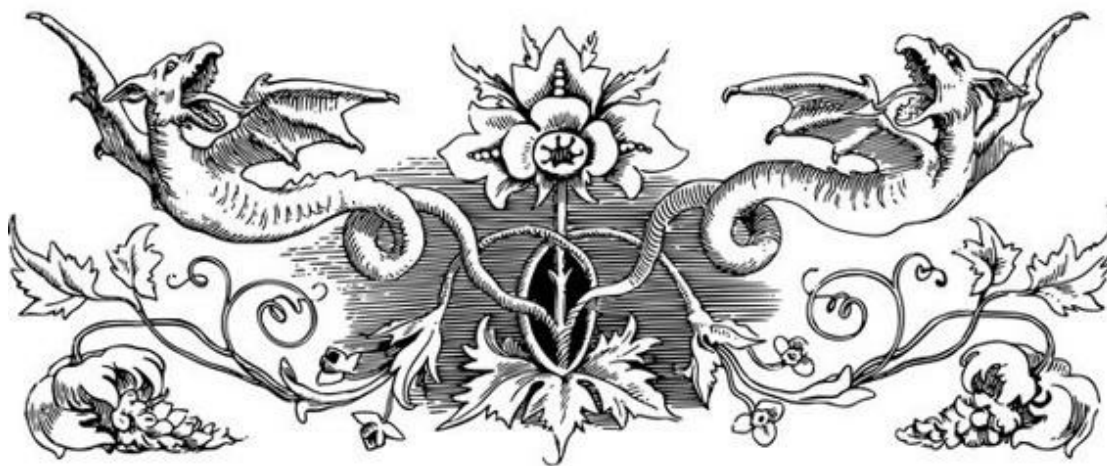
Pero es cien por cien seguro que sus ojos estarán clavados en mí durante el evento.

Como lo estarán los de todos los presentes.

—Ni hablar. Es una locura —me oigo musitar con el corazón acelerado por el miedo.

—No —niega Cleto alegremente, y me coge de la mano de nuevo para tirar de mí hacia una entrada lateral del palacio ignorando mi respingo—. Es una genialidad.

Capítulo 10



LA VERDADERA CARA DE CLETO

RENATA

—Oye, mira, te agradezco la propuesta —miento—. Pero la verdad es que no estoy muy segura de esto...

Me digo a mí misma que debo intentar negociar porque está claro que el chico no tiene ni empatía ni ética, pero sí mucho poder, y no quiero acabar siendo un vegetal con el cerebro hecho papilla.

Aunque lo que realmente quiera sea gritarle, golpearle y hacer que nunca, jamás, pueda hacerle a nadie lo que me ha hecho a mí.

—¡No te agobies! —exclama Cleto sin soltar mi mano, ignorando mis quejas y mis intentos de zafarme de su agarre de nuevo—. Todo saldrá bien.

Está forzándose por parecer positivo porque quiere algo de mí, no porque genuinamente haya decidido ser amigable.

A estas alturas de mi vida, huelo los intentos de manipulación a kilómetros de distancia.

—De verdad que no creo que elegirme a mí sea una buena idea —trato de convencerlo, de

soltarme de nuevo, pero fallo una vez más—. Hay muchas damas ahí dentro que son de familias muy acaudaladas que seguro que estarán agradecidas de que las elijas...

Estoy tan nerviosa que me siento al borde de una taquicardia.

Cleto se detiene tras abrir una puerta lateral escondida en la pared del palacio con una de las llaves que lleva colgadas en el cinto de su uniforme. Parece irritado y a punto de perder la paciencia, cosa que no pinta nada bien para mí.

Veo unas escaleras que suben hacia la planta privada al otro lado de la abertura y la respiración se me acelera sin que pueda evitarlo.

Esto está sucediendo, pienso conmovida. Está sucediendo realmente.

—Mira, Ren —dice el vampiro, empleando el mote cariñoso que solía usar mi padre antes de que nos distanciáramos tras la muerte de mi madre—, sé que eres una cobarde con muchos problemas de autoestima y que no eres ni inteligente ni fuerte ni atractiva, pero... ¡Au!

Pone cara de sorprendido cuando mi mano libre impacta contra su mejilla.

Y yo también.

Porque jamás en mi vida había golpeado a alguien. Ni tampoco me había imaginado pegándole a un vampiro sociópata ni en mis peores pesadillas.

Porque eso es de locos. Y yo no estoy loca.

O eso creía.

Tengo mucha suerte de que Cleto me necesite, porque por su cara de mala hostia quizá me habría partido el cuello de no ser el caso.

—Eso —sisea el siervo de los Ladescu enseñándome los colmillos—, ha sido ofensivo y no lo voy a olvidar nunca, *humana* —suelta esa palabra con asco—. Cuando esto acabe, me las vas a pagar, ¿me oyes?

La fachada de persona amigable y socialmente inepta que tenía al inicio y que ha tratado de volver a colocarse una vez ha decidido que soy útil para él desaparece, engullida por la crueldad que muestran sus ojos.

Aunque tras sentirlo hurgando en mi cabeza no es que esa fachada fuera a funcionar

conmigo, de todas formas. Y creo que se lo he dejado claro.

Jamás me habría creído que es un tipo inocente y agradable como él parece querer que otros piensen después de presenciar la falta de empatía y arrepentimiento que muestra cuando le hace daño a alguien.

Una persona sensata habría asentido y se habría callado.

Yo no soy estúpida, pero sí que soy insensata cuando me altero demasiado. E impulsiva.

Y ahora mismo estoy *muy* alterada.

—Te lo merecías y lo sabes —replico, alzando la barbilla y tragando saliva, pensando en que voy a morir y sorprendiéndome cuando a parte de mí ni siquiera le importa—. Te he pedido que dejes de juzgar y analizar mi mente y no lo has hecho. El que te hayas metido en mi cabeza es algo horrible, pero tú lo estás empeorando opinando sobre mis pensamientos y mi vida como si no fueran *nada*.

Él suelta mi mano, pero no porque haya decidido escuchar mis ruegos, dejar de joderme la cabeza y permitirme que vuelva al baile y a mis planes de pasar una noche agradable según mis términos.

Su boca se tuerce en una mueca cruel y violenta y da un paso hacia mí.

—Tienes mucha suerte de que por ahora te necesite para cumplir con Lukas y de que no tenga tiempo para andar buscando a otra candidata, *Ren* —asegura con sorna, repitiendo el sobrenombre que sabe que me ha afectado y me ha hecho perder el control porque me recuerda a mi infancia y a mi padre antes de que mi vida se volviera un infierno—, porque, si no, te habría despedazado lenta y despiadadamente aquí mismo por atreverte a tocarme sin mi permiso.

No me jodas. Será hipócrita. Él no ha dejado de tocarme ni de hacerme daño desde que nos hemos conocido.

De mis labios sale un sonido sardónico, aterrado y furioso al mismo tiempo.

Estoy asustada de muchas cosas en la vida. Tantas que la lista sería interminable. Y el listado estaría mayoritariamente hecho de miedos sobre mi futuro. Sobre mi economía y cómo acabaré en la vida si no logro encontrar algo estable que me garantice un techo sobre mi cabeza y comida en el estómago de manera habitual.

Y esos miedos son más poderosos de lo que cualquier vampiro, por poderoso que sea y por mucho que me intimide, puede llegar a causarme.

—¿Y qué hay de meterse en el cerebro de la gente *sin su consentimiento*? —repito con rabia, porque parece que mi continua acusación por sus actos le pasa por encima de la cabeza una y otra vez.

Chillaría si la voz no me fallara tanto cuando estoy al borde de un ataque de nervios.

En vez de eso, suena como un silbido trémulo pero airado.

Él alarga del todo sus colmillos y da otro paso hacia mí hasta que mi cuerpo queda atrapado entre su forma, delgada y baja pero mucho más fuerte que la de una mera humana, y la oscura piedra que da su nombre al Palacio Negro.

Quizá deba cambiar la idea que tengo de mí misma y admitir que sí que soy idiota, por mucho que lo niegue.

La pura verdad es que los vampiros pueden llegar a ser tan terribles como nosotros, aunque el *marketing* del que se rodean diga lo contrario e intente justificar el que ellos gobiernen los principales países de Europa con lo que básicamente es la ideología de: «es mejor ser gobernados por una especie moral y físicamente superior de la que algún día tú podrías formar parte, que por los frágiles e inmorales mortales», que nos han inculcado en las escuelas desde que somos niños.

Hay psicópatas entre ellos. Y asesinos en serie. Y megalómanos. Y gente que tortura y viola solo porque puede.

Personas que disfrutan del dolor, la humillación y la agonía de los demás.

Y mucho me temo que acabo de dar con uno de ellos y que, aunque mis instintos me hayan gritado que no confíe en él desde que ha abierto la boca, lo he provocado porque de repente no sé quedarme callada y dejar que abusen de mí sin intentar defenderme como he hecho hasta ahora.

Cosa que a estas alturas debería de haber aprendido que solo me trae más dolor y más abuso.

Quizá realmente he llegado al límite de lo que puedo soportar, pienso con la respiración alterada de nuevo. O tal vez finalmente me he vuelto loca como Irma asegura que estoy cuando

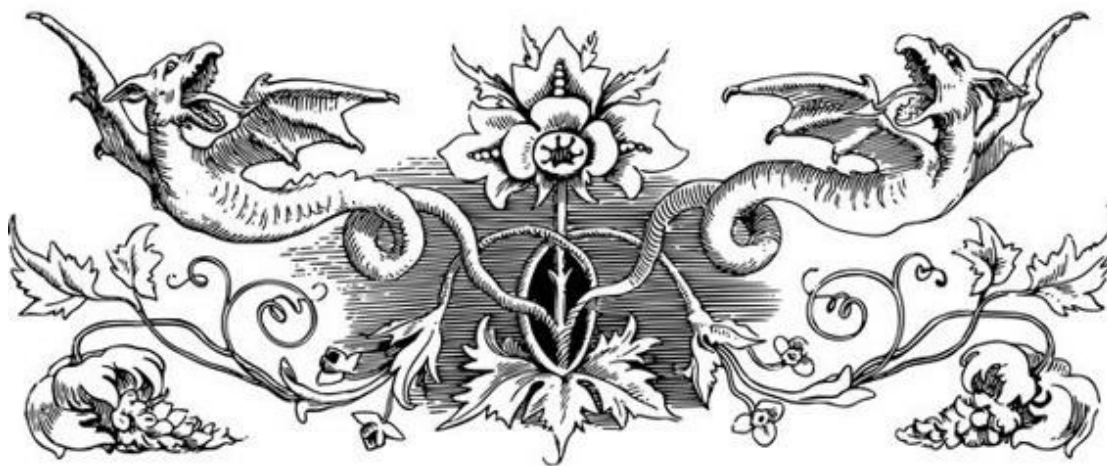
se burla de mí.

—¿Sabes qué? —sonríe Cleto, poniendo expresión de sádico maníaco, perceptible incluso a través de su antifaz—. Quizá le diga a Lukas que no he podido encontrar a nadie y te despedace sin más. Aunque —finge estar pensativo y se lleva una mano a la barbilla mientras yo tiemblo de miedo, intentando encontrar una manera de retractarme, aunque sea solo para poder huir, y fallando porque mi mente es un completo caos—, antes de despedazarte, tal vez te folle para que al menos sepas lo que es una po...

—¿Qué está pasando aquí?

Jamás, si no estuviera en la situación en la que estoy, me habría sentido tan aliviada de escuchar una voz tan terrorífica como esa, tan profunda y cavernosa que las milenarias paredes de piedra parecen retumbar cuando él habla.

Capítulo 11



LA DAMA MISTERIOSA

VLAD

—Suéltala —ordeno en tono imperativo.

Observo con desgana al novicio.

Es el chico nuevo de Lukas.

Los colecciona como quien se encapricha con un caramelo de un sabor nuevo, hasta que se cansa y luego los descarta cuando encuentra a otro.

Por desgracia, Lukas tiene preferencia por hombres y mujeres problemáticos, por decirlo suavemente.

El chico se apresura a obedecerme, alejándose de la mujer humana y alzando las manos con una sonrisa dirigida a mí, pero no me trago su súbita sumisión.

Está claro que le enfada que lo haya detenido. Su rabia llena el aire con su pestilencia.

—¡Su alteza! —exclama con falso respeto—. No le había visto. Perdone. Tan solo estoy intentando resolver un pequeño conflicto que la mortal...

—Silencio —interrumpo con irritación.

Soy muy capaz de percibir la violencia sádica y cruel que destila su lenguaje corporal y que promete que, en cuanto le dé la espalda, irá a por la mujer mortal.

Lo sabía. Otro puto psicópata, me irrita con hastío. ¿De dónde los sacaré Lukas?

—Yo... yo... —balbucea una voz femenina.

Fijo mi vista en la humana.

Está asustada, pero aun así mantiene un deje de rebeldía en su mirada.

Su lenguaje no verbal me chiva que está llena de tristeza, terror e ira a partes iguales.

Abro la boca para decirle que puede irse y que mandaré a alguien para que le vigile las espaldas hasta que averigüe qué está pasando y decida qué hacer con el nuevo juguete de Lukas, pero en cuanto lo hago una bocanada de aire entra en mis pulmones llenándolos del aroma de la mujer, que hasta ahora el imbécil del muchacho cubría con el suyo al estar tan cerca de ella.

Es sutil, como si su cuerpo estuviera debilitado y ello se reflejase en su aroma, pero lo que percibo de él es jodidamente fascinante.

—... y ella se ha atrevido a faltarle al respeto a uno de sus siervos, mi señor. Por ello yo...

El chico está hablando. Tratando de justificarse, sin duda. Pero a mí sus excusas me importan una mierda.

Yo no soy mi primo Gregoir, que permite que sus siervos aniquilen y torturen humanos por mera diversión.

Puede que sea un cabrón, pero al menos soy un cabrón con estándares de comportamiento.

—Silencio —ordeno de nuevo, tratando de concentrarme, porque el aroma de la mujer de cabellos teñidos de rojo me ha hecho perder el control de mis sentidos y me resulta difícil recuperarlo.

—¡Mi señor! —interrumpe Lukas con alivio y enfado, apareciendo de repente a mis espaldas en lo alto de las escaleras—. Llevo diez minutos buscándole. El baile...

Mi asistente se detiene al darse cuenta de que algo pasa y se fija en su nuevo amante, en la chica humana y, sobre todo, en mi expresión que, a pesar de que sé que a los ojos de desconocidos debe parecer tan estoica como siempre, para Lukas, que me conoce muy bien, debe ser una similar al atontamiento.

Su cara de puro asombro me deja claro que sabe que algo me pasa.

—La mujer —le digo sin mirarle, sabiendo que me entiende muy bien sin necesidad de muchas palabras.

—Oh —se ilusiona él—. ¿Es ella...?

No termina la pregunta porque está tan esperanzado como angustiado por mi respuesta.

Lo primero, porque desea más que nada que yo encuentre de una vez a una compañera y vuelva a ser yo mismo (del mismo modo que yo deseo para él que él jamás tenga necesidad de nadie en ese sentido, porque sé lo mucho que le gusta ir de flor en flor, y que sea uno de esos pocos vampiros que no requieren hallar un consorte para estar bien).

Lo segundo, porque si mi respuesta es *no* ello va a ponerlo triste durante un tiempo de pura decepción.

—¿Qué pasa conmigo? —se inquieta la mortal, tragando saliva. Su piel está pálida y sudorosa por la tensión.

El movimiento atrae mi atención hacia su garganta, larga y pálida como la luna.

Y sin marcar.

No hay cicatrices que indiquen que un vampiro la ha mordido, lo que hace que una emoción extraña parecida a la satisfacción que nunca había experimentado antes ronronee en mi pecho.

—Mi señor —jadea Lukas con incredulidad—. Estáis *ronroneando*.

Parpadeo y me doy cuenta de que tiene razón.

Una vez más, la mujer humana me ha hecho perder el control de mí mismo.

El amante de Lukas, que aunque sea un imbécil no es tonto, alterna la mirada entre la humana y yo, todavía parado en frente de las escaleras por las que pretendía escabullirme de mi

asistente para ir hacia el garaje y así largarme del palacio por mi propio pie.

—Tu nombre —le exijo a la humana sin apartar los ojos de ella.

Sus pupilas están dilatadas y el sonido de los latidos de su corazón se acelera.

Necesito olerla más de cerca. Su aroma sigue siendo demasiado débil y el inútil del chico sigue estando demasiado cerca de ella, pienso con intensidad.

—Ar... Arya —miente ella.

Sonrío, divertido por las agallas de la mujer.

—¡Está mintiendo! —sisea el chico de Lukas, que al parecer usa cualquier excusa para ser agresivo con la mujer por la ofensa que asegura que ella le ha causado. Cosa que empieza a despertar mi propia agresividad en respuesta. Si no para, lo acabaré matando, aunque ello ponga triste a mi único amigo—. ¿Cómo te atreves a mentirle al príncipe, mortal?

—Si no te callas —hablo dirigiéndome al molesto individuo—, te arrancaré la lengua.

El muchacho abre los ojos como platos del terror.

Bien, por mucho que a mí no pueda leerme la mente porque soy inmune a los dones de otros vampiros, debe de intuir que digo la verdad.

La mujer está pálida de nuevo y las manos le tiemblan ligeramente.

Su miedo y sus ganas de huir son evidentes.

Y eso no me gusta.

—Lo siento —me dice en voz queda, débil pero valiente—. No sabía que era usted el príncipe. No pretendía faltarle al respeto. Mi verdadero nombre es Renata.

Renata, saboreo las sílabas de su nombre en silencio.

—No me has faltado al respeto, Renata —le aseguro, observándola con curiosidad cuando ella se estremece y notando que esta vez no es por el miedo.

Lukas se aclara la garganta.

—Quizá debería usted hablar con ella en un entorno más privado, mi señor —plantea con

una sonrisa de ánimo, feliz de que yo muestre interés en alguien después de más de cien años de indiferencia—. ¡Y proponerle que baile con usted! La medianoche está a punto de empezar.

Me da un codazo nada sutil en el costado.

Ahogo una leve sonrisa que ni siquiera mi apatía, que parece menos intensa que antes, puede apagar.

Solo Lukas puede encontrarle el lado práctico a todo.

Fijo de nuevo mi atención en la mujer y extendiendo una mano hacia ella.

—Ven conmigo, Renata.

Me deleito en pronunciar su nombre una vez más.

Ella jadea y observa mi mano extendida como si no comprendiera qué está pasando, pero al final, de manera tentativa, sube los escalones que nos separan elevando el bajo de su larga falda con una mano para no tropezarse y coloca sus dedos enguantados sobre los míos.

En cuanto la tengo delante, su aroma me invade los sentidos con mucha mayor fuerza, aunque sigue siendo demasiado débil y el olor de la henna que tiñe su cabello lo debilita aún más.

Noto lo delgada que está, que no parece causa natural de su figura sino de una malnutrición de larga duración, y unos instintos sobreprotectores que jamás había experimentado hasta ahora despiertan en lo más hondo de mí como si hubieran esperado toda una vida para ello.

—Mi señor, el baile... —insiste Lukas en tono de súplica cuando ve que no nos movemos.

Suelto un gruñido de aquiescencia y tiro de ella con mucha suavidad hacia lo alto de las escaleras para que suba el último escalón que la separa de mí.

Ella da un gritito de sorpresa por el movimiento, pero se queda parada en el rellano sin intentar desasirse de mí, y ello me complace.

—Un baile. —Accedo solo por el bien de mi asistente y de su obsesión con las tradiciones, y me giro hacia la mortal—. ¿Bailarás conmigo, Renata?

Ella asiente como si todavía no saliera de su estupor, pero al menos no hay miedo cuando

me mira como suele ocurrirme con los humanos.

Quiero quitarle el antifaz para contemplar su bello rostro en toda su gloria, pero ahora mismo es como un cervatillo asustado que no comprende la situación en la que está. Tendré que ser paciente.

Ahogo una sonrisa al percibir el sutil olor de la lujuria cuando mis dedos se cierran sobre los suyos con un poco más de fuerza, procurando no hacerle daño, y tiro de ella con suavidad de nuevo para empezar a caminar hacia el interior del palacio.

—Lukas —habla el chico de cuyo nombre no me acuerdo, recordándome que existe. Cosa de la que me había olvidado porque toda mi atención está centrada en Renata—, yo he sido quien la ha encontrado. ¿No crees que me merezco un premio?

Le oigo decir eso en tono coqueto a mis espaldas.

Ello detiene mis pasos y me trae a la memoria el terror de los ojos de Renata y la amenaza que he oído al chico emitir contra ella hace escasos minutos.

Inaceptable.

Debería estar de rodillas suplicándole piedad y, sin embargo, se atreve a pedir favores.

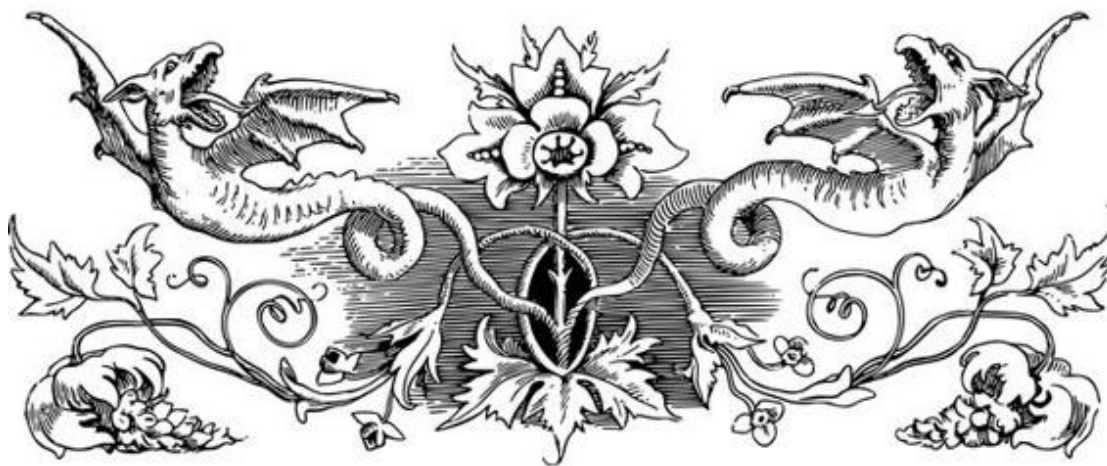
—Encárgate de averiguar qué coño ha pasado y también de que el muchacho no sea un problema para Renata nunca más —le digo a mi asistente en latín cuando lo paso de largo, no queriendo alterar a la mujer, que intuyo que ya ha visto y oído demasiada violencia esta noche—. Si le ha hecho daño o pretende hacérselo, mátalos.

—Eso haré —me promete Lukas con una sonrisa ilusionada al ver lo interesado que estoy en la mujer mortal—. Después de ver el baile, por supuesto.

Me río entre dientes sin poder evitarlo. Siento un cariño profundo por este hombre que solo se acrecienta cuando él demuestra día a día que también lo siente por mí.

Y me doy cuenta, por la expresión emocionada que tiene mi querido amigo al oír ese sonido, de que hacía más de un siglo que no lo hacía.

Capítulo 12



POR UNA NOCHE

RENATA

Camino junto a él como si estuviera hipnotizada por su belleza y su poder.

Y tal vez lo estoy.

Pero al menos no está jodiendo con mi cabeza para manipularme como ha hecho el otro.

No puedo olvidarme de que, si no fuera por este inhumanamente hermoso príncipe oscuro, ahora mismo seguramente estaría muerta.

—¿Por qué...? —Trago saliva cuando lo mucho que me intimida el vampiro me enreda la lengua y me digo que no parece un tipo abiertamente violento y poco amigable, a diferencia del otro, aunque parezca contradictorio dada su expresión, más estoica que una piedra—. ¿Por qué quiere usted bailar conmigo... *sir*? —Me acuerdo de añadir el título un segundo después de haber hecho la pregunta porque parece un hombre de formalidades.

Él, que no ha desviado su atención de mí ni un solo segundo y que me está haciendo sentir como si fuera una especie de ser pecaminoso y fascinante, acaricia mis dedos enguantados con lentitud.

Contengo un jadeo cuando siento el roce y cómo eso afecta a mi cuerpo.

—Desearía conocerte mejor, Renata —me dice en vez de responder a mi pregunta—. Y que cenases conmigo tras el baile.

—Oh.

Me he quedado atontada una vez más, porque me parece que eso es una propuesta como la que ha hecho el primer vampiro con el que he bailado, de cuyo nombre ahora mismo no me acuerdo porque tengo la mente hecha papilla debido a lo malditamente atractivo que es el príncipe Ladescu.

Quiere morderme.

No me hace falta ser tan perceptiva como lo soy con la gente para notarlo. Su hambre es evidente. Como lo es la manera en la que sus ojos de color carmesí, desprovistos del antifaz que ocultan parcialmente los míos, se clavan en mi cuello adornado con carísimas perlas prestadas.

—¿Accederías a ello?

Tiene un acento increíble. Sensual. Poderoso, pero, al mismo tiempo, se siente como una caricia de terciopelo sobre mis sentidos cuando habla.

Su voz es tan hipnótica como su belleza, de cabellos color ébano y rasgos altivos y masculinos.

—Sí —respondo sin pensarlo mucho, dejándome llevar por el impulso de mis deseos y fantasías, que se despiertan cada vez que lo miro—. Cenaría con usted. Sí —reitero.

Su sonrisa, leve y apenas perceptible, es una de evidente satisfacción.

—Bien —responde justo antes de que pasemos por debajo de un arco y nos detengamos justo en la entrada del mirador que rodea la sala de baile, desde cuyas escaleras es tradicional que el noble que representa a la casa Ladescu ese año descienda con elegancia para dar inicio al Baile de la Medianoche.

—Su antifaz, mi señor.

Uno de los trabajadores uniformados le tiende una bandeja forrada de terciopelo del mismo color que los ojos del príncipe.

En ella hay un antifaz de color dorado con tiras de seda a ambos lados que Vladislav coge, soltando mi mano, y se ata al rostro con rapidez.

Qué pena que haya ocultado esa cara tan increíble, me encuentro pensando sin pretenderlo.

Me ruborizo y doy las gracias de que al parecer el prínceps no sea un lector de mentes.

No tengo ningunas ganas de volver a encontrarme con uno de esos jamás, la verdad.

—¿Desearías conservar tu nombre en el anonimato ante el público? —me pregunta el prínceps con más empatía de la que nadie me ha mostrado jamás—. No querría causarte incomodidad, Renata.

Parece que siente algún tipo de placer inusual al pronunciar mi nombre. Como si las sílabas saliesen de su boca tras ser acariciadas por su lengua.

El pensamiento me llena el vientre de calor.

Aunque es su pregunta la que me pilla por sorpresa, no el hecho de que se dirija a mí como si nos conociéramos de toda la vida y, al mismo tiempo, estuviese deseando tenerme a solas para saberlo todo de mí.

Y quizá por eso, solo por eso y no solo por su atractivo físico, que es descomunal pero no lo es todo para mí, es por lo que decido que si este vampiro me pide que me acueste con él, lo haré. August era agradable, pero no me hizo arder de esta forma cuando bailé con él.

Perderé la virginidad con el prínceps de una casa real muerta si se presenta la oportunidad.

Lo tengo claro.

—Si no os importa, su alteza. Lo preferiría, sí.

Una de las comisuras de sus labios se eleva con diversión y noto con extrañeza que el sirviente del palacio que le ha tendido el antifaz da un respingo de sorpresa al verla.

—No me importa lo más mínimo si ello te hace sentir cómoda, mujer —contesta el prínceps, con más honestidad de la que he oído jamás en la vida.

Lo que me deja patidifusa durante varios minutos.

Él habla de nuevo cuando ve que no respondo a su confesión.

—Diles que anuncien a la dama con el nombre de Arya —le dice al otro vampiro, que se apresura a cumplir sus órdenes, y luego se gira hacia mí—. Ese es el que has usado antes, ¿no es así?

Asiento.

—Sí, *sir*.

—Nada de *sir* —ronronea él, riéndose entre dientes—. Vlad.

—Vlad...

Ese ronroneo de antes vuelve a hacer su aparición, saliendo de su pecho como si fuera un enorme gato, mortífero y complacido.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre, Renata —declara roncamente el vampiro más poderoso de Europa—. Quiero oírtelo decir más.

Me ruborizo de nuevo, pero esta vez mucho más intensamente que antes.

—Y a mí cómo pronuncias el mío —le confieso en un arranque de valentía.

El siervo del palacio, que vuelve caminando hacia nosotros para avisar de que ya ha transmitido las órdenes de su señor, tiene en las manos la caja del antifaz como si se hubiese olvidado de guardarla y la boca abierta de par en par por nuestro intercambio.

Pero yo no me fijo en él.

Solo tengo ojos para Vlad.

—¿Vamos, Renata? —Vladislav me tiende una mano de manera galante y yo la cojo de nuevo con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho.

Salimos por uno de los arcos del mirador de arriba, que envuelve toda la planta alta de la sala de baile, hacia el rellano de las escaleras, donde nos detenemos unos segundos hasta que la orquesta deja de tocar y se hace el silencio en toda la sala.

En cuanto la gente nota lo que ocurre, reconociendo esa señal como el inicio del mayor evento de la noche, se giran hacia nosotros alzando los rostros cubiertos de antifaces de todos los

colores y diseños.

Todos nos miran.

Cómo no, destacamos un montón aquí parados bajo los focos. Especialmente Vlad, decide comentar mi cabeza, que cuando estoy nerviosa no para quieta.

Y eso sin tener en cuenta las cámaras, que se han encendido minutos antes de la medianoche a la espera de la estelar aparición de Vlad y la que fuera a ser su pareja esta noche, a quien yo he acabado sustituyendo por casualidades del destino, me imagino.

Aunque se supone que debería haber elegido a una dama tras bajar de las escaleras, ¿no?, pienso, tratando de concentrar mi mente en otra cosa que no sea lo pequeña que me siento bajo la presión de tantas personas con su atención puesta en mí. Así es como lo hacen cada año.

Algunos nos señalan y sueltan gritos de excitación.

O, más bien, sueltan gritos de excitación por verle a él y me señalan a mí preguntándose quién diablos soy, seguramente.

No puedo creer que esto realmente esté pasando, musita mi mente, en estado de shock pero poco a poco saliendo de él y siendo más consciente de que, sí, esta es ahora mi realidad.

De que voy a bailar con un prínceps de los vampiros.

Uno de verdad.

—¡El prínceps, Vladislav Ladescu, líder de la Noble Casa Ladescu, y su acompañante, la dama Arya! —anuncian los siervos uniformados con los colores de la antigua casa real cuando empezamos a descender los escalones con lentitud.

Cuando llegamos juntos al final de las escaleras, los asistentes al baile despejan la pista a toda prisa entre cuchicheos, analizándome e intentando reconocermme de alguna parte y fallando en ello porque no soy ni noble ni famosa, a diferencia de la mayoría de ellos.

Vlad se inclina sobre mi oído cuando nos detenemos en el centro de la pista de baile.

—¿Todo bien, hermosa Arya? —pronuncia mi nombre falso como si quisiera llamarme por el de verdad, pero estuviera guardándose ese placer.

Su aliento, frío como el resto de él, me roza la fina piel de la oreja y me eriza la piel.

Asiento porque me he quedado sin voz, pero él no pone distancia entre ambos como suele ser costumbre, sino que parece querer pegarse a mí piel con piel.

—Sí —replico, aunque no es del todo cierto.

—Tranquila. Yo te guiaré —promete él.

Y le creo.

Apenas nos separan unos milímetros de distancia, y el hecho de que una de sus manos se haya asentado cómodamente en la parte baja de mi espalda mientras la otra sostiene la mía en la posición adecuada para el famoso Vals de los Vampiros, que la orquesta va a empezar a tocar en cualquier momento, no ayuda a que pueda mantener la concentración.

Espero no hacer gala de mi maldita torpeza. Sería lo más embarazoso de mi vida, pienso con algo de miedo.

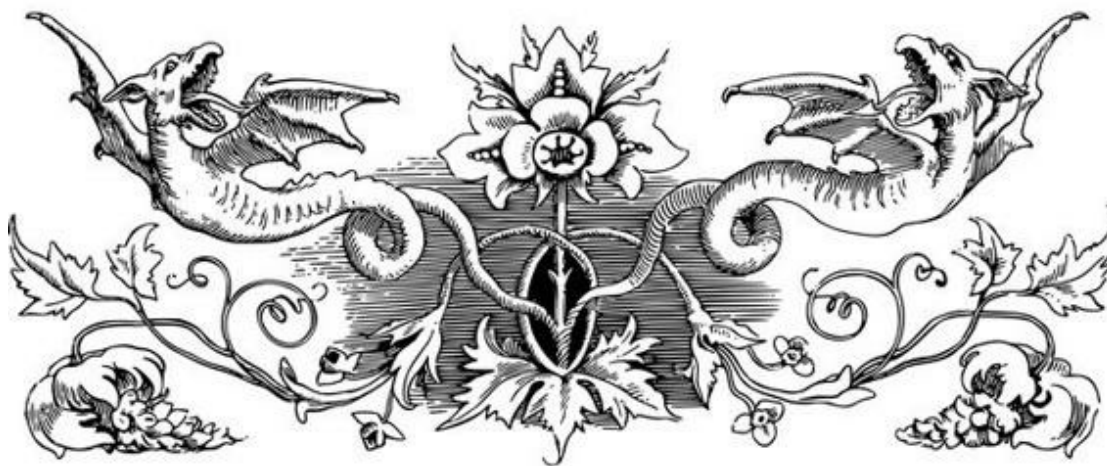
Y entonces las campanadas de la torre más alta del palacio anuncian la medianoche, la música empieza a sonar y cualquier pensamiento sobre los ojos de los demás desaparece de mi mente.

Porque solo tengo ojos para Vlad.

Mis sentidos están completamente entregados al continuo roce de su cuerpo contra el mío segundos después de dar inicio el baile.

Y ya no hay marcha atrás ni tiempo para arrepentirse.

Capítulo 13



EL BAILE DE LA MEDIANOCHE

RENATA

Esta noche está siendo una locura, pero al menos de esta parte de la locura estoy disfrutando como jamás había creído que podría hacerlo.

Todo esto es increíble.

Vlad es increíble.

Me desliza por la pista de baile como si fuera lo más fácil del mundo a pesar de que más de una vez se me olvida algún que otro paso, cosa que él arregla cambiando ligeramente los suyos para que parezca un movimiento natural y planeado.

Me siento como si estuviera flotando en el aire, a más de mil metros de altura, y en cualquier momento fuese a caer en picado, pero sin que ello me importe lo más mínimo.

Nunca había conocido a nadie tan seductor. Tan atractivo que mi mente y mi cuerpo se sienten embelesados por él sin que apenas hayamos intercambiado palabras.

Es una de esas personas que, cuando te miran, te hace sentir que lucharías contra el mundo solo por rozar su piel. Y eso que yo nunca me he sentido una luchadora. No de esas que

se rebelan contra el abuso y la crueldad con garras y dientes, sino de las que simplemente sobreviven intentando hacerlo con la mente lo más intacta posible aun sabiendo que está fallando.

Pero estar entre sus brazos esta noche me hace sentir fuerte.

Poderosa.

Especial.

Importante.

No sé por qué, pero me hace sentir que merezco que me pasen cosas buenas y también que, a pesar de que este hombre es más terrorífico que cualquier persona que haya conocido antes, ya sea a nivel político o en cuanto a fuerza física se refiere, estoy a salvo con él.

Dicen que los vampiros pueden seducir e hipnotizar humanos, pero no creo que eso sea lo que ha pasado entre nosotros.

No ha usado ningún poder conmigo y ya me tiene así: más atontada que una medusa.

—Dime, Arya —susurra él mientras me da una vuelta más por la pista de baile, ignorando las cámaras y a los curiosos, con su atención fija en mí como si no pudiera evitarlo—, ¿alguna vez has soñado con ser eterna?

Oh, joder. Abro los ojos como platos.

¿De verdad acaba de preguntarme eso? ¿A mí?

Debe de ser una broma.

—Yo... La verdad es que no le he dado muchas vueltas —musito sin saber qué responder.

Él eleva el brazo y se aleja un paso indicándome que debo dar una vuelta sobre mí misma y yo casi me tropiezo de nuevo porque me siento más fuera de mi elemento que antes.

Una cosa es fantasear con que un noble vampiro, apuesto y oscuro, te elija como pareja de baile y potencial amante.

Otra muy diferente es que lo haga y que encima te suelte esa pregunta de repente sin

previo aviso.

Vlad debe de notar que me ha puesto nerviosa, porque no vuelve a emitir palabra alguna durante el baile, aunque su intensidad no se reduce ni un ápice y el roce de sus manos sobre mi piel enfundada en seda me pone la carne de gallina más de una vez.

Lo que me alivia bastante, porque me da tiempo a calmarme a pesar de la ansiedad que me producen los focos, las miradas y las cámaras (que seguro que no tardarán en distribuir el vídeo del baile, lo que hará a su vez que los analistas, tanto profesionales como *amateurs*, traten de leer nuestros labios y descifrar nuestra breve pero asombrosa conversación).

—¡Bravo! —aplaude la gente cuando finalizan los últimos acordes del vals y ambos hacemos una reverencia.

La sala se llena con el sonido de cientos de voces alabando al prínceps y preguntándole quién soy, pero Vlad los ignora a todos.

Sin soltar mi mano, les desea una buena noche de manera galante pero distraída y me guía de nuevo hacia las escaleras que llevan a la zona privada del palacio.

Veo a las Tres Horrendas paradas a un lado de la pista de baile observándome mientras cuchichean entre ellas y el estómago me da un vuelco, como suele hacerlo cuando me entra el miedo por ser pillada haciendo algo de lo que ellas, definitivamente, no aprobarían si supiesen quién soy.

—¿Estás bien? —inquire Vlad una vez estamos ya casi en el rellano del mirador de la planta superior.

Seguramente ha notado cómo me he tensado al ver a mi madrastra y a sus horribles hijas.

Asiento y pongo una sonrisa falsa en mis labios por fuerza de costumbre. Porque una de las cosas que a las Tres Horrendas les disgusta es que ponga cara de malestar cuando me hacen una pregunta y verlas me ha recordado esas pequeñas acciones que mis traumas han forzado en mí tras toda una vida de condicionamiento a base de golpes e insultos.

—Sí —miento, y me doy cuenta tras abrir la boca y ver cómo sus labios se fruncen ligeramente que seguramente puede saber que no digo la verdad. Así que, con el corazón acelerado (y no de excitación esta vez) y una sensación de anticipación semejante al miedo que suele ser mi constante compañera con todo lo que tiene que ver con las Tres Horrendas, me

apresuro a intentar arreglarlo—: Perdona, solo estoy nerviosa.

Es una verdad a medias, pero eso él no tiene por qué saberlo.

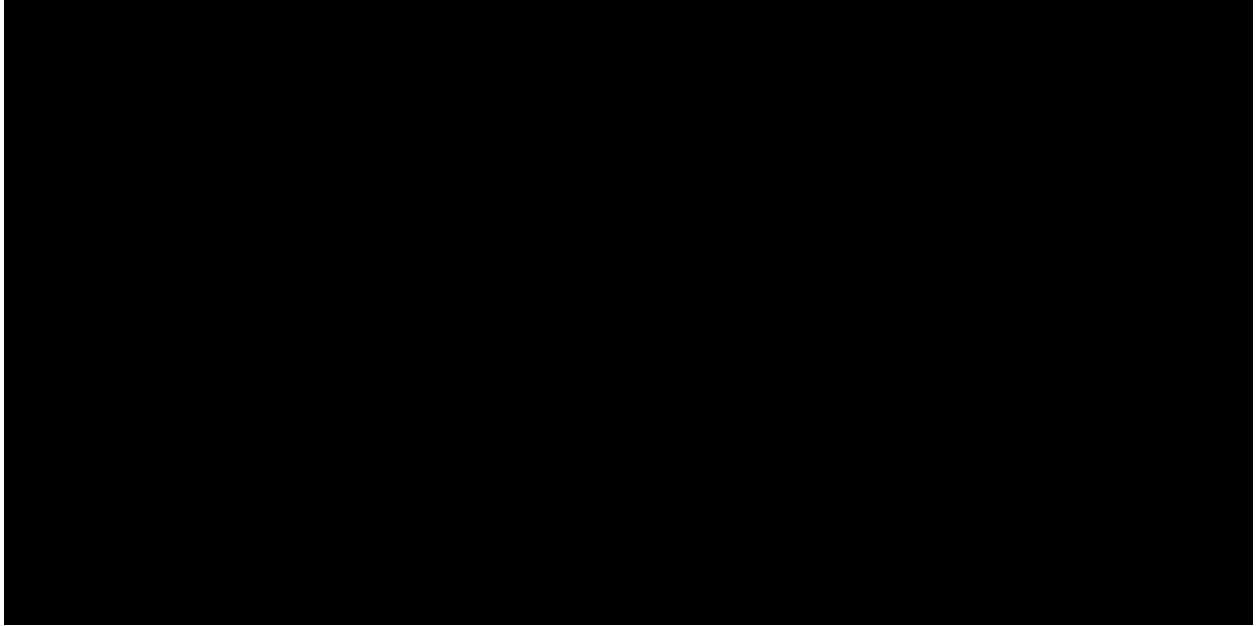
No es como si fuera a confesarle mis secretos más terribles a un completo desconocido, por muy bueno que esté y por mucho que quiera tirármelo.

—Ven —responde él en vez de insistir en que le diga la verdad, cosa que agradezco—. Anhele estar a solas contigo, Renata.

Jadeo cuando vuelve a mencionar mi nombre real ahora que ya no estamos en público (los siervos que pasamos cada pocos metros, de pie con la mirada al frente y espalda recta a cada lado del pasillo, no cuentan).

Y sigo deseando que no sea una de las peores decisiones de mi vida cuando, por segunda vez esa noche, decido hacer caso a los dictados de mi corazón y seguir la estela de mis deseos.

Capítulo 14



LA CONDUCTA SE PAGA

LUKAS

—¿Qué hago contigo? —suspiro mirando a Cleto.

Todavía resuena en mí la felicidad de haber visto a mi prínceps bailar y socializar más de cinco minutos seguidos con alguien que no soy yo, así que no sueño tan amenazador como debería.

Quizá por ello Cleto me mira con una sonrisa juguetona en los labios en vez de con el miedo que debería tener si fuera sensato.

Claro está, que hace mucho tiempo que nadie me recuerda como Lukas el Cruento en vez de como el cordial y educado asistente del prínceps.

—Tengo muchas ideas sobre qué podríamos hacer para pasar el rato mientras tu querido prínceps se folla a la humana, Lukas —ronronea, quitándose el antifaz y relamiéndose los labios con sensualidad.

Me quito el mío propio y me froto el puente de la nariz a pesar de que como vampiro no

puedo tener migrañas.

Es un viejo hábito que nunca he podido quitarme del todo cuando estoy estresado.

Suspiro de nuevo.

—Has ofendido a mi señor.

Él pone mala cara en cuanto esas palabras salen de mis labios.

—¡Pero esa no era mi intención! —protesta—. La zorra me ha dado un tortazo, Lukas.
¡Un *tortazo*! ¡A mí! Esa sucia humana...

—No hables así de ella —chisto—. Podría ser la próxima consorte del prínceps.

Él suelta un resoplido, como si quisiera desdeñar la idea, pero su expresión me dice que intuye que la ha cagado.

Es una pena que sea tan guapo. Y que vaya a tener que echarlo o quizá, incluso, matarlo si la mujer acaba convertida en consorte y decide que quiere su cabeza. O si Vlad lo decide, que es lo más probable si Cleto realmente le ha hecho daño a la chica.

Mi señor es muy protector con aquellos que acepta como parte de su familia. Como tengo el privilegio de ser yo, cosa que siempre me emociona cuando lo pienso.

Y eso Cleto no lo entiende, porque el chico, que apenas ha cumplido los cincuenta años (veintiséis de ellos como vampiro), jamás comprende del todo los vínculos que existen entre las personas.

Pero yo ya sabía que Cleto era una persona muy inestable cuando lo encontré en un callejón rodeado de los cadáveres de cinco humanos destripados hace unos meses.

—Cleto —trato de razonar con él con paciencia—, si la mujer se convierte en la compañera de mi señor, ¿comprendes lo que podría llegar a sucederte? ¿Entiendes por qué yo, como fiel vasallo de lord Vlad, debo encargarme de que no causes más problemas y de que seas castigado por haberla amenazado?

Él sisea de ira y frustración.

—¡Pero es culpa de ella! ¡Yo solo estaba haciendo mi trabajo! —exclama—. Cosa que *tú* me has pedido.

Hago una mueca.

Tiene razón. Pero, aun así, al mismo tiempo, no la tiene del todo por un motivo: porque le he pedido que busque a una mujer que cumpliera con las características que mi príncipe solicitaba sondeando mentes sin dejar huella, hacer daño a los invitados o despertar sospechas y, aunque la ha encontrado, lo de pasar desapercibido y no hacer daño no se le ha dado nada bien.

Ha sido culpa mía por no haber pensado las cosas con calma y haberme dejado llevar por el pánico al pensar que una de nuestras más queridas tradiciones iba a romperse por primera vez en mil años (el Baile de la Medianoche se celebró incluso durante la caótica y sangrienta era de la Revolución Francesa), y por ello me resisto a matarlo como habría hecho si no fuera consciente de que yo también la he cagado.

No debí haber confiado en que se comportaría de manera educada cuando yo no estoy presente.

Nunca lo hace.

—Me temo que voy a tener que retirarte el estatus de servidor de la casa Ladescu, Cleto —le informo con pena—. Aquellos inmortales que no saben cómo controlar sus impulsos más violentos no merecen representar el escudo de una casa tan noble y valerosa como el príncipe que la comanda.

Él ahoga una carcajada.

—Me importa una mierda el escudo —declara con sorna—. ¿De verdad crees que eso va a hacerme sentir mal? Eres tan anticuado, Lukas... A nadie le importan las casas nobles hoy en día.

No puedo evitar el respingo de indignación. Las tripas se me retuercen de puro malestar.

He sido un idiota creyendo que lo había suavizado y que le había hecho ver la importancia de adherirse a una serie de valores éticos y de comportamiento, pero, sobre todo, que había logrado que entendiera por qué mi señor Vlad, al que le debo mi vida y mi cordura, es un ser tan asombroso y tan noble que merece la más absoluta lealtad y el respeto más devoto.

—Me decepcionas, Cleto —le digo con el corazón herido.

Su enfado solo aumenta cuando le confieso mi desencanto.

—¿Por qué? —gruñe, dejando a un lado los modales que sabe que tiene que tener porque he intentado inculcárselos durante meses—. ¿Por qué te importa tanto ese arrogante hijo de puta del prínceps?

Jadeo de horror por su insulto a la persona más importante de mi vida. Sus celos son evidentes y despreciables.

Doy un paso hacia él sabiendo que estoy emanando más violencia de la que he sentido en doscientos años, cuando Vlad me encontró.

Por ese entonces, ni siquiera sabía leer ni escribir. No era más que un juguete que servía como desahogo de los impulsos más crueles de la mujer que me creó.

Solo Vlad se interesó por mí cuando se enteró de que yo existía.

Me salvó.

Mató a la esclavista que me compró siendo un niño. La que me forzó a ser un vampiro a los dieciséis porque no quería perder a su juguete favorito en la mortalidad. La que me violó cada día durante cuarenta años y luego me encerró en una celda para que muriese de hambre cuando se cansó de mí.

Le arrancó la cabeza y el corazón. A ella y a todos los «amigos» que participaban continuamente en sus horrendas fiestas.

Vladislav Ladescu me sacó de mi existencia de miseria y me dio una educación, una motivación para vivir y un legado que proteger, que hizo en parte mío al nombrarme su asistente personal y su representante.

Le amo más de lo que amaré a nadie, aunque nuestra relación no haya sido jamás algo sexual.

O quizá precisamente por eso. Porque, tras una vida de abusos sexuales, solo Vlad vio en mí algo más que un esclavo destinado a complacer a otros.

Y Cleto lo sabe porque se lo he dejado claro. Le he dicho, una y otra vez, lo mucho que adoro a mi prínceps.

—¿Cómo te atreves? —siseo, y me deleito en el miedo que veo en los ojos azules del imbécil que ha sido mi amante, en el que erróneamente vi algo de aquel yo que odiaba al mundo

tanto tiempo atrás—. ¡¿Cómo osas hablar así de *mi prínceps*?!

Cleto, desacostumbrado a sentirse la presa en vez del cazador, alza las manos con alarma y da un paso atrás.

—Lukas, cariño...

—¡Silencio! —rujo, habiendo perdido todo atisbo del caballero que tanto me costó aprender a ser y dejándole ver a la bestia sangrienta y cruel que habita bajo mi piel—. Te he advertido una y otra vez que jamás debías faltarle al respeto a mi señor. ¡Jamás!

Me tiembla todo el cuerpo por la intensidad de la ira que siento ahora mismo.

Pero Cleto, cómo no, es un insensato de lengua impulsiva que no es capaz de analizar el nivel de peligro al que se enfrenta de manera correcta, aunque sus instintos le estén gritando que debe agachar la cabeza y comportarse.

—Pero ¿por qué? —insiste él a voz en grito—. ¡No lo entiendo! ¿Acaso estás enamorado de él? ¿Acaso te lo follas cuando no estás conmigo? ¿Por qué le eres tan leal a ese anciano témpano de mierda? Seguro que no tiene sangre en las venas. Seguro que su polla es flácida y que no sabe qué hacer con ella. Seguro que ese hijo de puta es tan frío en la cama como lo es...

Se ahoga con su propia sangre cuando le arranco la tráquea de un solo movimiento, tan rápido que ni siquiera los ojos de un vampiro pueden seguirlo.

Cleto cae al suelo, llevándose las manos a la garganta, y me mira como si lo hubiera traicionado.

Y mi bestia se va enfriando poco a poco mientras mi caballerosidad, que tanto me ha costado aprender (y solo gracias a la paciencia y la amabilidad de Vlad, que jamás desistió de mí ni me abandonó incluso cuando le escupí a la cara e intenté matarlo durante los primeros meses tras mi rescate), hace acto de presencia una vez más y toma el control.

Me miro la ropa, salpicada de la sangre del vampiro más joven, y suspiro con tristeza.

Luego clavo mis ojos en él y siento culpa, pero mi ira, todavía presente, sigue siendo mayor.

Mucho mayor.

—No morirás —le digo, y veo el alivio en sus ojos, que durante unos segundos es mayor que el pánico—, pero, aunque tu herida sane y la piel se cierre, no recuperarás la capacidad de hablar. Mi don es el veneno, al fin y al cabo. Cosa que mereces después de cómo has hablado de mi señor.

Él me devuelve la mirada con odio.

Al fin recuerda dejar de intentar respirar, cosa que es opcional para nosotros, y los sonidos que hacía su garganta, abierta y sangrante, se vuelven más ligeros.

—No te mataré porque el fallo de confiar en ti ha sido mío, Cleto —le comunico con pena—. Te dejaré marchar. Pero si me entero de que haces o transmites algo mentalmente a otra persona que atente contra la reputación o el bienestar de mi señor Vladislav, y créeme que lo haré porque tengo ojos y oídos en todos los rincones de este mundo, te encontraré y te mataré. ¿Lo he dejado claro?

Cuando él sigue mirándome con odio y no hace ningún gesto para indicarme que lo ha entendido, me pongo en cuclillas frente a él y le miro a los ojos con tanta fría crueldad como soy capaz de sentir.

Cleto se estremece y el aire se llena de la peste de su terror una vez más.

Le sonrío sacando toda la extensión de mis colmillos y dejo que mis pupilas se reduzcan a dos rendijas amenazadoras dentro de mis relucientes iris, del color de la sangre fresca.

—¿Lo has entendido, Cleto? —inquiero de nuevo pasando un dedo largo y helado por su ensangrentada mejilla.

Él asiente varias veces e intenta alejarse de mí arrastrándose por la hierba.

Le dejo ir.

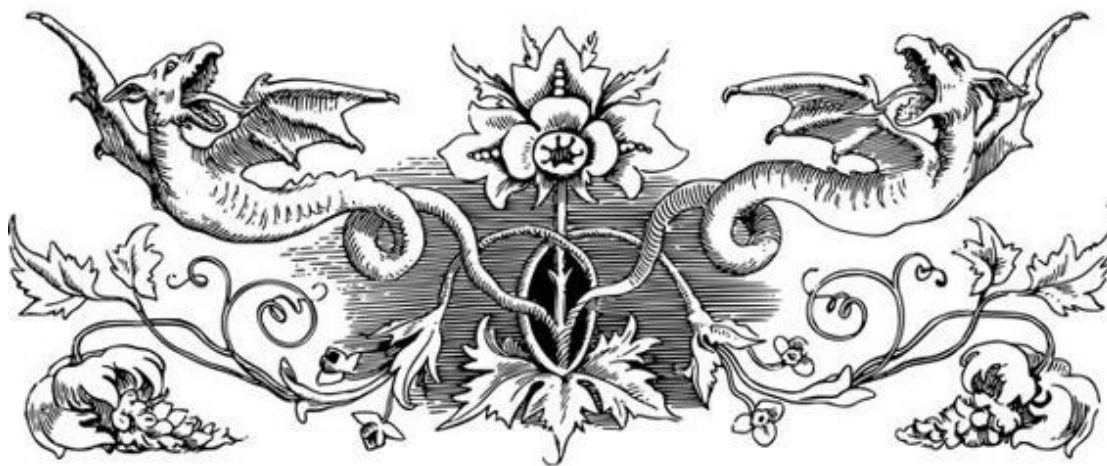
—No olvides que, vayas donde vayas, te encontraré —le susurro justo antes de levantarme, darme media vuelta e irme sin mirar atrás.

Debo pedirles a los guardias del palacio que acompañen a Cleto fuera de la propiedad y se aseguren de que se marcha. Y también limpiarme para así estar presentable si mi señor requiere algo de mí.

Al fin y al cabo, todavía estoy de servicio.

Y nadie ni nada hará que incumpla mi deber jamás.

Capítulo 15



FUEGOS GEMELOS

RENATA

La habitación en la que entramos es inmensa. Las paredes cubiertas de madera oscura y los cuadros, que cuelgan como reliquias de un pasado noble y trágico, le dan un aire decadente al lugar. Los altos y estrechos ventanales cubiertos de largas cortinas de terciopelo color rojo sangre y la tenue iluminación de los muchos candelabros completan ese ambiente como de estar haciendo un viaje al pasado de la mano de un ser que es más un mito que un hombre real.

Un mito tan jodidamente guapo que es la personificación del erotismo hecha carne.

—Siéntate y ponte cómoda —ofrece Vlad, señalando hacia las butacas que hay frente a una inmensa chimenea de mármol—. Pediré que nos sirvan algo de beber.

La palabra beber y la manera en la que la pronuncia mientras sus ojos carmesíes no se alejan de mi cuello me hacen estremecer.

Me relamo los labios y camino nerviosamente hacia una de las butacas, sentándome de manera tensa en el borde y observando su ancha espalda mientras él habla con uno de los siervos apostados tras las dobles puertas antes de cerrarlas tras de sí para darnos privacidad.

—¿Te apetece una copa de vino? —pregunta Vlad con esa voz suya, grave y profunda como los ecos de una oscura caverna, sacándome de mi ensimismamiento con un respingo.

Abro la boca y me oigo responderle que me encantaría a pesar de que lo único que realmente me apetece es que me bese de una maldita vez porque creo que, si no, moriré de una combustión espontánea.

Apenas puedo concentrarme porque el vampiro ha decidido ponerse cómodo él mismo, y al parecer eso implica quitarse el antifaz, la corbata y la chaqueta del esmoquin, quedándose solo con el chaleco y la camisa.

Está endiabladamente *sexy* mientras coge un decantador de una cómoda cercana y se sirve algo en una copa de cristal facetado que sospecho que es sangre. Aunque una vez tiene el vaso en la mano me lo acerca en vez de bebérselo él, cosa que me causa curiosidad.

—Ten.

—¿Eh?

Observo la copa y el aroma del contenido invade mis fosas nasales.

Oh. Claro.

Es el vino.

Estaba tan ensimismada por su belleza que no me acordaba de que le he dicho que sí a lo de su propuesta.

Seré boba...

Cojo la copa con una sonrisa de disculpa tras pasar varios segundos observando su fuerte y elegante muñeca a través de los botones desabrochados de las mangas de su camisa, que ha enrollado hasta los codos.

—Gracias —le digo, ahogando una risa nerviosa y avergonzada a mi propia costa.

Nunca en la vida había estado tan nerviosa como ahora.

Creo que me va a dar un sofoco.

El vampiro no me ha tocado todavía pero mi cuerpo arde y mis bragas están húmedas y

se pegan incómodamente a mi sexo.

Me ruborizo cuando mi mirada se alza, se cruza con la suya y veo sus labios curvarse en una sonrisa leve y divertida.

Lo sabe, me grita mi mente.

Claro, sabe que me muero de ganas de tirármelo, resoplo en respuesta a ese pánico interior hasta que este abate un poco. *Estoy siendo tan sutil como una pedrada en toda la cara.*

Me relamo los labios de nuevo cuando mis ojos descienden por su frente, notando lo bien formado que está. La anchura de sus hombros, la firmeza de sus abultados bíceps, de sus pectorales y de su vientre, cubierto todavía por la ropa pero prometiendo un cuerpo de músculos firmes bajo esta.

Sus caderas, delgadas y elegantes, me hipnotizan como antes lo ha hecho su espalda, y mi mirada desciende un poco más hasta posarse en el bulto de sus pantalones y la copa de vino se queda inmóvil sobre mis labios cuando mi desesperada imaginación empieza a pensar en lo que hay debajo.

Cálmate, Ren, por lo que más quieras. Que te va a dar un sofoco de verdad, me regaño, bebiéndome casi todo el contenido de la copa de golpe y atragantándome por ello porque no estoy acostumbrada al alcohol.

—¿Estás bien? —se preocupa Vlad, inclinándose sobre mí para darme suaves palmadas en la espalda.

Se nota que está haciendo un esfuerzo para controlar su fuerza sobrehumana y tocarme con suavidad y ello me mete ideas de lo más interesantes en la cabeza que solo acrecientan la intensidad de mi deseo por él.

—Sí. Sí —me apresuro a calmarle, y vuelvo a atragantarme, esta vez por el mero hecho de respirar, porque en la posición en la que estamos su bragueta está a escasos centímetros de mi cara y, Dios mío, joder, madre del amor hermoso, Merlín bendito y por todos los santos, es definitivamente más grande y definido que antes.

Oigo a Vlad dar una bocanada de aire y veo su cuerpo temblar como si algo lo sacudiera de la cabeza a los pies.

Antes de que pueda preguntarle qué es lo que le pasa, el vampiro da un par de pasos hacia

atrás y se aleja de mí de manera tan tensa que algo me dice que le está costando mucho hacerlo.

Cuando miro su apuesto rostro, noto conflicto en su mirada. Sus ojos carmesíes parecen reflejar algún tipo de batalla interna que hace temblar sus músculos de nuevo. Como si estos quisieran hacer una cosa y su mente otra distinta.

Sus manos están apretadas en dos puños a cada lado de sus muslos.

Ambos nos quedamos en silencio, presos de la atmósfera cargada de deseos mucho más complejos que la mera lujuria que nos dominaba hasta ahora. Yo respirando pesadamente y él tratando de no respirar como si le costara un infierno no ceder al impulso de hacerlo.

Lo que es extraño, porque pensaba que los vampiros eran una de las pocas criaturas de este mundo que no necesitaban oxígeno para vivir.

—¿Estás bien? —es mi turno de preguntarle.

Él fija toda su atención en mí y mi respiración se acelera como respuesta.

Me siento como una cierva hipnotizada por la belleza y el poder de un lobo falsamente domado cuya verdadera naturaleza, salvaje y hambrienta, sale a la luz cuando me mira.

—Discúlpame si te he asustado, Renata —responde Vlad finalmente, con una calma que no se refleja en su lenguaje corporal.

Siento que quiere saltarme encima y abrirme de piernas como si estuviera tan desesperado como yo por follar como posesos sobre la superficie más cercana.

Y el conocimiento de que se está conteniendo porque podría romperme como si fuese una cerilla con sus manos desnudas debería provocarme terror, pero solo me pone más cachonda que antes.

—No estoy asustada —replico en un tono de voz jadeante y más sensual de lo que pensé que podría ser mi voz en la vida—. No de ti.

No miento y ello me sorprende hasta a mí.

Pero hay algo en él que me hace confiar en que no será como los demás. En que cuando me toque, lo hará solo para causarme placer porque yo lo he querido así, no dolor y crueldad.

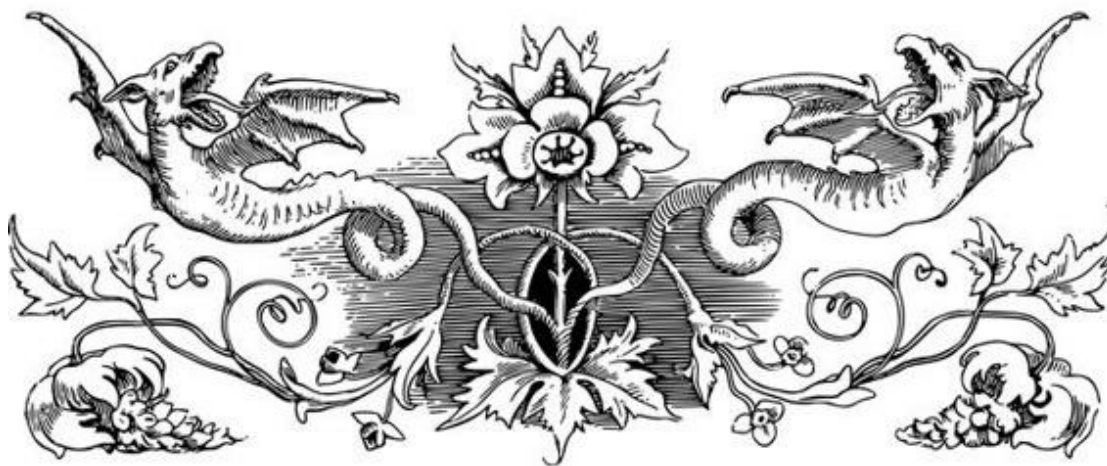
Mi respiración pesada y caliente es el único sonido que llena la habitación durante largos

segundos de silencio, que Vlad quiebra cuando suelta el aliento como si hubiera tomado una decisión.

—Mi plan era tomar una copa de vino contigo y conocer algo mejor a una mujer tan fascinante como tú antes de acostarme contigo. —Sonríe como si le divirtiera haber pensado que podía llevarlo a cabo—. Pero mucho me temo que si no te follo ahora, Renata, no voy a poder concentrarme en nada más. Así que, dime, ¿me permitirías hacerte el amor?

—Oh, joder, ¡sí! ¡Pensaba que no ibas a preguntarlo nunca!

Capítulo 16



PASIÓN AL COBIJO DE LAS SOMBRAS

RENATA

—Perdón —me disculpo, avergonzada por mi arrebato, y me ruborizo de nuevo por la vergüenza.

Él se ríe entre dientes una vez se le pasa la sorpresa.

—No te disculpes —responde con esa voz suya, tan curiosamente en calma, teñida ligeramente de humor—. Me alegra ver que tu consentimiento es tan... entusiasta.

Me río y me cubro la boca con una mano, sintiéndome un poco atontada y coqueta por lo guapo que es.

No sé si tener mi primer enamoramiento con el vampiro con el que voy a perder la virginidad es algo genial o algo terrible, porque seguramente después de esta noche no vuelva a verle nunca más y no quiero que eso me rompa el corazón.

No quiero enamorarme. Parece demasiado complicado y mi vida ya es lo suficientemente complicada como para encima dejarme el corazón en los brazos de un príncips vampiro para el que seré solo una nota al pie, una mera anécdota, en sus largos años de existencia. Alguien que

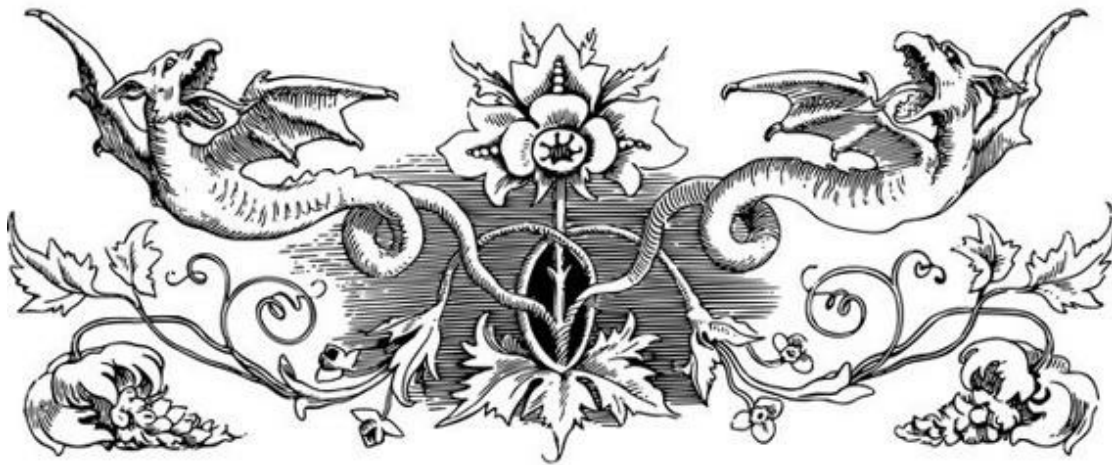
me olvidará en cuanto me marche.

Deja de darle vueltas a la cabeza y límitate a disfrutar de lo especial que es esta noche, Ren, me regañó a mí misma dejando que Vlad, que se ha acercado a mí con pasos largos y lentos, me quite la copa casi vacía de la mano y la deposite sobre un mueble cercano.

—Ven.

El vampiro me tiende una mano de dedos largos y elegantes. La observo mientras escucho los poderosos y acelerados latidos de mi corazón haciéndose cada vez más audibles.

Cuando la cojo, tengo la sensación de que he aceptado cambiar mi destino para siempre.



Llaman a la puerta justo cuando Vlad está acariciando mis dedos con su frío pulgar como si estuviera escogiendo cuidadosamente cuál de sus muchos deseos sexuales cumplir primero cuando me mira.

—¿Sí? —responde el vampiro de manera distraída con su vista fija en mis labios.

—Traigo el vino y una cena ligera para la señorita, mi prínceps —anuncia la voz de uno de los siervos abriendo la puerta.

—Déjala sobre la cómoda —replica Vlad sin mirarlo—. Y procura que no nos interrumpan de nuevo.

El hombre, al que yo tampoco miro porque no soy capaz de prestar atención a nada que no sea Vlad, hace una reverencia y se retira de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —me sorprende Vlad al preguntarme.

Parpadeo con confusión.

—¿Cómo lo sabes?

Una de las comisuras de sus labios se eleva con diversión.

—Intuición.

—¿Es verdad que la sangre de una persona virgen sabe diferente a la de una que no lo es? —pregunto en un impulso, guiada por la curiosidad, a pesar de que siento que la mayoría de mi cerebro está demasiado saturado de lujuria como para funcionar de manera correcta.

Estás rompiendo el ambiente, Ren. Controla tu lengua y tus nervios o pensaré que eres idiota, me riño.

Pero él no parece opinar lo mismo.

Cuando me mira, tengo la sensación de que nada de lo que yo haga o diga le resultará jamás una molestia y eso es... liberador. Me llena de tal alivio, de tanta tranquilidad, que los últimos resquicios de nervios y desconfianza que quedaban se desvanecen del todo.

—A mí nunca me ha parecido que tuviese un sabor diferente —responde él como si estuviese pensándolo con seriedad—. Aunque algunos afirman que sí, creo que está más ligado a los prejuicios antiguos sobre la supuesta pureza de la virginidad que a una diferencia real en el sabor o la textura de la sangre de una persona.

—¿Tú crees en eso? —inquiero, sintiéndome extrañamente cómoda hablando con este desconocido que despierta en mí emociones nuevas y excitantes—. En la pureza de los vírgenes, me refiero.

Él vuelve a acariciar los dedos de mi mano de manera distraída mientras me responde.

—No —asevera sin un ápice de duda, y luego añade—: Creo que hay algo profundamente íntimo y especial en la primera vez que se hace el amor. En la primera vez que se tiene sexo con alguien, en general, porque en las primeras veces siempre hay un poco de magia extra por el descubrimiento de algo nuevo y excitante —me aclara—. Pero no creo que los vírgenes sean puros o impuros por el mero hecho de ser vírgenes. La cantidad de sexo que hayas tenido en la vida no define tu moral o la ética, o falta de ella, con la que tratas a los demás.

Creo que es en ese momento cuando siento algo ligero, cálido y agradable encenderse en la boca de mi estómago por primera vez cuando le miro.

—Mmm —hago un sonido de acuerdo desde el fondo de mi garganta y me muerdo el labio inferior cuando su pulgar traza las líneas que marcan la palma de mi mano con delicadeza y lentitud—. Me gusta cómo piensas.

—Y a mí me gustas tú.

Tira de mí hacia él con suavidad, aunque ello no evita que un sonido de sorpresa salga de mis labios por lo inesperado del gesto.

Vlad pasa uno de sus brazos por mi cintura y mantiene mi cuerpo pegado al suyo con firmeza mientras con su otra mano eleva mi barbilla para tener acceso a mis labios.

Cuando me besa, lo hace con una pasión contenida con esfuerzo y mano de hierro, controlando su fuerza y su hambre con una maestría que tensa sus músculos como cuerdas de acero bajo su fría piel.

La intensidad con la que me toca me hace sentir que tengo poder sobre él. Sobre su autocontrol. Sobre sus deseos.

Pero es el contraste entre la frialdad de su cuerpo y el calor abrasador de su boca lo que me hace jadear de la sorpresa.

Su lengua invade mi boca con pasión y se siente como si hubiera fuego atrapado dentro del hielo de su piel. Como si todo su cuerpo ardiera por dentro.

Gimo y jadeo de nuevo cuando la mano que ahora tiene libre desciende por mi garganta hasta posarse en mi pecho, amasando el montículo con lentitud y pellizcando el pezón a través de la tela del vestido.

Ahogo otro grito de sorpresa cuando Vlad mueve ambas manos hasta mi trasero y me eleva con facilidad sin romper el beso, cargando conmigo hasta una habitación adjunta que resulta ser un decadente dormitorio.

Aunque apenas tengo tiempo de apreciar la recargada decoración antes de que él me tienda sobre las sábanas de seda de su enorme cama con postes de ébano tallado con forma de dragón.

—Vlad —me estremezco, sin saber qué es lo que quiero decir.

Sus manos bajan el escote de mi vestido con maestría, deshaciéndose de la parte superior de mi ropa para poder posar su boca sobre mis pechos cubiertos por el encaje del sujetador.

Estoy tan excitada que me siento hasta mareada por el placer y la anticipación. Mi sexo tiembla y mis manos se aferran a su espalda, todavía cubierta por la camisa y el chaleco, arrugando la tensa tela entre mis uñas pintadas de un rojo tan oscuro que parece negro.

—Voy a probarte, Renata.

Gimo cuando le escucho decir eso.

Es todo tan malditamente erótico. Su tono de voz, el fuego inesperado de su boca, el ardor de su mirada, la manera en la que sus manos me acarician...

—¿Mi sangre? —logro preguntar con las dos neuronas coherentes que me quedan.

Él alza la cabeza para dedicarme una de esas sonrisas, sutiles y sensuales, que a veces curvan sus labios y que le hacen parecer mucho más joven y humano de lo que es en realidad.

Y como estoy empezando a comprender que siempre va a sucederme, mi corazón responde acelerando sus latidos y mi vientre palpita con esa calidez tan extrañamente agradable que he notado antes.

—Eso luego —promete él, y su sonrisa se amplía cuando mi evidente excitación tiñe tanto mis facciones como mi aroma—. Ahora lo que quiero probar es el sabor de tu sexo, Renata. Si tú me dejas, claro está.

—Oh —digo con un hilo de voz, sintiendo ese maldito rubor hacer su aparición estelar de nuevo—. Me parece bien —añado con un tono de voz falsamente sereno.

Su risa me hace reír a mí también y causa maravillas en mi mente y en mi cuerpo que prefiero no analizar ahora mismo.

Sus manos terminan de quitarme el vestido y los malditos zapatos, que al fin dejan mis pies libres del dolor del que me había hasta olvidado debido a que todo mi ser está centrado en él desde que ha aparecido en mi vida.

Y cómo no iba a estarlo...

Vlad es como una supernova de pasión ahora que me tiene a su merced. Sus hábiles dedos no tardan en quitarme también el sujetador y su boca se apodera de la mía antes de volver a descender dejando un camino de besos húmedos y ardientes sobre mi piel.

Mis pechos desnudos son su siguiente parada. Mientras sus dedos juegan con uno de mis pezones, su boca lame y presiona los dientes contra el otro teniendo cuidado de no hacerme daño con el filo de sus colmillos.

Mi cuerpo se siente como si cada nervio que lo compone estuviera encendido de lujuria, y mi sexo está sensible, palpitante y mojado de manera más intensa de lo que nunca he logrado al estimularlo con mis propios dedos.

Y eso que todavía ni me ha tocado ahí abajo.

Mis gemidos se mezclan con el sonido de mi respiración acelerada y errática y mis dedos tiran insistentemente de la ropa que todavía cubre los músculos del vampiro.

—Quítate la ropa —exijo, deseosa de verle desnudo en toda su gloria—. Quiero verte.

Y tocarle. Y probar su sabor. Y un millar de cosas más que se agolpan en mi cabeza que, por primera vez en toda mi vida, está centrada en una sola cosa en vez de llena de miles de pensamientos erráticos e inquietos que luchan por hacerse oír.

—Aún no —dice él en un tono sereno y dominante que me pone la piel de gallina y eleva los niveles de mi lujuria hasta lo imposible.

Me estremezco cuando él me observa a través de sus largas pestañas oscuras mientras su boca desciende una vez más por mi cuerpo y se detiene en mi vientre, lamiendo la línea de piel que hay justo encima de mis bragas y acomodando sus anchos hombros entre mis piernas, abiertas de par en par bajo él.

De manera lenta pero imperiosa, Vlad rompe las costuras de mis bragas como si no pudiera molestarse en apartarse de mí y cerrar mis piernas para poder quitármelas y se deshace de la pequeña prenda lanzándola sobre su hombro.

—Oh. Joder —me oigo jadear cuando lo veo incorporarse lo justo para poder clavar sus ojos carmesíes en mi sexo, abierto y expuesto frente a él.

Colocando sus manos en mis muslos, Vlad reacomoda mis piernas para que pueda abrirlas todavía más y luego, sorprendiéndome una vez más, acaricia con sus dedos ambos lados

de mi sexo y abre los labios de mi vagina con suavidad, hundiendo su nariz en mi abertura y acto seguido lamiéndome desde el perineo hasta el clítoris, que chupa de manera experta hasta que me retuerzo soltando un sonido de puro placer y necesidad.

Durante minutos que parecen un limbo en el tiempo cuya realidad está meramente hecha de placer y descubrimiento, Vlad se dedica con esmero a hacerme llegar al orgasmo una y otra vez hasta que está satisfecho con la debilidad de los gemidos que emito en el último de ellos debido a lo reseca que se siente mi garganta y con la humedad de los fluidos que gotean desde mi entrada hasta mojar las sábanas con mi excitación.

Solo cuando siente que ya no puedo más él deposita un último beso sobre mi sexo, inflamado y enrojecido, y se aleja de mí lo suficiente como para desvestirse.

Mis ojos adormilados lo contemplan mientras se deshace metódicamente de su traje hasta estar completamente desnudo.

Incluso a través de la neblina de la lujuria y el cansancio no puedo dejar de notar lo absurdamente bello que es.

Todas sus proporciones son perfectas. Su pecho definido y sus abdominales marcados. Su sexo largo y grueso apuntando hacia mí con deseo. Sus muslos fuertes y musculosos y sus piernas kilométricamente largas.

Con cuidado, Vlad se recuesta a mi lado y acaricia con una mano tierna y suave mi rostro, inclinando mi barbilla hasta que puede mirarme a los ojos con facilidad.

Esa pasión que oculta bajo su fachada de hielo no ha desaparecido ni disminuido un ápice.

Si acaso, parece más intensa que antes.

Dios, este vampiro va a dejarme sin andar varias semanas antes de acabar conmigo, ¿verdad?, pienso para mí misma en silencio.

—¿Estás lista? —me pregunta.

Asiento porque soy incapaz de emitir ni un solo sonido que no sean gemidos ahora mismo y cierro los párpados por lo agradable que me resulta el frío de sus dedos contra el calor de mi piel enfebrecida por la lujuria.

—Si te notas demasiado sensible o cansada, puedo esperar un rato hasta que estés mejor —propone él con cortesía.

Niego con la cabeza y abro los párpados de nuevo.

—Quiero sentirte dentro —replico en voz ronca pero decidida.

Él me sonríe y besa mis labios con suavidad, lamiendo mi labio inferior de manera juguetona antes de apartarse.

—Como desees, Renata.

Escuchar mi nombre de sus labios con ese tono de voz me hace temblar de placer. Aunque sea un tipo de placer muy diferente al que me ha hecho experimentar hasta ahora.

Vlad se reacomoda entre mis piernas de nuevo y mueve mis piernas hasta que mis rodillas están sobre sus hombros, depositando un casto beso sobre una de ellas antes de coger su pene con una mano y frotar la punta sobre mi abertura.

Es gruesa y está caliente, a diferencia del resto de su piel. Sin embargo, es un calor curioso, como si mezclara fuego y hielo a la vez.

Me relamo los labios resacos mientras observo y siento cómo su envergadura presiona contra mi entrada y comienza a introducirse en mi cuerpo poco a poco, haciéndome dar un respingo de incomodidad cuando rompe mi himen.

—¿Te duele? —inquire Vlad, deteniéndose y observando mi rostro con atención como si, a pesar de los temblores que le sacuden de vez en cuando, de la tensión de sus músculos de acero y de la lujuria que emanan sus ojos carmesíes, estuviera dispuesto a parar a la más mínima señal de dolor por mi parte.

Niego con la cabeza de nuevo y me pregunto por qué de repente tengo ganas de llorar.

Y no de tristeza. Ni de dolor. Ni de miedo.

Sino debido a esa sensación cálida que ya no solo está en mi vientre, sino que se ha extendido por mi cuerpo y que en ese momento tan íntimo, en el que siento una conexión mucho más que física con este vampiro al que apenas conozco pero que de repente quiero conocer más de lo que he querido conocer a nadie en mi vida, se ha hecho con cada recoveco de mi mente y lo ha llenado con el sabor de su dulzura.

—Sigue —le digo a Vlad, que ve que mis ojos están húmedos y se inclina sobre mi cuerpo doblando mis piernas hasta que mi escasa flexibilidad no da más de sí para poder besarme y tocarme con más ternura de la que nadie me ha mostrado jamás.

Cuando él empieza a moverse de nuevo, toda la incomodidad ha quedado olvidada por lo malditamente bien que se siente compartir este momento con él. Lo correcto que parece. Lo bello que ha resultado ser a pesar de todos mis miedos y nervios iniciales.

Mi cuerpo no tarda mucho en responder a sus embestidas con un placer creciente muy diferente al de mis orgasmos anteriores. Uno que electrifica los nervios de mi interior y me hace clavar las uñas en su espalda, aferrar sus caderas con mis piernas y pegar mi piel caliente y transpirada a la suya, fría y suave como el mármol.

El orgasmo que me recorre esta vez hace que me arquee sobre la cama y que se me encojan los dedos de los pies.

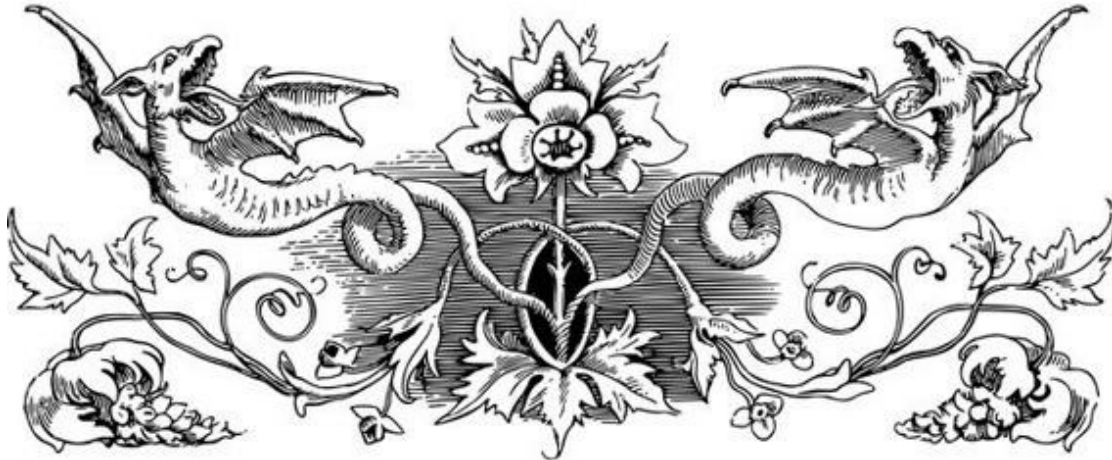
Me corro como nunca me había corrido antes y siento el sabor de las lágrimas saladas a las que no les he dado permiso para salir pero que manchan mis mejillas de todas formas.

Lágrimas que Vlad besa con devoción mientras él se estremece y emite un rugido ronco y grave con su propio orgasmo, llenando mi vientre de esa sensación de frío-calor de antes que no es para nada desagradable como habría esperado que fuera.

Tras los orgasmos, me aferro a él como si no fuera capaz de soltarlo jamás.

Y él se tiende junto a mí, piel con piel, y me devuelve el abrazo como si quedarse a mi lado fuese todo lo que ha deseado durante una larga eternidad.

Capítulo 17



ANTES DE QUE LLEGUE EL AMANECER

RENATA

Nos despiertan los golpes en las puertas de la sala adjunta al dormitorio.

Vlad se levanta de la cama, donde había estado embelesado contemplándome descansar entre sus brazos.

Su gesto irritado por haber sido interrumpido, pronto se convierte en una máscara de frialdad.

—Vuelvo enseguida —me susurra besando mis labios adormilados antes de salir del dormitorio cerrando las puertas tras de sí para darme privacidad.

En cuanto me quedo sola, me llevo las manos a la cara y me hago una bola bajo las mantas procurando controlar mis emociones, que de repente son excesivas y demasiado intensas para mi comodidad.

Tengo que irme de aquí, pienso con la garganta cerrada por las súbitas ganas de llorar.

Pero por mucho que sepa que debo irme no puedo mover ni un músculo.

No puedo porque se supone que esta iba a ser una noche de lujuria y nada más.

Se supone que solo iba a ser sexo.

Pero jamás había previsto que conocería a alguien que me haría sentir respetada, deseada, querida, divertida y merecedora de ternura.

A alguien que me practicase sexo oral hasta agotarme solo por el placer que siente al verme alcanzar el orgasmo bajo su lengua.

A alguien que quiera hablar conmigo, conocerme y tomar una copa de vino juntos.

A alguien que insinúa que no solo quiere saber quién soy, sino que lo está deseando.

Joder.

Joder, qué difícil es de repente todo esto. Porque la verdad que me hace temblar ahora mismo es que soy tan tonta que sé que he desarrollado sentimientos por el vampiro al que apenas conozco, pero cuya sonrisa tendré grabada a fuego en mi cabeza el resto de mis días.

A la única persona que no solo me ha tratado como un ser humano merecedor de respeto y afecto en años, sino que parece querer algo más que mero placer físico de mí.

Y eso me aterra, porque me hace sentir que no quiero irme. Que volver a mi día a día con las Tres Horrendas es algo tan infernal, tan absolutamente doloroso tras haber sido libre y feliz durante una noche, que la mera idea es tan insoportable que me hace querer tirarme de la torreta más alta.

Si Vlad se cansa de mí... *cuando* se canse de mí, ya sea en unas horas, días, meses o años, no lo sé, se me romperá el corazón.

Porque si me quedo a su lado me enamoraré de él del todo. Lo sé con la misma certeza con la que conozco mi propio nombre.

Y no puedo permitirme sentir algo así cuando ya había aceptado la vida que me ha tocado vivir y estaba pensando en salidas realistas para ella y ahora en lo único que puedo pensar es que no quiero que esta noche se acabe nunca y en que quiero aferrarme a Vlad y conocerle, estar a su lado y...

Joder, repito mentalmente con énfasis.

Tengo un problema muy grave y llorar, por mucho que sea incapaz de parar ahora que he empezado, no va a mejorar nada.

Cálmate, Ren. No puede verte así de ansiosa o va a empezar a preguntarte qué te pasa y no vas a poder responderle. No vas a poder decirle que no quieres irte. A nadie le gustan las

personas que se aferran a otras con desesperación, me recrimino.

Mi plan de ser esa mujer que sueño con ser, independiente y sensual, se ha ido al carajo porque mi estúpido corazón ha decidido que no quiere serlo y que ese sueño no se corresponde con la realidad.

Vlad lo ha cambiado todo y estoy asustada por lo fácil que es que me guste ese vampiro.

Temblando como una hoja y sabiendo que debo irme, que debo tener la fortaleza de abandonar esa idea que se está formando en mi cabeza de quedarme junto a él un rato más y pedirle que salga conmigo o, peor, echarme a llorar en cuanto él vuelva y vea su maldita cara perfecta y él pierda todo el respeto que tiene por mí como consecuencia, me obligo a levantarme de la cama y a recoger mi ropa, poniéndome el sujetador y el vestido a toda prisa y cogiendo los zapatos con las manos, ya que no creo que pueda volver a ponerme algo tan incómodo de nuevo.

Las bragas, definitivamente, son un caso perdido. Pero como la idea de dejarlas en el suelo me avergüenza, las hago una bola, abro los pestillos de la ventana más cercana y las tiro hacia el jardín deseando que nadie las encuentre jamás cuando las veo aterrizar sobre el estanque que hay justo debajo.

—Calma —me repito en voz alta, intentando ser valiente respirando el aire fresco y limpio antes de cerrar la ventana de nuevo.

Mis emociones siempre han sido intensas y, a veces, imposibles de controlar.

No entiendo cómo pude pensar que podía acostarme con alguien y no sentir nada y no darme cuenta de que me estaba engañando a mí misma.

Claro que cuando tuve esa idea no conocía a Vlad. Ni su maldita sonrisa. Ni su voz. Ni su manera de hacerme el amor...

Secándome las lágrimas con una mano impaciente y tratando de detener mis sollozos mientras me siento ridícula por estar llorando solo por haber conocido a un hombre que me ha hecho sentir bien, me siento en el borde de la cama y me sobresalto ligeramente cuando escucho la voz de Vlad al otro lado de la puerta diciéndome que tiene que atender un asunto urgente y pidiéndome que me quede en la habitación y no salga de aquí.

—Cuando vuelva, podemos tomar esa copa juntos y puedes contármelo todo de ti —me dice, y se me rompe el corazón un poco más de lo mucho que quiero que eso pase y lo mucho que sé que no debo dejar que ello suceda porque no puedo permitir que mis sentimientos por él se hagan más intensos.

Me decepciona el hecho de que no me dé tiempo a responderle antes de que se marche. Y el no verlo de nuevo. Y la urgencia con la que él se marcha.

Y una vocecilla cruel pero que suele ser realista me dice que tal vez ese asunto urgente es únicamente alejarse de mí ahora que ha obtenido lo que quería porque lo de querer conocerme era solo una mentira para meterse en mis bragas.

Es una posibilidad, me digo a mí misma. Y luego intento convencerme de que no me importa y fallo miserablemente en ello.

Ya basta, Renata, cálmate y comprueba cómo salir de aquí. Vete a casa y mañana todo volverá a la normalidad, me recuerdo, y el corazón vuelve a arderme de dolor.

Levantándome de la cama una vez estoy convencida de que Vlad se ha ido, me limpio las mejillas de nuevo y salgo tentativamente del dormitorio con los pies descalzos tratando de no hacer ruido ni llamar la atención.

Por suerte, no hay nadie en la antesala, aunque, cuando abro una de las dobles puertas que dan al pasillo, me sobresalto cuando veo a un par de sirvientes de cara seria y alerta a ambos lados como si estuvieran haciendo guardia.

—Señorita —me dice uno de ellos, dedicándome una sonrisa distraída mientras vigila el pasillo con ojos de águila como si esperase a que alguien aparezca de repente de la nada y salte sobre él—. Por favor, vuelva dentro. Su alteza regresará cuando solucione el asunto que lo tiene ocupado.

Me tensó y me pregunto qué leñes está pasando aquí. Es raro que Vlad haya puesto guardias frente a las puertas.

—¿Qué está pasando y por qué no me dejan salir?

El otro guardia mira rápidamente de reojo al que ha hablado primero.

—Es un mero protocolo, señorita —replica de manera ambigua—. Por favor, regrese dentro.

Hago una mueca y los miro, pero ellos siguen observando a ambos lados del pasillo como si desconfiaran de cada sombra proyectada por las velas que lo iluminan.

Estoy a punto de intentar convencerles de que me dejen salir para ir al baño y luego escabullirme hacia alguna salida lateral (no puedo volver al Gran Salón de Baile en el estado en el que estoy o sería la comidilla internacional durante años), cuando veo que de repente hay alguien parado al final del pasillo.

—Cleto —reconozco al vampiro al instante en cuanto giro mi rostro hacia él.

Aunque lo que me sorprende no es verle, sino el hecho de que está cubierto de sangre de los pies a la cabeza.

Y de que lleva una cabeza cortada colgando de una de sus manos agarrada por el pelo.

—... —intenta decir el mentalista, sonriendo y clavando su mirada en mí como si me hubiera estado buscando, pero de su garganta solo surge un sonido tan grotesco como la herida abierta y goteante que no parece haber sanado del todo.

Hay tanta maldad y crueldad en sus ojos azules que palidezco cuando los enfoca en mí.

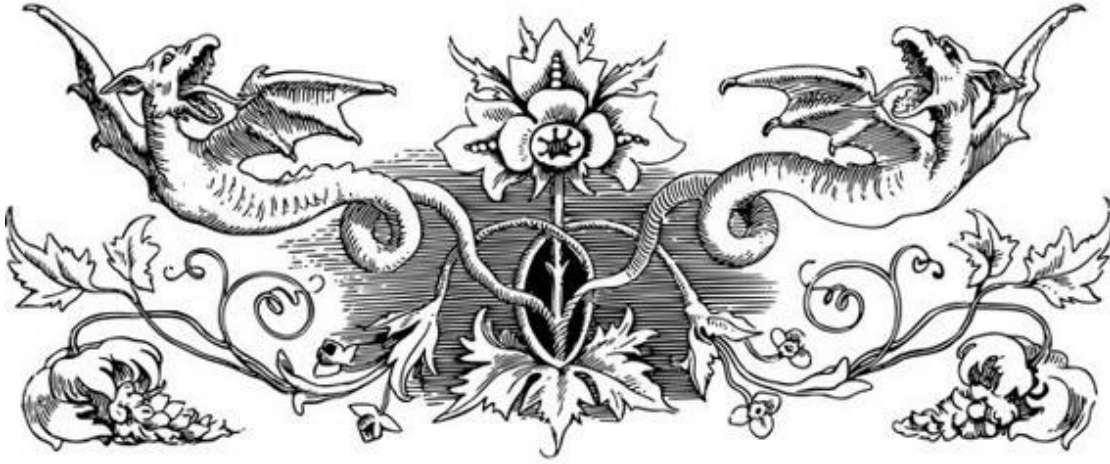
—¡Traidor! —grita uno de los guardias a pleno pulmón como si estuviera dando la alarma.

Ambos guardias desenvainan la espada que llevan al cinto y que yo creía que era de adorno y se abalanzan sobre él con intención clara de acabar con él.

Y yo salgo de ahí corriendo por puro instinto cuando entiendo que Cleto está aquí para matarme.

Presas del miedo, dejo el caos y los sonidos de la pelea tras de mí y me interno en los laberínticos pasillos del Palacio de Ébano con la sola intención de salir de ahí cuanto antes.

Capítulo 18



LA HUIDA Y EL ZAPATO

RENATA

Huelo a sangre.

Y entiendo por qué cuando me meto por un pasillo lateral y encuentro un par de siervos muertos con las cabezas reventadas como si algo (o alguien) hubiera hecho estallar una granada en su interior.

Joder.

Cleto.

Estoy segura de que ha sido el pirado de Cleto. Su poder es mucho más peligroso de lo que creía.

Debo salir de este sitio cuanto antes.

Me sobresalto cuando oigo un ruido metálico y me doy cuenta de que las persianas automáticas están bajando.

Lo que significa que va a amanecer pronto y que el palacio estará sellado tanto contra intrusos como contra los rayos del sol, cuyo calor quema la piel de los vampiros y es una de las pocas cosas capaces de matarlos.

Cleto no podrá ir tras de mí si estoy fuera, deduzco a toda prisa, acelerando el paso y buscando con la mirada una salida.

Los sonidos de la lucha han quedado atrás, pero, aun así, algo me dice que el vampiro psicópata está cerca y que me está buscando.

Vlad, debo encontrar a Vlad si no logro hallar una salida, pienso entrando en pánico.

Maldita sea. La rabia por lo que me está haciendo sentir ese jodido cretino es casi más intensa que el miedo que le tengo.

Justo cuando creo que me he perdido y he acabado en algún pasillo sin salida, encuentro unas escaleras que parecen muy diferentes al resto del palacio, ostentosamente decorado. Son un mero hueco oscuro hecho de lo que parece piedra antigua pintada de blanco.

Empinadas y estrechas, bajan en espiral hacia a saber dónde.

Pero son mi única salida, así que me lanzo por ellas procurando no resbalarme con los pies descalzos y fríos.

Oigo pasos justo cuando llego al rellano del piso inferior, donde hay un pequeño descansillo iluminado por una lámpara de aceite que cuelga de una de las paredes... y el cadáver sin cabeza de uno de los trabajadores uniformados del palacio.

Así que aquí es por donde Cleto ha entrado.

La puerta está abierta de par en par. Y definitivamente está amaneciendo. Puedo ver que el cielo está empezando a teñirse de oro y azul con los primeros rayos del sol.

—¡Renata! —ruge una voz que reconozco como la de Vlad.

Me giro justo a tiempo para ver que Cleto estaba más cerca de lo que creía. A apenas un metro de mí. Y que tenía la mano alargada como si hubiese estado a punto de pillarme... hasta que Vlad lo ha detenido agarrándolo del cuello.

Suelto un grito de sorpresa y alivio cuando veo a Vlad estampar a Cleto contra la pared, que se rompe por la fuerza con la que su cuerpo golpea contra ella.

Vlad suelta un rugido inhumano que hace que el corazón se me detenga unos segundos por el miedo hasta que mi mente le recuerda que no es nuestro enemigo y ambos se enzarzan en una pelea a muerte.

Pero yo no me quedo a verlo. Aunque sepa que Vlad va a ganar, necesito salir de aquí porque Cleto está intentando usar su don contra mí y la cabeza me va a estallar.

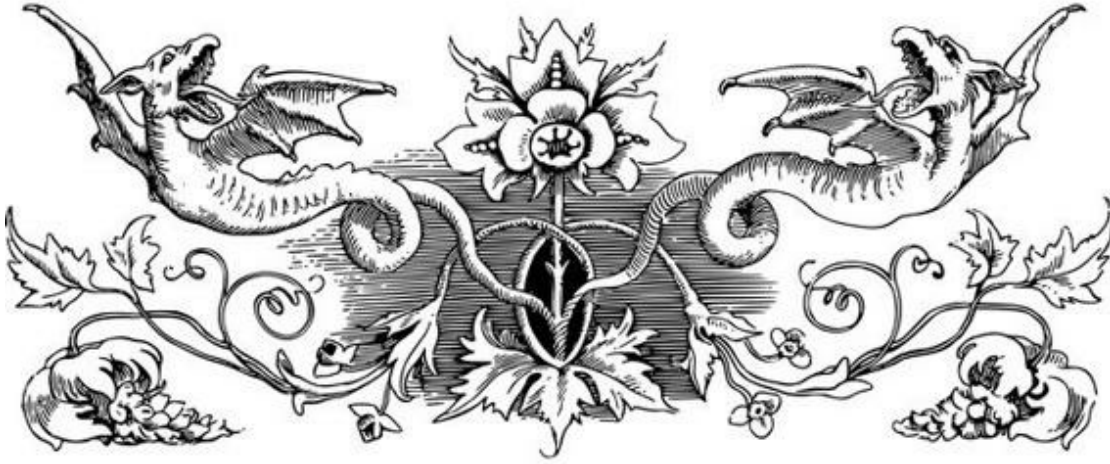
Emitiendo un grito agónico de dolor, trastabillo hacia la salida y me aferro a la pared cuando me resbalo con la sangre del siervo muerto, perdiendo uno de los zapatos que colgaban de mis manos en el proceso.

—Maldito seas —sisea Vlad con ira—. ¿Cómo te atreves a hacerle daño?

Lo último que veo es a Vlad arrancándole la cabeza a Cleto con sus manos desnudas.

Mareada, sintiendo la sangre gotear por mi nariz hasta mi pecho y con la vista borrosa, corro sin mirar atrás, hacia el amanecer.

Capítulo 19



UNA MUJER CON UN SECRETO

VLAD

Se ha ido.

Y el sol me impide seguirla.

Mierda.

—Lukas, llama a Sebastian.

Mi asistente, que ha llegado seguido del personal de seguridad restante, asiente sin mirarme.

Sé que está avergonzado y arrepentido por no haber acabado con Cleto y no haber visto venir la venganza del mentalista, pero ahora no puedo consolarle.

Ya lo haré después.

Furibundo por primera vez en cientos de años, cojo el cuerpo y la cabeza de Cleto y los lanzo más allá de la puerta una vez me aseguro de que Renata se ha ido para que el sol le impida regenerarse y acabe con él de una vez y me alejo de los rayos que empiezan a colarse por la abertura de la puerta.

—Aseguraos de que no queda nada de él —ordeno a dos miembros del poco personal humano de los Ladescu, que asienten y salen del palacio para montar guardia en torno al cuerpo de Cleto, que poco a poco se va convirtiendo en cenizas frente a sus ojos.

Una vez eliminado el peligro, pongo rumbo hacia mi dormitorio maldiciéndome de nuevo.

Cleto era más fuerte de lo que sospechábamos. Y más astuto. No solo ha matado a los trabajadores enviados a echarlo de la propiedad, sino que se ha colado en el palacio a través de la terraza de la sala de baile y ha asesinado a parte de los invitados para así crear caos y esconderse entre las personas que irónicamente huían de él, aprovechando que lo buscaban entre el gentío para desviarse y entrar por una puerta lateral poco vigilada que da a los pasillos privados.

Pero ahora está muerto.

Ya no puede hacerle daño a Renata.

Debí haberlo matado con mis propias manos cuando lo vi amenazándola, pero es tarde para lamentos.

Las persianas de hierro están totalmente bajadas cuando entro en el dormitorio buscando pistas sobre la identidad de Renata. Un bolso. Un sujetador. Las bragas que seguramente no ha podido ponerse.

Pero no hay nada.

Y «Renata», aunque no sea un nombre común, no me da muchas pistas sobre cómo encontrarla.

—¿Mi señor? —llaman a la puerta.

—Adelante.

Son Lukas y Sebastian, el chico transgénero humano que mi asistente prácticamente adoptó hace unos meses y que apenas sale de su habitación, ya que trabaja con ordenadores en una zona donde el ronroneo eléctrico de esos cachivaches no pueda molestar a los vampiros más antiguos y, por ende, más sensibles a ellos.

—Necesito que encuentres a alguien por mí —voy directo al grano mientras el joven humano me observa con curiosidad en el rostro.

—Claro, jefe. Pero necesitaré todos los datos que tenga sobre esa persona.

—Ese es el problema —replico con frustración, y veo sorpresa en los rostros de ambos

ante mi inusual muestra de emociones—. Lo único que sé de ella es su nombre: Renata.

Y que es la única mujer que me ha hecho sentir genuinamente vivo en cientos de años.

Y que, a pesar de haber pasado solo una noche con ella, haría arder el mundo para mantenerla a salvo y feliz sin ningún tipo de remordimiento.

—¿Nada más? —frunce el ceño Sebastian—. ¿Ningún apellido? ¿Nombre de una madre o padre o similar?

Tengo todas y cada una de las palabras que Renata ha dicho grabadas a fuego en la cabeza. Y cada uno de sus gestos. De sus muecas. De sus sonrisas y manierismos.

Pero no sé nada más de ella porque mi plan de conocerla antes de pedirle que me permitiera hacerle el amor se ha ido al cuerno en cuanto me ha mirado con deseo y he oído el perfume de la lujuria sobre su piel.

—Me temo que tendrás que trabajar solo con eso.

Sebastian suspira y se pasa una mano por el corto pelo negro.

—Vale. Voy a comprobar las cámaras de vigilancia para ver si la han visto interactuar con alguien que conozcamos o quizá subirse a algún coche —refunfuña, pensando a toda prisa en cómo usar los cachivaches de alta tecnología que su padre adoptivo le regala continuamente—. ¿Ves? —Se gira hacia Lukas con una mueca de «te lo dije»—. Este es uno de los motivos por los que te comenté que sería lo más lógico llevar una lista estricta de invitados con sus datos personales cuidadosamente *registrados*.

Lukas se envara como si fuese un tema que han discutido varias veces ya.

—Y yo te repito que la tradición de la anonimidad del Baile de los Eternos y de los *tickets* de oro sorpresa sin caducidad es la parte más bonita de todo el evento.

Sebastian pone los ojos en blanco antes de despedirse e irse refunfuñando entre dientes sobre padres cabezotas aversos a la modernidad y Lukas y yo nos quedamos solos.

No soy un hombre de muchas palabras, pero no me hacen falta para que él pueda leerme como un libro abierto.

Del mismo modo que a mí tampoco me hace falta que se exprese para saber cómo se siente.

—Hiciste lo que creías correcto —le digo a mi asistente antes de que pueda disculparse y echarse a llorar—. Ninguno de los dos sabíamos que Cleto era tan poderoso.

Lukas rompe a llorar igualmente y me abraza con fuerza emanando culpa y vergüenza a partes iguales.

Le devuelvo el abrazo y le doy palmaditas en la espalda hasta que está más calmado.

—Me has puesto la bata perdida con tus lágrimas —le informo, tratando de aliviar su tensión con un comentario que he hecho cientos de veces porque mi querido amigo tiende a llorar cuando está altamente frustrado por algo.

Pero esta vez solo hace que se disculpe de nuevo y que intente limpiar el rojo de sus lágrimas de sangre con los puños de su cara camisa de seda inútilmente.

—Lukas, déjalo estar.

Él tuerce el gesto, pero da un paso atrás y se limpia la cara con la camisa que ya da por perdida.

—La encontraremos —afirma con gesto decidido.

—Seguro que sí. Solo necesito...

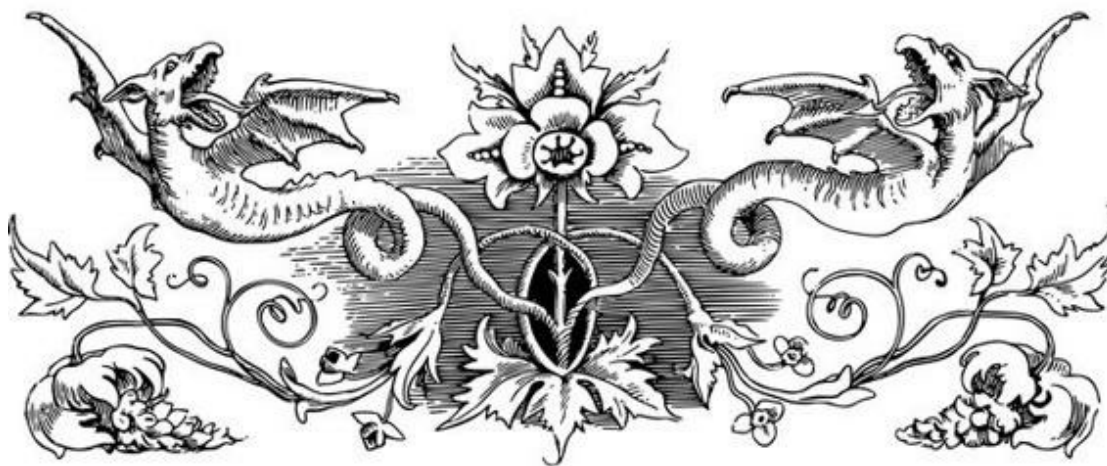
Los zapatos.

De repente, me viene a la mente la imagen de Renata con sus zapatos de tacón, tendida en mi cama mientras se los quito y noto lo magullados que están sus pies y las ligeras gotas de sangre que manchan la parte posterior de los zapatos.

Y luego la de uno de ellos cayendo de su mano cuando se resbala al huir del palacio.

Corro tan rápidamente hacia la puerta secreta por la que se ha marchado que a Lukas no le da tiempo a seguirme.

Capítulo 20



SANGRE BAJO LA LUZ DEL SOL

RENATA

Los pies me están matando, pero no puedo permitirme dejar de correr.

Aunque el corazón me grita que debo volver con Vlad porque con él estaré a salvo, la cabeza me palpita y el terror de que Cleto se regenere y me reviente la cabeza en microsegundos no se me quita de encima.

Así que corro.

Corro, cegada por el miedo y el dolor, y me interno en el camino que cruza el bosque que lleva hacia una de las zonas residenciales más cercanas, desde la cual cojo un desvío y atajo por un parque sintiendo que el costado me arde y que ya estoy lo suficientemente lejos como para que Cleto no pueda alcanzarme con sus poderes, así que reduzco mi carrera a un trote y luego a un caminar incómodo y torpe.

Mis pies, ardiendo de dolor, me hacen cojear ahora que las sensaciones físicas empiezan a ser más potentes que mis emociones presas del pánico.

Espero que Vlad esté bien.

Oh, Dios, que esté bien, por favor.

Pensar que lo he dejado atrás para enfrentarse a ese monstruo me hace querer dar media vuelta y correr hacia él.

Soy una cobarde. Una cobarde débil a la que seguramente le sangra la cabeza, porque mi nariz no deja de gotear y el maldito cerebro me palpita, apenas soy capaz de pensar con coherencia.

Cuando llego a la casa de las Tres Horrendas, veo que la verja de entrada está abierta.

Me detengo frente a esta y la sensación de que no quiero entrar, de que no quiero volver a pasar por otro infierno de sufrimiento jamás en la vida, me carcome por dentro con más intensidad que nunca.

Agotada hasta los huesos, me froto la cara y me planteo ir a casa de Hada para ver si la anciana me dejaría quedarme con ella unas horas antes de tener que afrontar a las Horrendas.

Al fin y al cabo, el castigo me lo voy a llevar igual por no haber llegado antes del amanecer, que es cuando ellas pretendían volver.

Observo la casa de mi madrastra desde la puerta del jardín, pero no hay señales de que haya nadie dentro. Las persianas de sus dormitorios están bajadas, así que supongo que estarán durmiendo.

Muy bien, voy a ver a Hada. De todas formas, creo que necesito hablar con alguien y tranquilizarme, decido, y pongo rumbo al hogar de la vecina.

Pero lo que veo me deja patidifusa.

La puerta de la verja de entrada está también abierta. Y no solo eso, la puerta de entrada de su casa, cuando me acerco, parece haber sido abierta a la fuerza.

Oh, madre mía. Espero que no le haya pasado nada, me preocupo por la pobre mujer.

Temerosa de que sean ladrones o, peor, vampiros que hayan salido de caza por el barrio aprovechando que todos estaban ocupados con el baile, entro en la casa de Hada de manera tentativa.

No hay signos de pelea. O eso creo... hasta que veo las manchas de sangre de las escaleras.

Con el corazón encogido, me maldigo por no llevar mi viejo móvil de segunda mano conmigo porque la tecnología estaba prohibida en el baile.

Y entonces recuerdo que Hada tenía un teléfono fijo en el descansillo de la planta alta.

Tengo que llamar a la policía.

Es de día, así que si son vampiros ya se habrán largado. Y las manchas de sangre parecen un poco resacas.

Además, no hay ningún sonido que indique que hay alguien en casa.

Envalentonada por esos pensamientos, decido subir al rellano de arriba de manera lenta y vigilando que no haya nadie a mis espaldas porque no quiero tener que verme las caras con otro psicópata en lo que me queda de vida.

Ya he cumplido con creces mi cuota de sádicos de mierda.

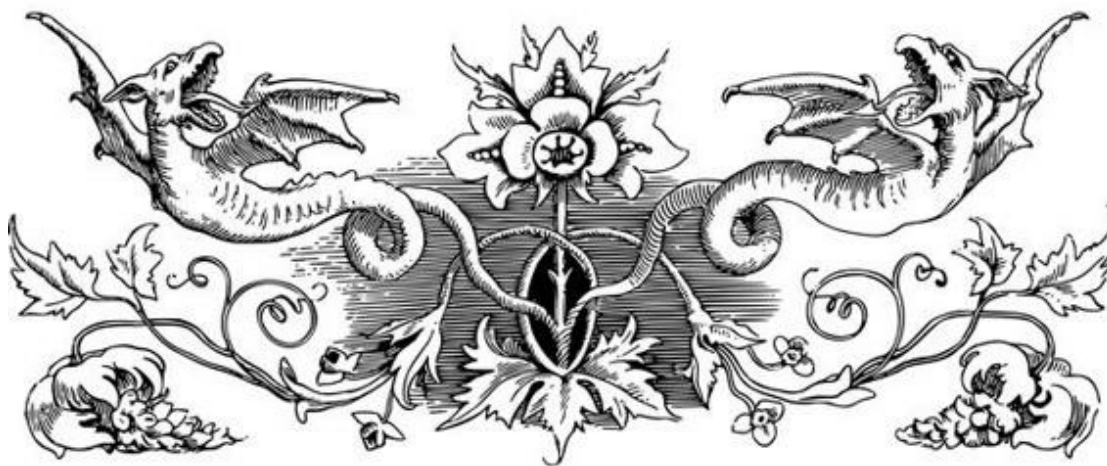
Y entonces alguien cierra la puerta de entrada a mis espaldas.

Y me doy cuenta de que toda la planta de arriba está a oscuras, como si hubieran cerrado todas las persianas a propósito para no dejar entrar el sol.

—Pero mira a quién tenemos aquí, si es la Repulsiva Cenicienta.

—Te estábamos esperando, zorra.

Capítulo 21



SED DE SANGRE

RENATA

Irma es quien ha cerrado la puerta, mientras que Dalia es la que está agazapada en el rellano de arriba... cubierta de sangre y sonriéndome sádicamente con un aspecto definitivamente no humano.

—Adivina qué, Repulsiva —se ríe Irma con crueldad mientras se apoya en la puerta de entrada con un largo cuchillo de carnicero en la mano—. Vas a ser el desayuno.

—¡Por una vez vas a servir de algo! —se carcajea Dalia hasta atragantarse y escupir sangre sobre el suelo.

—¿Qué le habéis hecho a Hada?

Sé que la respuesta a la pregunta es evidente en cuanto sale de mis labios, pero, aun así, mi cerebro necesita saber si hay posibilidad alguna de que la anciana siga viva.

—Mi hermana tenía hambre...

—Y los vecinos han sido tan amables como para darme de comer —finaliza Dalia.

Ambas se creen muy graciosas, porque empiezan a reírse de nuevo con histrionismo.

Echo a correr de súbito, sabiendo que pretenden empujarme hacia la planta de arriba para que Dalia me torture y me mate, y logro pasar a Irma, que está demasiado ocupada riéndose y pensando que no voy a resistirme (porque dejé de hacerlo hace muchos años) como es habitual en mí.

Pues se equivoca.

—¡Cógela, idiota! —ruge Dalia, que no puede descender a la planta de abajo porque se ve que no le ha dado tiempo a cerrar todas las persianas antes de que empezara a amanecer.

—¡En ello estoy, gilipollas! —sisea Irma en respuesta, echando a correr detrás de mí—. ¡Ven aquí, Cenicienta!

—¡Que te jodan! —le grito, metiéndome en la cocina y corriendo directa hacia la puerta que da al jardín.

Pero está cerrada.

A mis espaldas escucho la risotada de Irma al ver mi desesperación.

—Está todo cerrado, inútil —se burla.

No le respondo, doy la vuelta a la isla de la cocina y me meto por la puerta que la comunica con el comedor y de ahí salgo de nuevo hacia la entrada.

—¡Está intentando salir! ¡Mierda, Irma, eres gilipollas! ¡No dejes que salga!

—¡Que ya lo sé, imbécil!

Cuánto cariño se tienen, pienso con sarcasmo justo cuando logro girar la llave, que la muy idiota de Irma se ha dejado puesta, y salgo al jardín delantero a toda prisa.

Aunque no lo suficientemente rápido como para que el cuchillo que Irma lleva en la mano no me alcance.

—¡Joder! —grito con pánico y acelero el paso; pero ella, a diferencia de mí, no está desnutrida y descalza con los pies llenos de llagas.

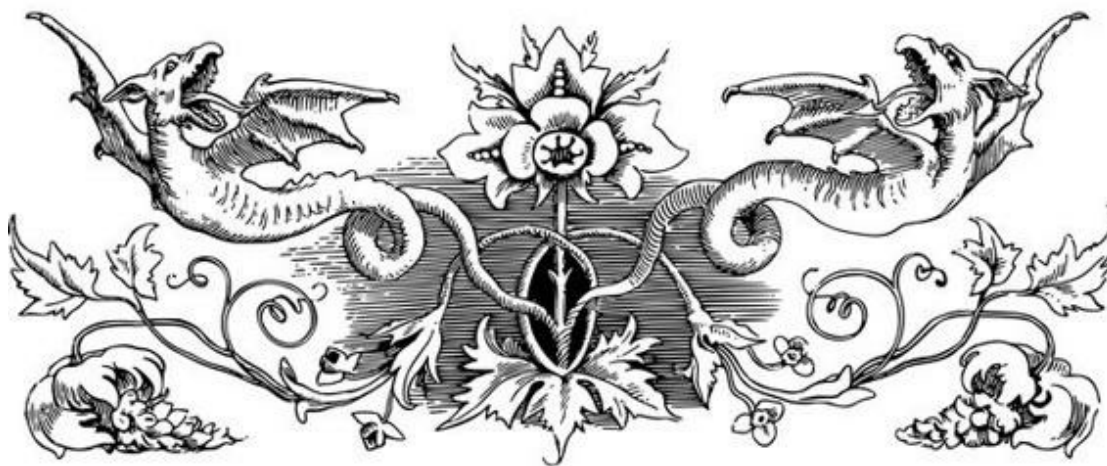
La horrenda risotada aguda de Irma me llena los oídos mientras ella deja caer su peso sobre mi espalda y yo me estampo contra el suelo.

El aire abandona mis pulmones de golpe por la impresión que me da la sensación del cuchillo clavándose en mi espalda a un lado de mi columna.

Y luego llega el dolor, el miedo a morir y la incredulidad.

—Te dije que no escaparías, puta.

Capítulo 22



EN EL PALACIO

VLAD

Es asombroso lo que el joven Sebastian ha podido hacer con conexión a internet y un ordenador.

Mi plan era seguir el rastro de Renata con su zapato, pero para ello debo esperar a que caiga la noche y así poder salir en su busca y eso es inaceptable porque algo me grita que debo encontrarla y protegerla cuanto antes.

Que está en peligro.

Le ha costado solo un par de horas encontrar información sobre una mujer llamada Renata que vive en uno de los suburbios del pueblo más cercano al palacio cuya fotografía, cuando me la ha enseñado, era la de la mujer que me ha encandilado hasta los huesos.

Solo que con el pelo rubio en vez de rojo granate. Aunque ya sospechaba que se lo había teñido para la ocasión.

—Es ella —observo, embelesado por la imagen y preguntándome si estará bien—. Localiza su casa y envíame la dirección.

Sebastian suelta un suspiro, pero obedece prontamente y vuelve poco después con una hoja impresa con los datos de empadronamiento de Renata y la dirección del lugar en el que

vive.

—Gracias, Sebastian. Has sido de mucha ayuda —le sonrío.

Una vez se les pasa el *shock* a ambos, Lukas palmea el hombro de su hijo adoptivo con orgullo.

—Es un genio de los cachivaches.

Sebastian parece estar entre varias emociones: diversión, incomodidad y felicidad.

—Gracias, papá —le dice a Lukas, que parece iluminar la sala con diez mil vatios de felicidad al oírle llamarlo así—. Pero de verdad que no ha sido para tanto. Solo he tenido que colarme en la base de datos del ayuntamiento y en la del padrón del municipio. Ha estado chupado.

—Solo los genios considerarían algo tan difícil una cosa «chupada» —replica Lukas, haciendo reír a Sebastian por su elección de palabras.

—Lukas —llamo, y este fija su atención en mí.

—¿Sí, mi señor?

—Llama al personal humano.

—Buena idea, mi prínceps —alaba él—. Es de día, así que si alguien puede ir a comprobar que su futura compañera está bien son sus siervos humanos.

Me aclaro la garganta y me guardo la fotografía impresa de Renata en el bolsillo de la bata.

—Ella todavía no ha decidido si desea ser mi consorte o no —le recuerdo—. Y esa es una decisión que debe ser plenamente voluntaria. Tiene derecho a rechazarme.

Ambos notamos que no estoy negando que deseo a Renata como mi compañera eterna, pero en vez de alegrarse por ello, Lukas se indigna en mi nombre.

—¿Y quién en su sano juicio lo rechazaría *a usted*? —se ofusca—. Por supuesto que ella aceptará ser su consorte. La chica es inteligente y es evidente que tiene buen gusto.

Nos sorprende a todos cuando una risotada sale de mi boca de manera inesperada.

Los ojos de Lukas se llenan de lágrimas de sangre de nuevo de pura emoción.

—Mi señor...

—No sabía que pudiera reír —suelta Sebastian con asombro.

—¡Claro que puede reír! —protesta Lukas, limpiándose los ojos con los labios temblorosos—. Es solo que hace más de cien años que no lo hacía.

—Guau. Madre mía —se asombra Sebastian—. Eso es un hue... mucho —se corrige antes de que Lukas lo regañe por su lenguaje.

—El personal humano, Lukas —le recuerdo a mi asistente.

—Sí. Sí —asiente él con una sonrisa—. Ahora mismo les daré la orden de localizar y proteger a mi señora Renata.

—Si necesitáis algo más, yo estaré en mi habitación viendo una peli —se despide Sebastian con un bostezo—. O durmiendo ahora que ya no hay caos a la vista.

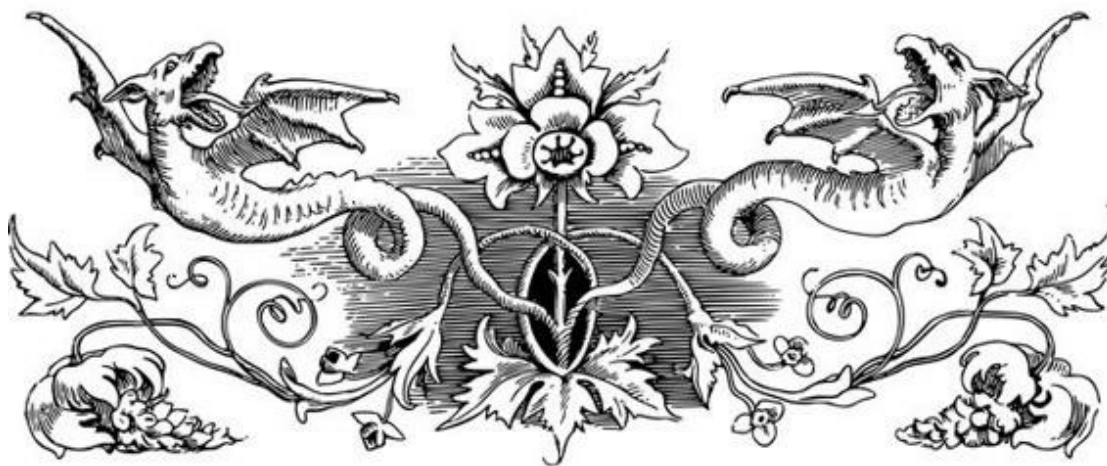
Cuando Lukas y yo nos quedamos solos, después de que este haya sacado la cabeza por el marco de la puerta y dado la orden de reunir al personal mortal del palacio, mi asistente personal y mejor amigo se gira de nuevo hacia mí con una sonrisa de afecto.

—Todo saldrá bien, mi señor —dice con confianza—. Ya veréis como sí.

Algo me dice que no es del todo cierto. Y la impaciencia me carcome las entrañas.

Jamás había odiado tanto al sol como lo hago este día. Ni siquiera cuando hizo arder a la mayoría de mi familia bajo sus crueles rayos.

Capítulo 23



LA MUERTE TIENE NOMBRE DE ODIO

RENATA

Irma me coge de un brazo y me arrastra por el suelo hacia la casa mientras Dalia observa la escena desde el rellano de arriba, justo donde el sol no la alcanza.

—Estás jodida, Cenicienta. De esta no te libras.

Durante un instante no me doy cuenta de que es Irma la que ha dicho esas palabras, y no una voz en mi cabeza que suena como la suya.

Estoy mareada y apenas puedo respirar.

Creo que me ha atravesado un pulmón. Y puede que algo más.

Grito cuando me arrastra por las escaleras porque el ángulo hace que el arma se me clave con más profundidad y se retuerza.

Escupo sangre sobre el suelo y acto seguido vomito sin poder evitarlo.

—Uf. Qué asco —suelta Irma, poniendo cara de disgusto—. Como me manches los zapatos juro que te apuñalo de nuevo.

—¡Súbela de una vez! —gruñe Dalia, impaciente—. ¡Súbela ya! ¡Tengo hambre!

—¡Que sí, que ya voy, maldita! —bufa Irma con irritación volviendo a agarrarme, esta vez del pelo, y acercándose a las manos impacientes de su hermana—. Recuerda que me has dicho que me convertirías una vez la tuviéramos para nosotras. Yo también quiero ser inmortal.

Mira a su hermana con desconfianza.

—Ya lo sé —sisea Dalia, alargando una mano y retirándola con un grito cuando el sol roza su piel. Está ansiosa por hincarme el diente y la impaciencia le puede.

—Mentirosa —logro susurrar entre la sangre que me sube a la garganta, tosiendo y escupiendo sobre mi pecho y sobre la moqueta que cubre los últimos escalones—. Te ha mentido, Irma.

—Cállate —ordena Dalia con furia.

—Los vampiros no pueden convertir a nadie antes de que pasen cincuenta años desde que fueron convertidos —me río por la cara de pasmo y enfado que pone Irma.

Ella deja de arrastrarme y observa a su hermana con renovada desconfianza.

No es un secreto que se detestan y que en lo único en que suelen ponerse de acuerdo es en las maneras de atormentarme.

—¿Es eso verdad?

—¡No le hagas caso! Solo intenta librarse de ser el desayuno, ¿no lo ves?

Irma tira de mí hacia abajo, descendiendo un par de escalones, y yo grito de dolor, pero ambas me ignoran.

—¿Es eso verdad o no? —insiste Irma con creciente cabreo—. Respóndeme.

—No lo es...

Irma suelta una ristra de maldiciones y da golpes en el suelo con los pies enfundados todavía en los zapatos de tacón que llevó al baile.

—¡Maldita sea! ¡Joder!

—Irma, cálmate. Estás montando una escena.

—¡«Cálmate», tu puta madre, maldita zorra! ¡Me has mentido! ¡Mamá y tú me habéis mentido! —grita a pleno pulmón, rabiosa y obcecada.

—Si no te hubieras estado follando a ese político de tres al cuarto pensando que iba a ser tu *sugar daddy* habrías estado con mamá y conmigo cuando hemos conocido a Cleto en el jardín —replica Dalia con altanería—. Así que la culpa en realidad es tuya.

Cleto. Así que las ha convertido él, pienso conmovida.

Debe de haber sabido quiénes eran ellas a raíz de mis recuerdos. Pero no tiene sentido para mí que las convirtiera y las enviara a atacarme una vez yo llegara a casa si él mismo pensaba venir tras de mí invadiendo el palacio.

Claro está que el hombre no parecía estar muy en sus cabales. Quizá para él sí que tenía sentido como plan secundario en caso de no poder matarme con sus propias manos.

No lo sé.

Y, de todas formas, ya no importa.

Estoy muriéndome.

Mi cuerpo está cubierto de sudor frío, el mareo persiste hasta tal punto que sé que me voy a desmayar en breve y cada vez me cuesta más respirar.

No aguantaré mucho más.

—... y siempre has sido una zorra egoísta e insoportable y...

Mira quién fue a hablar, resoplo para mí misma.

—¿Qué has dicho, mugrienta? —chilla Irma, y me doy cuenta de que he hablado en voz alta.

Dalia se ríe con ganas y ello solo acrecienta la ira de su hermana, que se gira hacia mí con el rostro enrojecido de la rabia y empieza a darme patadas allí donde puede alcanzarme. El torso, las piernas, las caderas...

—Ni siquiera le estás haciendo daño —se burla Dalia con un resoplido—. Y para ya de darle patadas.

—¿Qué pasa? —se detiene Irma, jadeando y con la cólera recorriéndole el cuerpo y haciéndola temblar—. ¿Que ahora le tienes pena o algo?

—No, inútil —desdeña Dalia—. Pero la vas a matar y los cadáveres no saben bien. La vieja ha empezado a saber a rayos unos minutos después de arrancarle el corazón.

—Uf. Qué asco das. —Irma finge que va a vomitar—. Eres la vampiresa menos elegante de la historia.

—¿Te quieres callar de una puta vez y traerme a Cenicienta aquí arriba? —gruñe Dalia—. Eres la ayudante más estúpida de la historia.

—¿«Ayudante»? ¿Te crees que voy a ser tu «ayudante»? ¿Como esos patéticos humanos que sirven a los vampiros hasta hacerse viejos y morir esperando que algún día los conviertan? —Irma pierde los estribos de nuevo—. ¿Pero tú de qué mierda vas? ¿Quién te has creído que eres?

Mientras ellas discuten, yo intento moverme hacia la puerta con las pocas fuerzas que me quedan. Pero es inútil, apenas puedo arrastrarme un par de escalones sin sentir que voy a perder el conocimiento y vomitar de nuevo sobre la moqueta manchada con la sangre de Hada.

—Tu nueva líder, capulla —replica Dalia—. Así que si quieres que te ayude a encontrar a algún vampiro que te convierta, será mejor que empieces a cumplir conmigo.

Si la rabia tuviera nombre, ese ahora mismo sería el de Irma.

Si antes parecía que iba a estallarle la cabeza y empezar a salirle humo, ahora parece que ya ni siquiera le queda un ápice de raciocinio.

Su cólera es tan inmensa que reconozco la expresión de su rostro al instante: es la misma que pone antes de perder el control sobre ella misma y tener una de sus infames rabietas violentas.

Y no decepciona.

Antes de que pueda entender qué está pasando, Irma se abalanza sobre mí y me quita el cuchillo de la espalda.

Grito con espanto cuando noto el arma abandonar mi cuerpo y la sangre manar con abundancia de la herida y veo a mi hermanastra correr hacia la planta de arriba con el cuchillo en

la mano, alzado para apuñalar, dispuesta a matar a Dalia.

A través de la bruma de dolor y mareo, las observo pelearse a muerte.

Dalia es más rápida y fuerte ahora que es vampiresa, pero Irma siempre ha sido la más astuta y viciosa de las dos y no duda a la hora de apuñalar a su hermana en el cuello intentando cortárselo.

Una de las pocas cosas capaces de inmovilizar a un vampiro durante horas hasta que su sangre se extiende desde la herida de su cuello como hilos pegajosos y asquerosos y vuelve a conectar la cabeza al resto del cuerpo arrastrándola hacia sí. O así es como sucede en las películas, al menos.

La pelea no dura más que unos minutos. Dalia clava sus uñas alargadas como garras en el estómago de su hermana mientras esta le apuñala el cuello y el pecho como si apenas fuera capaz de sentir dolor debido a la violencia y a la adrenalina que empapa sus venas y, al final, ambas se resbalan con la sangre que tiñe todo el rellano de arriba de rojo y caen contra la vieja barandilla de madera que recorre la planta superior, que cruje bajo el peso de ambas.

Durante unos segundos, parece que Dalia va a ganar. La cara de sorpresa de Irma cuando la barandilla cede y se rompe del todo, precipitándola hacia el duro suelo de la planta baja, es bien visible desde el ángulo en el que estoy.

Pero entonces Irma agarra a Dalia del largo pelo rubio y tira de ella hacia abajo, exponiéndola al sol.

Las dos caen con estrépito en mitad de la entrada.

Y a los gritos de agonía de Dalia se unen los estertores y las risotadas moribundas de su hermana.

Y mientras yo me debato entre la vida y la muerte, ambas mueren a escasos metros de mí consumidas por el odio.

Capítulo 24



PROMESAS QUE SON PARA SIEMPRE

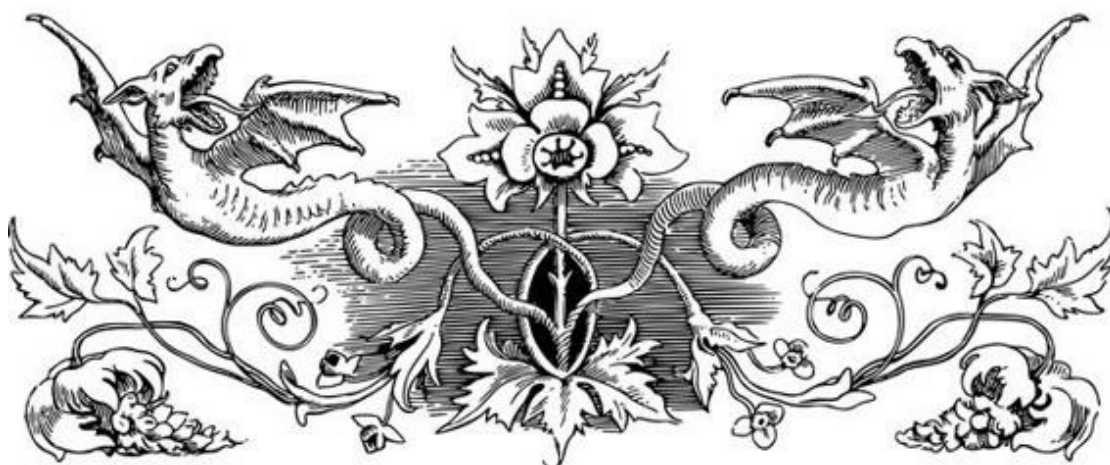
RENATA

Recobro el conocimiento cuando noto que alguien está moviendo mi cuerpo, pero tardo un rato en poder abrir los ojos.

Estoy en una ambulancia, me doy cuenta con la mente adormilada.

Hay varias personas con uniformes médicos inclinadas sobre mí mientras hablan entre ellos, aunque yo estoy bocabajo y apenas puedo verlos.

Oigo las palabras «colapso pulmonar» y «cirugía urgente» antes de volver a perder el conocimiento una vez más.



Cuando recobro el conocimiento de nuevo, noto dos cosas.

La primera, que estoy en la sala de observaciones de un hospital rodeada de goteros y que algo bombea oxígeno a mis magullados pulmones.

La segunda, que no estoy sola.

Vlad está parado a mi lado.

Serio, con el rostro como una piedra pero los ojos llenos de preocupación, me observa como quien tiene el corazón en un puño.

Así que debe de ser de noche.

—... —intento decir su nombre, pero los tubos que bajan por mi garganta me lo impiden.

Él nota que estoy despierta y enfoca su bella mirada en mi rostro, alzando una fría mano para acariciarlo con ternura.

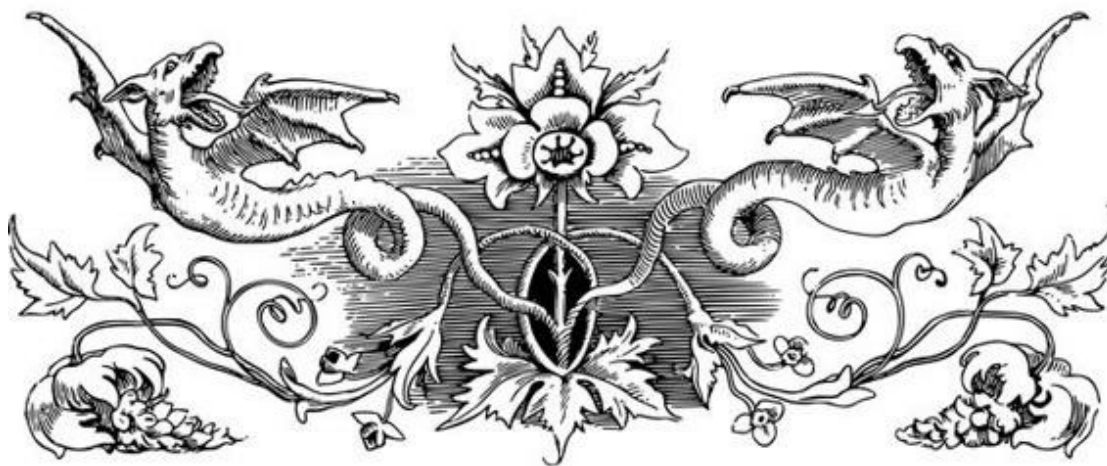
—Mi bella Renata —susurra con la voz intensa y cargada de remordimientos—. Juro que nadie, jamás, volverá a hacerte daño mientras yo exista en este mundo. Nunca jamás volverás a sufrir o a tener miedo.

No sé por qué, una parte de mí le cree sin tapujo alguno.

Esta vez cierro los párpados con mucha más paz y tranquilidad que antes, sabiendo que Vlad hará guardia mientras duermo.

Y que nada ni nadie podrá volver a pisotear mi existencia mientras él esté a mi lado.

Capítulo 25



LA CHISPA DEL AMOR ES EL INICIO DE UN INCENDIO FORESTAL

VLAD

Es una suerte que el personal humano que envié a buscar y proteger a Renata llegara a tiempo para llamar a una ambulancia e impedir su muerte.

Y eso me carcome.

El hecho de que fuese la suerte, y no mis habilidades para protegerla, lo que le ha salvado la vida, es un infierno que me perseguirá para siempre.

De tan solo pensar en lo mucho que ha sufrido y en lo cerca que ha estado de morir...

En cuanto el sol cae esa noche, ni siquiera espero al coche que me llevará al hospital local donde he sido informado de que está ingresada, sino que utilizo mi rapidez inhumana para llegar allí en menos de diez minutos.

Jamás había sido tan rápido en mi larga vida.

Entro por la puerta dándole un susto de muerte a las enfermeras que vigilan el mostrador de información, pero poco me importan sus caras de espanto.

—Renata Curtis —voy directo al grano, aunque trato de controlar mi impaciencia y mi estrés para que no se pongan nerviosos sin necesidad—. Ha sido ingresada esta mañana con un

colapso pulmonar. Requiero saber de su estado y la sala en la que está. Se me ha informado de que la han pasado a observación tras el éxito de la cirugía.

Tardan un rato en recuperarse de la sorpresa y en responder, y el más valiente de ellos intenta preguntarme si soy familiar suyo y si tengo derecho a visitarla, pero es acallado con rapidez cuando un compañero suyo me reconoce como el príncips Ladescu que vio en la televisión la noche anterior bailando con una mujer pelirroja durante la retransmisión del Baile de los Eternos.

—Sala de observación doce en la primera planta. Pero no son horas de visita...

Me marcho hacia el lugar indicado antes de que la enfermera que me ha informado de la ubicación termine de advertirme de las normas.

No es hasta que la tengo delante, habiendo pasado de largo el mostrador vacío de la puerta sin detenerme, que al fin puedo volver a pensar con cierta claridad.

Aunque verla así, tan débil, tendida sobre la cama de hospital y repleta de tubos y goteros hace que algo que jamás había sentido hasta ahora despierte en mí con una fiereza inesperada.

No es rabia. Ni odio. Ni meros deseos de venganza.

Es algo más.

Es querer destrozarse todo aquello que pueda ponerla en peligro, ya sea físico o mental, hasta que no quede nada en el mundo que pueda hacerle daño.

Es el imperioso deseo, tan profundo que si creyese que tengo alma estaría seguro de que nace de ella, de verla sana, a salvo y feliz el resto de sus días, sean estos mortales o inmortales.

Es el íntimo conocimiento, del que ni tengo duda alguna, de que esta mujer es un antes y un después en mi larga vida y de que jamás amaré a nadie como ya estoy empezando a amarla a ella jamás.

—... —Renata abre los ojos, vidriosos y confusos, y trata de decirme algo, pero los tubos de su garganta se lo impiden.

Y me encuentro a mí mismo haciendo la promesa más seria de mi vida.

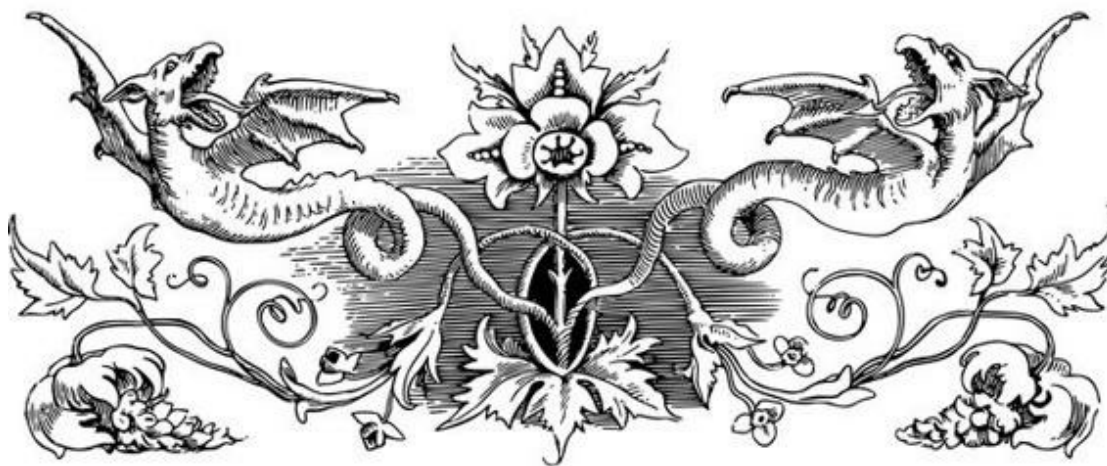
Cuando ella vuelve a perder el conocimiento, vuelvo a acariciar su rostro con ternura y deposito un beso sobre su frente ligeramente amoratada.

—Vigilad que esté a salvo —les digo a los guardias Ladescu que esperan al otro lado de la puerta.

Me marchó antes de que terminen de asentir sabiendo que esta vez se asegurarán de que esté a salvo, y luchando contra el instinto de quedarme a su lado y asegurarme yo mismo de su seguridad con mi presencia.

Porque para que el mundo en el que Renata vive sea seguro primero debo averiguar qué ha pasado y a quién debo dar caza para impedir que le vuelvan a hacer daño.

Capítulo 26



LA CAZA

VLAD

Encuentro el rastro de su sangre con facilidad una vez entro en la calle de la dirección que me ha proporcionado Sebastian.

El olor casi me abruma. No solo porque despierta en mí de nuevo emociones que llevaba sin sentir casi cien años, como la ira y el hambre de violencia, sino porque me recuerda lo cerca que ha estado Renata de desaparecer de este mundo una vez más.

Encuentro al personal humano, que ahora que es de noche se mezcla con el vampírico, en la casa que hay justo al lado de aquella en la que Renata está empadronada.

Me dirijo hacia allí porque el olor a la sangre de mi amada es más intenso y me detengo en el camino que recorre el jardín delantero hacia la puerta de entrada.

—Informe —le digo a uno de los trabajadores uniformados con el escudo de mi casa.

—Tres cadáveres, mi señor —se apresura a explicar el chico, que creo que se llamaba Samuel y que me suena haber saludado alguna vez por los pasillos del palacio—. Una anciana humana, una joven de la misma especie de unos veintipocos años, y una vampiresa de la que solo quedan algunos restos óseos carbonizados.

»La anciana ha muerto seguramente devorada, aunque es difícil saberlo ya que los restos están esparcidos por toda la casa y el equipo de investigación continúa recuperando todos los que puede, mientras que la joven humana ha muerto de varias heridas perforantes en el vientre y el pecho. La vampiresa suponemos que bajo los rayos del sol por el estado de su cuerpo. El forense ha datado la muerte de las mujeres a fecha de esta mañana cercana a la madrugada. La de la anciana quizá unas horas antes. Pero no lo sabe con certeza.

La misma hora en la que Renata fue atacada, deduzco.

Sigo a Samuel hasta una zona del jardín donde hay varios bultos tapados con sábanas ensangrentadas y las levanto una a una.

De la anciana apenas queda nada reconocible más allá del cráneo aplastado de una cabeza sin cuerpo y unos cuantos huesos ensangrentados.

—Su muerte parece la típica sed de sangre de un novicio —comenta el joven mortal observando el cadáver—. Suelen despedazar a sus primeras víctimas y comerse hasta el tuétano si se los deja sueltos en vez de beberse solo la sangre... Aunque supongo que eso ya lo sabe.

—¿Y la chica?

—Ha sido identificada como Irma Sanders, mi príncips. Vive aquí al lado con su madre, su hermana y su hermanastra... O vivía —musita el chico, que me observa levantar la sábana que cubre el cadáver de Irma para confirmar su identidad.

Es la foto del rostro que Sebastian ha encontrado en el padrón. La hermanastra de Renata que vivía en la misma casa que ella.

Me incorporo y contemplo la escena durante unos segundos, pero al final la muerte de estas personas es irrelevante para mí. A no ser que Renata las llore. En cuyo caso dejarán de serlo.

—¿Y la madre? —inquiero.

Samuel niega con la cabeza.

—No hay rastro de ella en esta casa —me informa—. Hemos llamado a la puerta de la vivienda de su com... de la señorita Renata —se corrige, y me pregunto vagamente cuántos han empezado a darse cuenta de que mis emociones están volviendo y han atado cabos. Samuel parece listo. Recomendaré un ascenso la próxima vez que hable con Lukas del personal—. Pero nadie responde a la puerta, *sir*.

—Entiendo. Gracias por tu trabajo.

Le oigo farfullar con felicidad por mi cumplido a mis espaldas mientras pongo rumbo a la casa de Renata, que el personal Ladescu también ha ocupado.

Alzo una ceja cuando entro en la vivienda y veo los cadáveres despedazados de al menos dos o tres personas.

—¿Otra novicia?

—Sí, mi señor —responde la forense encargada de reconocer a estas víctimas con una mueca de asco e ira, Berta—. Alguien debe de haber convertido a un humano sin ningún tipo de control y sin haber informado a las autoridades previamente a la conversión.

—Mmm —emito un sonido vago mientras mis ojos se pasean por el sangriento interior de la casa.

Hay restos humanos en todas las superficies y salpicaduras de sangre en ventanas, persianas, techo y paredes.

Ha sido una masacre.

Es por esto mismo que tenemos leyes internas sobre cómo, a quién y cuándo convertir a un humano.

A no ser que uno sea de la nobleza, como yo, no está permitido ir por ahí dándole la vida eterna a cualquiera porque pasan cosas como esta: los novicios dejados a su aire sin vigilancia alguna se descontrolan y la población humana lo paga con creces.

Aunque hacía siglos que no veía una conversión tan macabra como esta.

—Los vecinos, mi señor —me comenta uno de los trabajadores saliendo del dormitorio más cercano con una mueca de asco. Lo reconozco como Paris, uno de los chavales adoptados por Lukas—. Me temo que la mayoría de los de esta calle han acabado como comida para novicios.

—Ya veo —me lamento—. ¿Habéis encontrado al culpable?

—Todavía no, mi señor —me informa Berta, inclinada sobre un tórax y buscando información sobre su identidad en los bolsillos de la chaqueta que todavía lleva puesta—. Pero hay un grupo liderado por Jane que ha salido tras su rastro.

—Los he visto dirigirse hacia la parte trasera de la casa, *sir* —añade Paris.

Les doy las gracias a ambos por su trabajo y salgo de la vivienda.

Tengo mis sospechas de que debe de ser la madrastra. Es la única que falta por localizar.

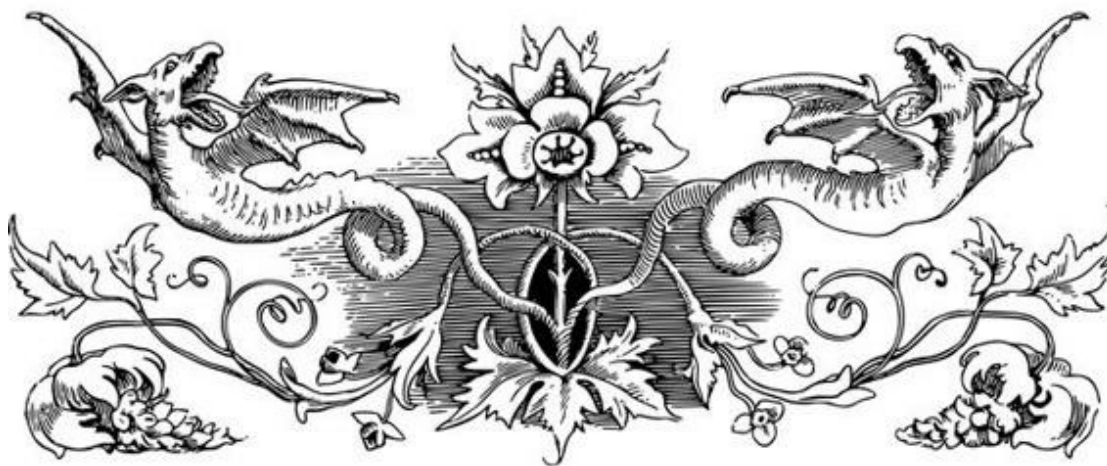
Además, algunos de los cadáveres están demasiado frescos, lo que significa que seguramente mantuviera a algunos humanos atrapados dentro de la casa con vida mientras los iba devorando a lo largo del día y no ha sido hasta que ha caído la noche que ha decidido huir dejando semejante desastre a sus espaldas.

Con todo lo que ha comido, dudo que tenga hambre hasta dentro de un par de días, deduzco limpiándome las suelas de los zapatos en la alfombrilla de entrada de la casa.

El asco, el horror y la compasión que siento por estos pobres desgraciados se suman a la ira y a esa emoción inmensa e indefinida que se parece mucho a la violencia a punto de estallar bajo mis venas.

Sin embargo, mi apariencia externa está falsamente en calma.

Capítulo 27



HORA DE LA VENGANZA

VLAD

Jane es una rastreadora excelente.

Su don de sangre, como se llama a los poderes únicos e intransferibles con los que algunos vampiros despertamos al ser convertidos, le permite localizar a cualquier ser que emita energía (ya sea humana o no) en un radio de quince kilómetros, así como distinguir la especie de ese foco de energía en concreto, la edad aproximada y el sexo sin necesidad de acercarse.

Es una de los tres hijos que he creado a lo largo de mi historia. Y la única que queda con vida actualmente después de que Jorge fuera ejecutado por los cazavampiros y Odette se suicidara.

Rastrear a una novicia descontrolada es una tarea ridículamente fácil para ella, y con las habilidades marciales del equipo de búsqueda y captura que ella misma ha entrenado a lo largo de los siglos y que dirige con mano de hierro poco se le resiste.

Por ello, encontrarme de cara con la escena con la que me encuentro al seguir el rastro de la novicia, que ha dejado el bosque repleto de huellas con la sangre de sus víctimas, es doblemente devastador.

—¡Jane! —grito con horror cuando irrumpo en lo que parece un campo de batalla y me encuentro con lo que queda de su equipo.

Mi única hija con vida está empalada en lo alto de un árbol y abierta en canal, como si alguien le hubiera clavado las garras en el pecho y le hubiese abierto las costillas de par en par, exponiendo sus órganos internos, diferentes a los humanos tras la mutación que supone el convertirse en vampiro.

—Padre... —murmura Jane abriendo los párpados con debilidad—. Lo lamento. He fallado.

Sintiendo una angustia que hasta hace unas horas habría sido incapaz de concebir, cojo el cuerpo de Jane y la bajo del árbol con cuidado maldiciendo la aversión natural de los vampiros de mi edad al constante ronroneo de la tecnología y el no haber heredado una versión similar al don telepático de mi madre.

Necesito comunicarme con el equipo médico de inmediato.

Por ahora, hago lo único que puedo hacer: me abro una herida en el antebrazo y dejo que mi sangre gotee sobre el cuerpo de Jane, forzando después a ambos lados de su herida a cerrarse de nuevo, con cuidado de que no queden restos de ropa hecha jirones bajo su piel que dificulten su recuperación.

La fuerza de mi sangre la ayudará a sanar con mayor rapidez.

Una vez me he asegurado de que Jane está empezando a sanar, localizo a los miembros de su equipo que todavía muestran signos de seguir con vida.

Hay muy pocas cosas que puedan matar definitivamente a un vampiro: el sol, que es más mortífero para los más jóvenes y que solo te permite caminar unas horas bajo sus rayos antes de convertirte en cenizas cuando pasas de los mil doscientos años de edad, según rumores; la acacia dorada, cuya madera emana una savia que es altamente venenosa para nosotros e impide nuestra regeneración, pero que está supuestamente extinta desde que hace doscientos años eliminamos la última cepa y a la orden de exterminadores de vampiros que la custodiaba con ella; y que nos apuñalen los dos corazones.

Nos podemos recuperar de que nos corten la cabeza siempre y cuando el vampiro sea lo suficientemente poderoso (los vampiros con menos poder se hacen cenizas cuando esto ocurre); e incluso de un desmembramiento.

Pero si además de eso se le une el que nos arranquen los dos corazones que tienen

nuestros cuerpos mutados: el principal, similar al humano y en la misma ubicación, y el secundario, que es desconocido para los mortales y que se encarga de nuestra regeneración cuando todo lo demás falla, morimos sin más.

Y ello es lo que ha sucedido con la mayoría de los cinco integrantes del equipo de élite de Jane.

Solo quedan dos con posibilidades de salvarse, así que a ellos también les doy mi sangre y procuro encontrar los miembros y órganos que les han sido arrancados para que su posible recuperación sea más rápida.

Por suerte, su corazón secundario permanece intacto.

Sé que darles mi sangre o los hará más poderosos o los matará si sus cuerpos y mentes no son lo suficientemente fuertes para procesarla, pero es la única opción que tienen ahora mismo para sobrevivir.

Debo llevármelos de aquí antes de que amanezca, pienso de manera sombría.

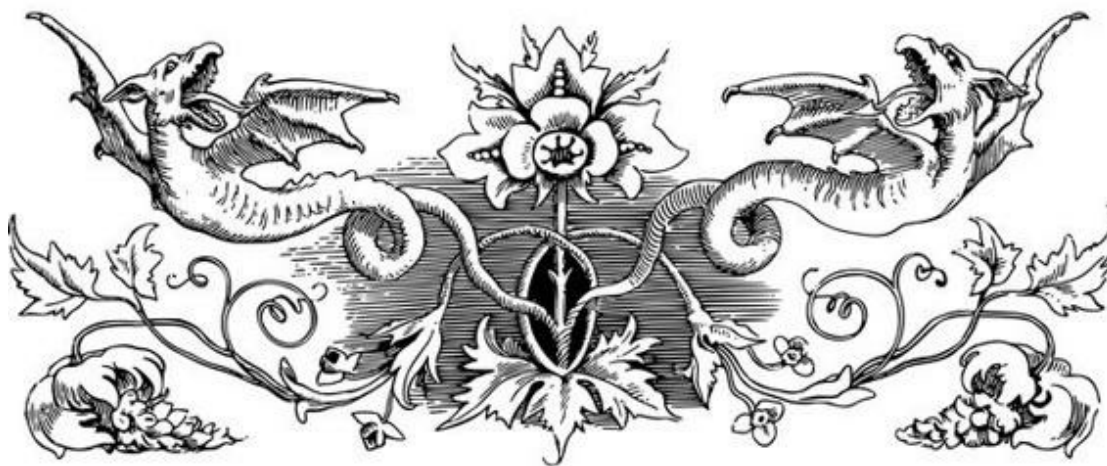
La novicia ha resultado ser más poderosa de lo esperado. Debe de tener algún don de sangre desconocido si ha podido enfrentarse a Jane y salir con vida de aquí, ya que su cuerpo no está entre los caídos.

Arrastro los dos cuerpos de los soldados que todavía resisten hasta que están bajo un alto árbol cubierto con la sangre de sus camaradas y cargo el cuerpo de Jane sobre mi hombro con cuidado de no hacerle daño, sabiendo que salvarlos es ahora mi prioridad y que voy a tener que posponer la caza de Ally Sanders hasta que me asegure de que Jane y sus chicos están a salvo.

Pero solo es cuestión de tiempo que la encuentre.

Sus horas están contadas.

Capítulo 28



LA REALIDAD NO ES LO QUE CREES

RENATA

Despierto poco a poco como si saliera de una bruma de cansancio y lo primero que noto es el ligero malestar de mi pecho y mi garganta.

Lo segundo, que estoy en una habitación de hospital amplia y lujosa y que no estoy sola.

Hay un chico bajo y delgado de cabello corto y oscuro sentado en el sillón de acompañantes con la vista fija en el portátil que tiene en su regazo.

—¿... la?

Intento saludarle e inquirir quién es, pero, aunque ya no tenga el tubo que recuerdo vagamente que me impedía hablar, la garganta todavía me duele.

Él alza la cabeza y me mira con ojos adormilados antes de sonreírme con alivio.

—Ey, te has despertado. Eso es genial —me dice con entusiasmo—. Al jefe y a Lukas les va a hacer muy felices el ver que te estás recuperando.

No entiendo nada.

No sé quién es él, ni quién es su jefe ni quién es Lukas o por qué alguno de los dos se

alegraría de que yo esté despierta.

—¿... quién? —Las palabras, cuando intento sacarlas de mi garganta, suenan rasposas y están incompletas, y la frustración que ello me causa debe de notarse en mi cara, porque el chico deja el portátil a un lado y se incorpora con una mirada de simpatía.

—Soy Sebastian, el hijo adoptivo humano de Lukas —me explica—. ¿Lo conoces?

Niego con la cabeza y me sorprende el pinchazo de dolor que ello me causa en el pecho.

No recuerdo a nadie que se presentara como Lukas, pero mi memoria está un poco borrosa ahora mismo.

—Es el asistente personal de Vlad —aclara Sebastian—. Me han pedido que te vigi... te haga compañía —se corrige, mirándome como si esperase que me ofenda por el desliz—, hasta que estés mejor. Y que les informe sobre ello. Ya sabes, como ellos son vampiros y el hospital no tiene salas oscuras, no pueden quedarse aquí. —Señala hacia su espalda, donde una persiana medio subida muestra el paisaje de los ocres y dorados del ocaso—. Y son reacios a llevarte de vuelta al palacio y así poner en riesgo tu salud durante el traslado.

—Ah.

El que Vlad se haya preocupado por mí me acelera el corazón y lo llena de esa sensación cálida tan agradable de nuevo.

Siento mis labios curvarse en una sonrisa, agotada pero extrañamente mucho más relajada que antes.

Debí haberme quedado junto a él en vez de huir presa del pánico pensando que Cleto iba a reventarme la cabeza, pero lo hecho hecho está y no sirve de nada arrepentirse.

Ahora sé que puedo confiar en Vlad.

Que le importo más allá de una noche de sexo y pasión.

Y no quiero tener demasiadas esperanzas y hacerme ilusiones que luego se rompan, pero me está costando bastante mantener esa decisión tras recordar la manera en la que me miraba cuando estaba en observación, algo que de repente mi cerebro me revela con mucha claridad, y también tras saber que ha mandado a alguien para que cuide de mí y que le gustaría llevarme de vuelta a su guarida para mantenerme a salvo mientras sano... Eso es más de lo que se hace por un polvo de una noche, ¿no?

Cierro los ojos porque mantenerlos abiertos durante demasiado tiempo me está mareando,

y cuando los abro veo que Sebastian ha sacado un móvil del bolsillo de sus vaqueros y está hablando con alguien que tengo la sospecha de que también trabaja para Vlad.

—Ajá. Sí. Está despierta, así que voy a llamar al médico para que le eche un vistazo — comunica el chaval—. Sí, preguntaré si puede ser trasladada. Sí, ya sé lo de comentarle la idea de... ¿Vlad prefiere hacerlo él mismo? Vale. Como quieras, papá. Nos vemos en un rato. Sí, yo también te quiero, chupasangre sentimental. Adiós.

Cuelga y me sonrío de nuevo.

—Ya que quizá vas a ser mi nueva jefa, tal vez debería hacerte un poco la pelota — bromea—. ¿Te apetece ver alguna peli mientras llamo al médico?

Señala hacia su portátil, pero a mí lo que me hace fruncir el ceño y me llama la atención es lo que ha comentado primero.

—¿Jefa? —logro graznar con extrañeza.

Él se encoge de hombros.

—Ya sabes, es por lo de que elijas o no convertirte al vampirismo; seguramente Vlad emita la orden de que has de ser respetada como su consorte, aunque prefieras no volverle a ver nunca más. —Cuando pongo cara de pasmo, incapaz de comprender sus palabras, él parece malinterpretar mi asombro—. Es un tío legal, Vlad. Viejo pero con valores un poco modernos. Solo quiere que estés a salvo y que tengas inmunidad ante cualquier vampiro o siervo humano en cualquier lugar.

»Además, eso te dará unas facilidades económicas para pedir préstamos que nunca tendrás que devolver a los bancos que controlan los Ladescu y ese tipo de cosas —me dice, como si creyera que mi incredulidad se debe a que mi amante de una noche ordenaría a todos los vampiros bajo sus órdenes que jamás me hicieran daño y que me obedezcan en caso de que me dirija a ellos sin importar lo que les pida.

Y no por el hecho de... en fin, de absolutamente *todo* lo que Sebastian acaba de implicar con sus palabras.

—Ah.

Es lo único que me sale ahora mismo, dado que mi cabeza está ocupada intentando entender las inmensas implicaciones de lo que Sebastian acaba de soltarme así, sin más, como si fuera lo más lógico del mundo.

El chico se encoge de hombros.

—Sea lo que sea lo que decidas, te aseguro que, si tú quieres, riquezas, poder y seguridad nunca volverán a faltarte —añade como si pensara que no termino de entender las cosas—. Vlad es uno de los antiguos, pero lleva esperando encontrar a su consorte... Oye, estás un poco pálida, ¿estás bien? Oh, joder. Voy a llamar a un médico. Espera aquí.

No es como si pudiera moverme, pienso de manera atontada tratando de procesar todo lo que ha dicho.

Cosa que no consigo ni cuando los médicos y enfermeros de la planta, que llegan apurados a la habitación vip en la que me encuentro acompañados de un ansioso Sebastian, terminan de revisar mi estado y me dicen que físicamente estoy sanando de manera apropiada y que no hay ningún problema, pero que enviarán a un psicólogo porque parezco tener algún tipo de conmoción mental.

No jodas, Sherlock, musita mi mente, y casi me echo a reír por la incredulidad que todavía me recorre de la cabeza a los pies.

Yo. Consorte. Elegir si quiero ser vampiresa o no. Elegir si quiero quedarme junto a Vlad o no y si quiero que él me conceda todos los privilegios de ser su consorte aunque yo elija ser humana o dejarle y largarme a vivir una vida mortal pero lujosa.

Yo.

Renata Curtis.

¿Están bromeando?, grita mi cerebro, pero al ver la cara preocupada de Sebastian, que parece estar rumiando algo con el ceño fruncido como si se hubiera dado cuenta de que ha cometido un desliz y se sintiera avergonzado por ello, empiezo a entender que no.

Que esto es real.

Que Vlad, contra todo pronóstico y tras pasar solo una noche a mi lado, se ha enamorado de mí.

¿Cómo es eso posible?, me pregunto con sorpresa. *Yo soy solo yo. Renata. La Cenicienta. Ni siquiera soy una belleza despampanante. Soy todo huesos, piel y cabello reseco mal cortado porque no tengo dinero ni para pagarme una peluquería, así que cuando crece demasiado suelo cortarlo yo misma frente a mi pequeño espejo de mano.*

Pero, a pesar de todo ello, Vlad ha visto algo en mí que va más allá de la piel y del deseo físico.

Y a mí eso me cuesta de entender más que todo eso de tener riquezas infinitas si las

quiero.

Cuando todo se calma y los médicos se retiran, Sebastian se deja caer en el sillón que ocupaba antes con un suspiro.

—No sabías nada de todo eso, ¿verdad?

Chico listo, pienso con ganas de reírme al ver su cara.

Sigo presa de emociones que son una mezcla entre la incredulidad y la felicidad. Algo late en la base de mi estómago como si miles de mariposas aletearan en mi interior de tan solo pensar que a Vlad le importo tanto.

Niego con la cabeza.

Sebastian hace una mueca, suelta un gemido y se pasa una mano por la cara.

—Mierda. Pensaba que lo único que no sabías era lo de que Lukas iba a ofrecerse a convertirte... Ya sabes, por lo de la ley de que los «padres» vampiros no pueden emparejarse con los «hijos»... —Abre los ojos como platos y hunde la cabeza entre ambas manos. Esta vez su gemido es mucho más largo y angustiado—. Joder —gimotea.

»No puedo creer que esté siendo un bocazas. ¡Se supone que era una sorpresa y que Vlad iba a hablar contigo en persona esta noche! Quiero decir, pensaba que sabías lo de que eras la consorte que le ha despertado las emociones y todo eso y lo de las opciones... Oh, madre mía, debería callarme ya. Voy a callarme ya. No sé qué me pasa. Te juro que de normal por muy parlanchín que me ponga cuando tengo insomnio no soy un bocazas monumental.

—No pasa nada —intento calmarle con voz rasposa.

—Lo siento. Voy a...

—¡No! —alzo una mano y lo detengo—. Suficiente.

Necesito tiempo para procesar las numerosas bombas de información que acaba de soltarme y entenderlas mínimamente, al menos.

Y tengo la sensación de que si sigue hablando nunca voy a poder dejar de sentir que mi cabeza está flotando con demasiados datos que procesar al mismo tiempo.

Él tuerce el rostro con una mueca de incomodidad.

—Perdona. Ya me callo. Te lo prometo —jura.

Se queda callado unos segundos.

—Oye —llama de manera tentativa.

Lo miro alzando una ceja e intuyendo que me va a pedir algo.

Él me sonrío, tenso y suplicante.

—¿Podrías no decirle a nadie lo de la propuesta de transformación de Lukas, al menos? Creo que ya me he metido en suficientes líos por un día —me pide—. De verdad que de normal no se me da tan mal socializar. Aunque pase casi todo el tiempo frente a mis ordenadores no soy un gremlin parlanchín o algo así.

Me río entre dientes.

Me cae bien, aunque sea más caótico que yo. Que es bastante.

Asiento y él me sonrío de nuevo, esta vez emanando alivio por todos sus poros.

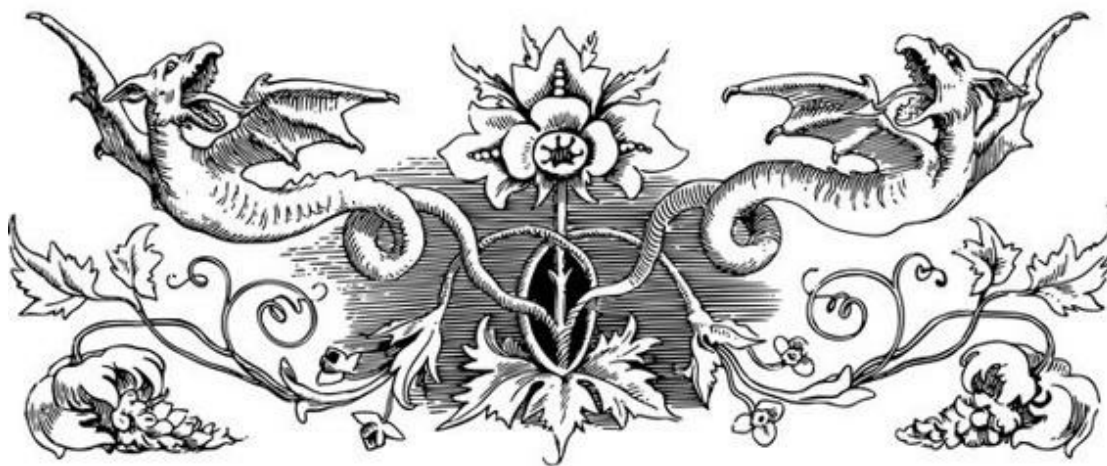
—Me haré la sorprendida.

—Gracias.

—De nada —le sonrío.

Creo que acabo de hacer un nuevo amigo. Y que debería dejar de hablar durante un rato porque la garganta vuelve a arderme horrores ahora mismo.

Capítulo 29



LA DECISIÓN

RENATA

En cuanto cae la noche, Vlad llega acompañado del vampiro que reconozco por haber estado junto a él en lo alto de las escaleras la primera vez que lo vi.

Así que ese debe de ser Lukas, deduzco para mí misma. Cosa que se confirma por cómo Sebastian, que se despierta de su siesta con un bostezo, lo saluda con efusividad.

Aunque yo solo tengo ojos para Vlad.

Está tan guapo que me roba el poco aliento que pueden procesar mis pulmones. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta de cuello alto en color negro con un largo chaquetón del mismo color que le hacen parecer un modelo conjurado de una revista.

—¿Cómo te encuentras, preciosa? —inquire Vlad con ternura y preocupación, acercándose a mi cama.

No sé cuánto tiempo llevo inconsciente, pero debe de ser bastante, porque su pelo está diferente. Un poco más desordenado y largo de lo que lo recordaba.

—¿Cuánto tiempo...? —pregunto sin poder acabar la frase sin echarme a toser.

Vlad acaricia mi rostro hasta que me calmo, y el toque de su piel helada me hace recordar

el increíble contraste entre esa sensación y el calor abrasador de su lengua y su semen llenando mi interior.

Me estremezco de la cabeza a los pies y sé que mi piel está enrojeciendo.

Avergonzada y sabiendo que los vampiros tienen un olfato muy sensible y que posiblemente todo el mundo acabe de darse cuenta de que me he puesto cachonda solo por un roce de su mano, desvíó la vista hacia su brazo y cojo su mano entre las mías.

Hay mucho que quiero preguntarle, que quiero decirle, pero seguramente no sea capaz de ello sin atragantarme todavía. Así que tendré que esperar.

—Lo siento, Renata —se disculpa él con sinceridad, como si todo el peso de mis heridas recayera sobre sus hombros—. Debí haber eliminado a Cleto personalmente cuando lo pillé amenazándote.

—No... —niego con énfasis, queriendo decirle: «No seas tonto. La culpa no es tuya. No podrías haber predicho algo así», pero un ataque de tos que me hace arder el pecho de dolor me lo impide.

Aunque, de todas formas, creo que no habría bastado para hacerle sentir mejor.

Me mareo tanto que creo que pierdo el conocimiento, porque cuando lo recobro hay un grupo de médicos a mi alrededor comprobando mis constantes vitales bajo la atenta mirada de Vlad.

—Ya puede ser trasladada —oigo a uno de ellos decirle al vampiro—. Pero debe seguir recibiendo tratamiento.

Vlad asiente con seriedad.

—Así será —promete.

Durante las siguientes horas, mientras él habla con médicos y con el personal (que lleva el uniforme Ladescu) encargado de trasladarme hasta el Palacio Negro en una lujosa ambulancia totalmente equipada (aunque Vlad ha mencionado un helicóptero, a lo que yo me he negado con énfasis porque me aterran las alturas), apenas puedo hablar con él.

No es hasta que estoy instalada en la amplia cama del dormitorio en el que hicimos el amor hace apenas un par de semanas (cuando los siervos que traen mis efectos personales de casa de las Horrendas y me devuelven el móvil, ya cargado pero apagado, veo que la fecha es muy diferente a la de la noche del fatídico baile), y todo está en calma después de que los médicos al servicio de los Ladescu me hagan un chequeo que podemos estar tranquilos y a solas.

—¿Hay algo que quieras? —inquire Vlad, sentado en un sillón junto a mi cama como si no pudiera tolerar que esté fuera de su vista ahora mismo, aunque está mucho más relajado que cuando estábamos en el hospital—. ¿Uno de esos televisores con programas por cable, tal vez?

Me río porque lo pregunta aunque no tiene ni idea de qué podría aportar un televisor a la vida de alguien pero estuviese dispuesto a comprar el mundo entero por mí.

—Estoy bien, gracias.

—Como desees —sonríe él, y ver esa sonrisa de medio lado de nuevo me devuelve las fuerzas, la autoestima y la profunda y perpetua apreciación por su belleza de golpe a pesar del cansancio—. Pero quiero que sepas que puedes pedirme cualquier cosa y que para mí será un placer proporcionártela.

—Lo sé —sale de mi boca sin que mi mente lo piense antes de decirlo, porque creo que mi corazón ya ha aceptado, con mucha más facilidad que mi caótica cabeza, que él está hablando con mucha sinceridad y que para él realmente soy su prioridad—. Gracias, Vlad.

Él menea la cabeza como si quisiera regañarme, pero su tono de voz es dulce y tierno cuando me habla.

—Nada de «gracias» —replica—. Me basta con verte a salvo y feliz. Ese es agradecimiento suficiente.

Me ruborizo de la cabeza a los pies por el placer y la extraña sensación de felicidad que me causan sus palabras.

Nadie, desde que falleció mi madre, había deseado que yo sea feliz con tanta sinceridad como él.

—Una vez te sientas fuerte, hay algo que me gustaría proponerte. Aunque no deseo que te sientas obligada a nada —habla como si le hubiera estado dando mil vueltas a las palabras y hubiera pensado en cientos de formas de decírmelas para no poner presión sobre mis hombros y así hacerme infeliz a la larga.

Tengo la sensación de que Vlad conoce bien cuál es el significado de la tristeza y cómo la manipulación puede hacer que jamás estés del todo bien.

Que tiene un código de honor propio y que detesta abusar de alguien psicológicamente de esa forma.

No puedo dejar de mirarle. De dejar de asombrarme con que personas como él existan en el mundo. De que alguien que tiene cientos de años haya desarrollado valores tan fuertes como

los suyos a pesar de todo el poder que posee, y del conocimiento de que el poder corrompe hasta los corazones más fuertes.

Él besa mi mano como si esperase una respuesta pero estuviese dispuesto a ser paciente hasta el final del mundo.

Y yo tengo unas súbitas ganas de llorar debido a la ternura con la que me toca, en cuerpo y alma, que me cuesta horrores contenerlas.

Ya sé lo que me va a decir, así que le sonrío.

—Vlad... —llamo con voz un poco menos rasposa y adolorida que antes.

Él alza la mirada con una pregunta muda en sus ojos y me presta toda su intensa atención.

He tenido horas para pensar en qué es lo que quiero en la vida ahora que mis opciones son tantas que la libertad que poseo por el mero hecho de haberle conocido me abruma.

Sé que podría decirle que no quiero ser vampiresa, y que él se quedaría a mi lado viéndome envejecer pero sin dejar de amarme hasta el día de mi muerte aunque ello le mate por dentro.

Sé que podría decidir que quiero los privilegios y lujos que vienen con ser la consorte Ladescu pero no su compañía, y que él estaría infinitamente triste pero que me dejaría ir para que viviese mi vida, mortal o no, a mi manera.

Lo sé cuando le miro y veo la manera en la que me mira y en la que me trata. La manera en la que me hizo el amor, como si mi placer y mi bienestar fueran siempre sus prioridades.

Aunque siga siendo un poco difícil procesar que alguien me quiera tanto y además de esa forma tan generosa, mi corazón nunca se equivoca a la hora de juzgar a las personas, a diferencia de mi cabeza, y lo que este me grita es que nadie me amará jamás tanto como Vlad Ladescu, príncipe de los vampiros, llegaría a hacerlo si me quedo a su lado.

—Quiero ser vampiresa —decir esas palabras con la firmeza con la que logro decirlas me enorgullece.

Tendré que renunciar a algunas cosas, como a la luz del sol. Pero, de todas formas, ¿de qué me sirve caminar bajo la luz del sol si ello no me hace feliz?

Además, no quiero volver a estar indefensa jamás en lo que me quede de vida, sea lo larga que sea.

Y la idea de tenerle a él como compañero de vida, si acabamos casándonos, me llena de

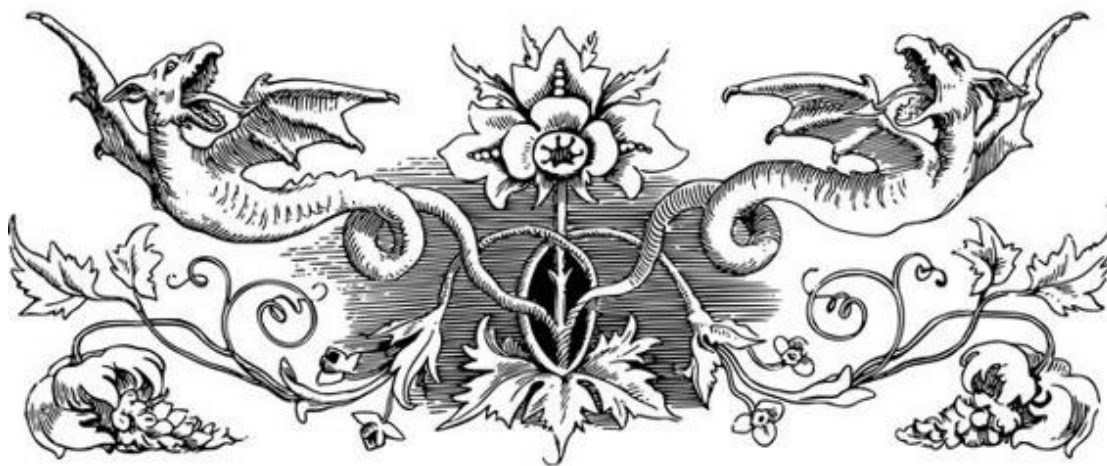
una maravillosa anticipación que hace que todo mi cuerpo cante y vibre de emoción.

Soy una idiota que se está enamorando hasta el tuétano de este vampiro, serio pero honorable, y no tengo las fuerzas suficientes como para ponerme ansiosa por ello.

Que sea lo que tenga que ser.

Yo he tomado mi decisión.

Capítulo 30



EL INICIO DE UNA NUEVA VIDA

RENATA

El ritual se llevará a cabo la noche siguiente en las profundidades del Palacio Negro.

Ahora que he tomado una decisión, esperar demasiado solo me causará tensión y eso no es lo que quiero.

Por suerte, ya me encuentro mucho mejor y mi voz apenas se rompe cuando hablo durante un tiempo. Aunque tengo que parar de vez en cuando para descansar mi garganta agrietada.

Lukas es encantador.

Se presenta unas horas antes de mi conversión con una sonrisa y una bandeja cargada de comida y vino.

—Su última comida humana, su alteza —me dice alegremente, guiñándome un ojo cuando protesto por un título que no es mío—. Para mí ya es usted una *lady*, se case o no se case con mi querido prínceps.

Sus palabras me hacen sentir incómoda, pero halagada.

—Gracias —replico con cortedad, aceptando la bandeja que deposita sobre mis rodillas

mientras Vlad me ayuda a incorporarme sobre las almohadas de la cama, que arregla diligentemente a mis espaldas—. Todo tiene pinta de ser delicioso.

Hay de todo, desde rosbif hasta varios trozos de tartas de diferentes sabores. Y aunque no sé mucho de vino, la verdad es que el que ha elegido está buenísimo y acompaña muy bien los platos de los que voy picando mientras ellos me cuentan cómo será el ritual para que sepa qué esperar de mi transformación.

—Una vez la muerda y le dé mi sangre de beber, la conversión empezará en menos de diez minutos —me explica Lukas—. Y durará al menos dos horas mientras su cuerpo muta rápidamente al de una novicia.

—¿Es cierto que podéis convertirlos en murciélagos gigantes? —inquiero con intriga sin poder evitarlo—. ¿Crees que yo también podré?

Eso es algo que jamás han confirmado o desmentido de cara al público.

—El cuerpo de un vampiro continúa mutando a lo largo de los años —me explica Vlad, pasándome una servilleta y limpiándome las comisuras de la boca de restos de tarta de chocolate cuando ve que estoy demasiado cansada como para mover los brazos durante un rato—. Algunos podemos cambiar de forma cuando pasamos de los doscientos años a una similar a la de un «murciélagos gigante», sí.

—¿Tú puedes?

Él asiente.

—Sí —confirma—. Soy capaz de ello desde hace unos años.

Me pregunto cómo será esa forma, pienso con fascinación.

—¿Así que no todos pueden aunque envejecan? —pregunto, relamiéndome restos de chocolate de los dientes.

Él niega con la cabeza.

—No todos. No —reitera—. Solo aquellos que desarrollan un don de sangre al despertar como novicios pueden llegar a ser capaces de ello.

—Oh —me sorprendo—. Así que es cierto que no todos los vampiros tienen dones.

Es un dato que lleva mucho tiempo de boca en boca como un rumor que se acepta como una especie de certeza, pero también algo que ninguna autoridad había confirmado o negado.

—Solo un pequeño porcentaje —asiente Lukas—. Y, de normal, solo ese pequeño porcentaje puede despertar algún don en su progenie al convertirlos. Aunque no siempre es así. A veces hay hijos que despiertan con dones sin que los padres tuvieran alguno.

—Vaya. Todo esto es fascinante.

Creo que acabo de descubrir que la historia de los vampiros me interesa mucho.

Me sacaron de la escuela a los dieciséis, así que no tuve mucho tiempo para estudiar, pero Historia y Ciencias Sociales eran mis materias favoritas, recuerdo con nostalgia.

—¿Se puede estudiar una carrera siendo vampiresa? —inquiero en voz alta cuando el pensamiento se cruza por mi cabeza.

—Puedes estudiar, aprender y dedicarte a todo aquello que desees, Renata —responde Vlad con afecto en la mirada, y se mueve hacia mí para besarme suavemente como si no pudiera resistirse a hacerlo.

A veces hace esas cosas y a mí siempre me pillan por sorpresa aunque las vea venir cuando se inclina con lentitud hacia mis labios.

El corazón me palpita con fuerza una vez más y no puedo evitar soltar un suspiro. Este vampiro cada vez me enamora más.

Así que puedo ser lo que me dé la gana, además de poseer lo que me dé la gana, reflexiono para mí misma.

Saber que no solo no volveré a tener problemas económicos el resto de mi vida, sino que además tener estudios superiores ya no será solo un sueño lejano, me llena de una felicidad inconmensurable.

La precariedad económica ha tenido consecuencias tan nefastas para mí que no puedo negar que librarme de ella me ha hecho querer a Vlad un poco más por ello, aunque suene superficial.

Porque no hay nada de superficial en pasar hambre y tener miedo a acabar en la calle ni lo habrá jamás.

—Así que —repaso mentalmente lo que me han dicho mientras cojo el tenedor de nuevo y parto un trozo de tarta ahora que me siento con fuerzas para seguir comiendo. No puedo evitar sonreír mientras lo hago—. Tú me convertirás y luego estaré unas dos horas con fiebre e inconsciente antes de despertar como vampiresa y tener un hambre tremenda.

—Y nosotros le daremos bolsas de sangre de las que tenemos almacenadas en los frigoríficos del palacio —asiente Lukas, recostándose contra la pared—. Los médicos dedicados a investigar la conversión bajo contrato con los Ladescu han desarrollado una fórmula especial que acelera la misma y que no deja secuelas, así que en menos de un día será usted una vampiresa en plenas facultades y el hambre no le afectará con tanta intensidad como a otros novicios... teóricamente.

—¿Creéis que aun así me volveré violenta? —inquiero, recordando a Dalia y estremeciéndome—. Lo de la fórmula no es infalible, ¿no?

Ambos comparten una mirada como si estuvieran pensando en ello.

—Eso depende de cada persona —comenta Vlad finalmente—. Cada transformación es diferente. Yo no sentí un hambre ni unas ganas de violencia tan intensas como he visto a otros sentir a pesar de convertirme de manera tradicional. Sin médicos y sin alimentarme con bolsas de sangre modificada.

—Yo sí. —Lukas se encoge de hombros—. Pero no contra los humanos, sino contra mi creadora y contra todos los vampiros que se me acercaban.

Comparten otra mirada y un mundo de palabras silenciosas parece pasar entre ellos.

Al final del intercambio, Lukas sonríe con calma y afecto y Vlad le dedica una de sus hermosas medias sonrisas, esta vez un poco más pronunciada, como si cada día fuera capaz de sentir un poco más.

—Por cierto —hablo, pero tengo que detenerme y beber algo de vino porque mi garganta está tan reseca que siento que voy a ponerme a toser una vez más.

—¿Quieres agua en vez de vino? —pregunta Vlad, inclinándose sobre la cama de nuevo—. Quizá mezclarlo con la medicación no ha sido buena idea.

Parece inseguro sobre cómo funciona la medicina humana. Que supongo que es el caso en alguien que no ha sido humano en más de doscientos años.

Le sonrío y me encojo de hombros.

—Solo faltan unas horas para que sea vampiresa así que supongo que ya no importa —le tranquilizo.

Bebo otro sorbo y dejo la copa sobre una esquina de la bandeja.

—¿Hay algo que deseáis preguntar, mi señora? —inquiere Lukas una vez me recuesto de

nuevo sobre las almohadas.

Asiento.

—¿Qué es eso de que la consorte hace que Vlad recupere sus emociones o algo así? He oído algo al respecto, pero no tengo claro a qué se refieren con eso.

No voy a decirles que se le escapó a Sebastian porque el pobre se va a llevar una buena regañina.

Ambos clavan sus ojos de color rojo carmesí en mí.

—Los vampiros que necesitan un consorte para sentirse plenos van perdiendo sus emociones a lo largo de los siglos si no encuentran a alguien que sea compatible —me explica Vlad—. Y eso es lo que me estaba sucediendo a mí antes de conocerte. Aunque lo cierto es que jamás he sido tan efusivo como él.

Señala a Lukas y este se ríe.

—Sería hilarante veros expresar vuestras emociones con mi misma intensidad, *sir*.

Vlad pone los ojos en blanco con un deje de humor.

Me remuevo en la cama con una ligera sensación de incomodidad.

—¿Entonces quieres casarte conmigo porque somos «compatibles»?

No puedo negar que me siento un tanto decepcionada y que el corazón se me ha estrujado un poco al oír eso.

Él se pone serio y enfoca toda su atención en mí.

—Un vampiro puede encontrar a varias personas compatibles a lo largo de su existencia, Renata. Aunque en mi caso no haya sido así —me dice con total sinceridad—. Pero da la casualidad de que tú eres a la única a la que quiero como mi futura consorte. Te aseguro que, aunque elijas no emparejarte conmigo, jamás desposaré a otra a lo largo de mi existencia.

Me ruborizo de nuevo al oír su confesión. Complace a una parte de mí misma de la que no estoy particularmente orgullosa, posesiva y necesitada, pero no puedo evitar sentirme así.

—En... entiendo —balbuceo.

Desvío la mirada hacia la tarta porque me siento un poco abrumada, aunque no en el mal sentido.

—Por cierto, si está usted apenada por la mortalidad de la familia que le quede con vida,

podría contactarlos —interrumpe Lukas con un carraspeo.

Me sobresalto y me lo quedo mirando con confusión hasta que mi mente procesa «familia» como las Tres Horrendas, aunque nunca haya pensado en ellas como tal y él no se refiera a ellas, sino a la familia lejana de mi padre, humana como lo soy yo aún, que jamás me quiso ni me prestó atención.

En definitiva, lo que Lukas está haciendo es inquirir sobre si tengo familia mortal de la que quiera despedirme o a la que quiera ofrecerle el vampirismo.

La respuesta a ambas cosas es un rotundo no.

—No realmente —resoplo por la mera idea de derramar una sola lágrima por alguno de mis parientes, consanguíneos o no—. Solo tenía a las Tres Horrendas. Y para eso, la verdad es que era mejor no tener a nadie.

—Entiendo —dice Vlad emitiendo cada sílaba con lentitud como si realmente comprendiera el significado de mis palabras más allá de lo que acabo de decir.

La ira que refulge en sus ojos me pilló por sorpresa.

—Estaré más tranquila cuando Ally muera —suelto en un impulso sincero, y los ojos de Vlad se oscurecen un poco más.

He llorado un poco por Hada hace un rato, cuando estaba sentada en el baño. Pero no he sentido ninguna pena por mis dos hermanastras, aunque suene cruel.

Creo que no lo habría sentido aunque no hubiesen intentado matarme o incluso aunque Ally fuera la única vampiresa y se hubiese comido a sus propias hijas.

No después de una vida de tortura psicológica y física.

Tal vez solo las personas que no han sufrido semejante crueldad sádica en carne propia son capaces de decir tal cosa como «perdona y deja ir el pasado» o «las personas cometen errores que a veces hacen daño a otros». No lo sé y no quiero saberlo. A mí me basta con saber que para mí el odio es meramente una respuesta al dolor y que ambas se merecían mi más profundo odio; que no tengo por qué sentirme culpable por ello porque no hay nada malo en detestar a alguien que te ha hecho tanto daño siempre y cuando no dejes que ello consuma tu mente y tu vida.

Así es como he decidido tomarme las cosas en vez de juzgarme por mis emociones negativas.

Y ya está.

Ahora solo queda Ally, de la que Vlad me ha dicho que está en búsqueda y captura porque se ha dado a la fuga.

Pero sé que la vamos a encontrar y que vamos a acabar con ella.

Y creo que, una vez mi madrastra haya muerto, al fin podré dejar que las cenizas de los recuerdos de lo que esas tres mujeres me hicieron se vayan con el viento y enfocarme en construir una vida vampírica con Vlad.

Por primera vez en mucho tiempo, pensar en el futuro me hace feliz.

—La encontraremos muy pronto, preciosa —me promete Vlad, sentándose en el borde de la amplia cama y entrelazando sus dedos con los míos—. Te lo prometo. No hay muchos lugares en los que pueda esconderse y cada uno de ellos está siendo investigado mientras hablamos.

Le sonrío y le devuelvo el apretón.

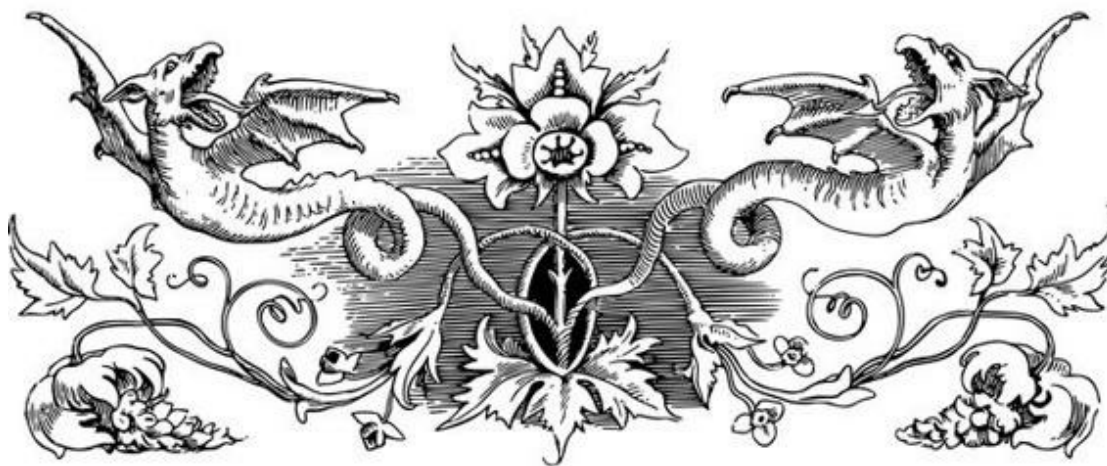
—Y si me la cruzo de nuevo, esta vez aprenderá que no pienso agachar la cabeza y dejar que haga lo que le plazca —me prometo a mí misma en voz alta con firmeza—. Esta vez lucharé con garras y dientes si hace falta. No ganará.

Una vez yo también sea vampiresa, Ally y yo estaremos en igualdad de condiciones. Ya no seré una niña traumatizada y asustada, ni una adolescente con problemas de salud física y mental, ni una adulta desnutrida presa de la depresión.

No voy a dejar que me haga daño nunca más.

Ni a mí ni a nadie.

Capítulo 31



EL PASADO DE VLAD

RENATA

La sala, situada en las catacumbas del viejo palacio, está iluminada por miles de velas.

Es inmensa y circular, y en el centro de la misma hay un par de cadenas aseguradas al suelo de piedra negra como la noche.

—No creo que haga falta usarlas —comenta Lukas cuando ve como mis ojos se clavan en ellas—. Se utilizaban antiguamente por precaución. Por si los novicios más proclives a la violencia no podían ser contenidos aquí abajo. Pero tengo la sensación de que con usted no harán falta.

—Ya te he dicho que puedes hablarme de tú, Lukas —le digo por enésima vez.

Él arruga la nariz con disgusto ante la idea.

—Y yo le he dicho que los títulos han de ser respetados.

—¡Pero si ni siquiera soy la consorte real! —protesto.

No hay un equivalente al título de prínceps en femenino entre los nobles vampiros porque la misoginia era rampante en esas épocas incluso entre los de su especie.

Así que Vlad me ha ofrecido que elija qué título quiero ostentar si me caso con él. Y lo ha hecho de manera tan casual mientras estábamos sentados en mi cama (una vez Lukas se ha ido con lo que quedaba en la bandeja de comida) que casi me da algo del sofoco por la sutil petición de matrimonio.

No es como si no hubiera dicho o insinuado antes que quiere que sea su pareja, pero cada vez que lo hace me sigue sorprendiendo.

Pasamos de largo las cadenas, pero mi mirada se desvía hacia ellas de nuevo buscando un tema del que hablar para intentar ignorar ser consciente de lo nerviosa que estoy.

—¿Las habéis usado con alguien antes? —pregunto con curiosidad mientras los tres avanzamos hacia el par de cómodos sillones que hay al final de la sala, junto a una piscina tallada en la roca cuyas aguas termales llenan los alrededores de vapor y de un ligero olor a sulfuro.

—Creo que el último que fue convertido usando esas cadenas fui yo —comenta mi príncipe—. Aunque al final no hicieran falta ya que fue una conversión muy tranquila... relativamente hablando.

Me quedo mirando a Vlad con sorpresa.

—¿Tú te convertiste aquí? ¿En este mismo lugar?

Él asiente y me pone una mano en la espalda para guiarme suavemente hacia el asiento cuando me detengo a pocos pasos de él.

—Sí —sonríe ligeramente—. Nací en una aldea cercana al palacio que ya no existe. Estaba solo. Toda mi familia había muerto y sobrevivía en las calles haciendo pequeños trabajos como basurero y cosas similares... Y un día encontré un *ticket* dorado enterrado bajo un montón de estiércol.

Me sonrío con cariño cuando ve mi expresión de angustia por lo difícil que debió haber sido su vida y besa mi frente cuando me siento frente a Lukas.

—Oh, Vlad...

Se me hace un nudo en la garganta al imaginarlo en esa situación.

—Comparado con mis largos años de vida, solo fue un pequeño periodo trágico —me consuela, cuando debería ser yo la que lo consolase a él—. Los guardias no me dejaron entrar al Baile de los Eternos ni siquiera con el boleto en la mano, ya que mis ropas y mi antifaz improvisados eran de todo menos aceptables —se ríe entre dientes como si lo recordara con

nostalgia y yo me pregunto si algún día mis propios recuerdos trágicos serán tan lejanos que ya no me afectarán al pensar en ellos—, hasta que Alphonse, que en aquel entonces era el hijo más joven de mis Progenitores, decidió intervenir a mi favor.

—Le querías mucho —musito al ver la expresión de su rostro cuando habla de él.

Los labios de Vlad se tuercen en una mueca triste.

—Sí —dice con suavidad—. A pesar de que admito que la casa Ladescu jamás fue conocida por su bondad, Alphonse era como una rosa que había logrado florecer entre espinas. Amable y bueno.

Reconozco el nombre como el de uno de los prínceps asesinados bajo los rayos del sol durante la Revolución Francesa. Recuerdo haber estudiado esos hechos en el instituto.

Alphonse Ladescu, cuyos cabellos de oro eran afamados por su belleza, se mencionaba brevemente en uno o dos párrafos de la asignatura de Historia.

Es extraño estar junto a alguien que lo conoció en persona cuando hasta ahora para mí solo había sido un retrato impreso en las páginas de un libro de texto.

Cojo la mano de Vlad con una de las mías y la beso con ternura.

—Debió de ser una persona increíble.

—Lo era —murmura él apartándose un mechón de cabello del rostro.

Sigue rojo, pero menos que antes ahora que me he duchado unas cuantas veces. Ha pasado de ser un intenso rojo sangre a un caoba oscuro.

Durante un instante, es como si él y yo estuviéramos solos en el mundo.

—Nos hicimos amigos —prosigue Vlad al tomar asiento en un taburete tapizado cercano desde donde puede observarnos a Lukas y a mí y continuar cogiendo mi mano entre las suyas mientras el primero me da su sangre—. Me nombró su asistente. Y, al final, mis Progenitores me ofrecieron convertirme en uno de ellos tras aceptarme como parte de la familia gracias a él.

La tristeza que emana su lenguaje no verbal y el tono nostálgico de sus palabras es tan intensa que los ojos se me llenan de lágrimas.

Aprieto sus dedos ligeramente entre los míos.

—Yo nunca he sabido muy bien lo que era realmente una familia —le confieso con la voz acongojada—. Mi madre murió cuando tenía nueve años. Y mi padre y las Tres Horrendas

no cuentan como tal. Pero... pero me encantaría formar parte de una. Junto a ti. Si tú quieres.

Cuando me sonrío esta vez, es con una calidez que siento que podría mantenerme viva en todos los inviernos por llegar.

—Eso me encantaría —afirma con convicción—. Ya eres parte de mí y lo serás siempre, Renata. Me haría feliz si decides quedarte a mi lado.

Besa mi muñeca con devoción.

Nos quedamos embelesados el uno con el otro hasta que Lukas se aclara la garganta.

—¿Proseguimos con la conversión?

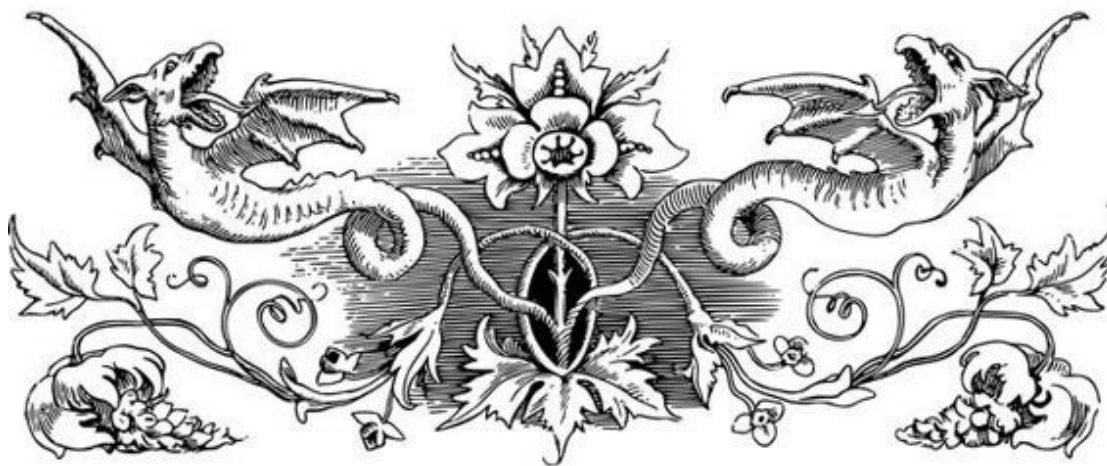
Me ruborizo al darme cuenta de que nos habíamos olvidado de él y le sonrío con entusiasmo.

—Perdona, Lukas —me disculpo—. ¡Vamos allá!

La vida eterna junto a esta familia de vampiros me espera.

Y tengo tantas ganas de formar parte de ella que apenas puedo contener mi excitación.

Capítulo 32



EL BESO DE LOS ETERNOS

RENATA

La sangre de Lukas me arde en la garganta y en las venas, como si cada molécula que me compone se hubiera prendido fuego.

Apenas soy consciente de lo que me rodea. Me retuerzo tendida sobre una mullida alfombra mientras Vlad acaricia mi cabello apelmazado por el sudor y me murmura que todo va a estar bien, que él está a mi lado y no se alejará de mí.

Entre brotes de claridad en medio de la fiebre que me consume, me oigo a mí misma suplicarle que me ame para siempre, que no se vaya, que no me deje ir, que se case conmigo, pero también que nos respetemos el uno al otro, que nos escuchemos el uno al otro...

Le confieso, entre lágrimas que al rozar mis labios saben a sangre, que quiero y necesito que él, más que nadie, me respete como persona, y lo agradezco que estoy por haberle conocido. Por darme cuenta, día tras día que paso a su lado, del hombre tan increíble que es.

Por hacerme sentir a salvo, no solo físicamente, sino también mentalmente.

Porque cuando estoy a su lado el mundo parece un lugar menos cruel, menos aterrador, y me olvido del pasado, del dolor y de la rabia.

—Te quiero, Vlad —me escucho reír y veo mis manos, temblorosas pero más fuertes que nunca, aferrarse a él con codicia y necesidad, pero también con súplica.

Él las coge entre las suyas y las besa. Algo que hace con frecuencia y que yo también estoy empezando a hacer.

Un pequeño gesto de afecto que transmite tanto con tan solo un roce de labios sobre la piel del dorso, de la muñeca o de los dedos y que me roba el aliento tanto como lo hacen sus besos más apasionados.

—Yo también te amo, Renata.

Su voz, profunda y honesta, me hace reír de nuevo.

Esta vez de felicidad.

—Siento como si mi cerebro se estuviera cayendo a piezas y un cerebro nuevo me estuviese creciendo dentro del cráneo —le confieso con horror cuando la sensación se vuelve más abrumadora que mi necesidad de que comprenda cuánto le amo ahora que ya he logrado eso mismo.

—Chhh —me calma él—. Todo pasará muy pronto. Ya queda poco.

Aparta la mirada de mí y la desvía hacia alguien que permanece a un lado, sentado sobre una butaca.

Alguien con quien empiezo a sentirme cada vez más conectada. Como si nuestras sangres latieran al ritmo de la misma canción.

—Padre —dicen mis labios sin que mi cabeza procese lo que significa esa palabra.

—Lukas —llama la voz de Vlad, preocupado—, ¿podrías acercarme más sangre de las neveras de la cámara adyacente? Está siendo más duro de lo que debería y no entiendo por qué. Esta vez podemos probar con la que no ha sido modificada...

—No —suspira padre como si entendiese la pregunta sin formular—. Lo que voy a hacer es darle un pedazo de mi corazón, *sir*. A mí me crecerá de nuevo, pero eso acelerará la conversión de la señora y la hará más poderosa. Debí haberlo ofrecido antes.

—No tienes por qué —replica mi príncipe con firmeza—. Aunque agradezco tu oferta, darle un trozo de tu corazón te debilitará.

Mi boca balbucea algo incoherente que ni yo misma entiendo.

—Usted lo hizo conmigo cuando me encontré muriéndome en aquella mazmorra, *sir* — responde padre en tono de regañina afectuosa—. Y jamás ha pedido nada a cambio.

—Lukas...

—No rechiste. Es mi decisión.

Veo a Vlad cerrar los ojos, preso de miles de emociones que no logro descifrar.

—Gracias, Lukas —le dice a padre con agradecimiento y afecto tiñendo cada sílaba—. Por todo.

Padre, que de repente está acucillado sobre mí, le sonrío por encima de mi cuerpo.

—Somos familia, *sir*.

Se abre la camisa de seda, alarga una de sus uñas hasta que es una afilada garra y se la clava en el pecho, hurgando y cortando hasta que sale una larga fibra sangrante.

—Lo somos —sonríe Vlad con afecto. Me acaricia de nuevo el cabello mientras padre me abre la boca e introduce la fibra de su corazón en mi garganta—. Ambos sois lo más importante para mí.

Le sonrío a mi amado con los dientes ensangrentados y los colmillos palpitando de dolor.

—¡Familia! —exclamo mientras me trago el trozo de corazón de padre—. Sois mi familia.

El pecho se me llena de calidez.

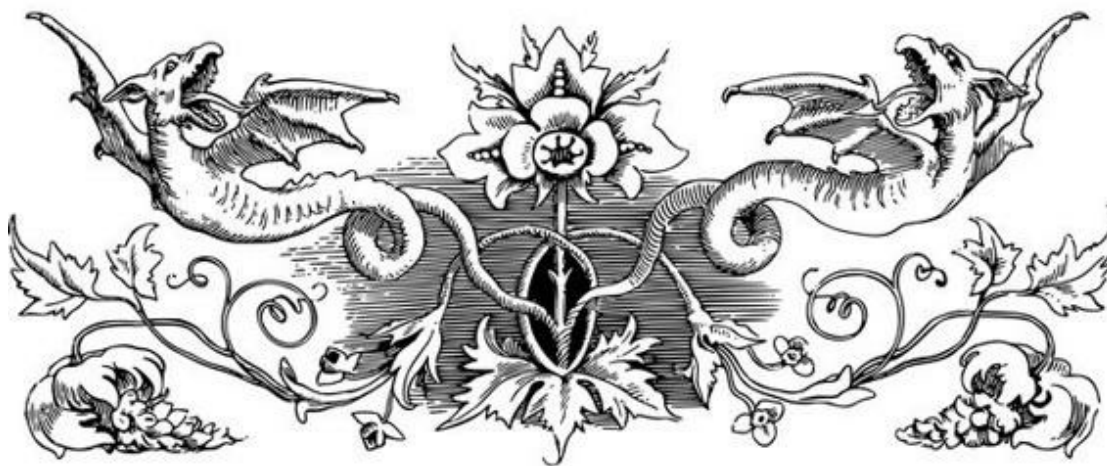
Pero esta vez no es solo una sensación emocional causada por el creciente amor que siento por Vlad y el afecto cada vez más intenso que siento por mi Progenitor, sino algo mucho más físico.

Grito y río a la vez cuando ese nuevo ardor se extiende desde mi estómago hasta el resto de mis extremidades, pero cuando el grito se acaba, me sobreviene una extraña calma que me deja en un estado de tranquilidad absoluta.

Ya no hay dolor ni horror, aunque sienta mi cuerpo cambiar y mi cerebro *moverse* dentro de mi cabeza.

Solo esa sensación de estar conectada al mundo, como si la energía que lo compone ahora fuera casi visible para mí, que se hace cada vez más intensa hasta devorarme.

Capítulo 33



PODER, PASIÓN Y SANGRE

RENATA

Ser vampiresa es una de las mejores cosas que me han pasado jamás.

No es solo que mi cuerpo se sienta más fuerte, más saludable y más bajo mi control de lo que lo ha estado jamás, sino el hecho de que mi mente está mucho más en calma.

Tanto, que no recuerdo cómo es no sentirse como ahora me siento, que es toda una novedad para mí: sin ansiedad; sin un miedo perpetuo hacia el dolor, hacia la gente y hacia el futuro; sin la bruma constante del insomnio afectando mi mente tras años de sufrirlo aunque ese día hubiera logrado dormir unas horas más.

Sin apenas hambre ni dolor de tripa, aunque tras las descripciones y advertencias de Lukas y Vlad había esperado mucho más que una ligera incomodidad cuando llevo varias horas sin beber sangre.

—Es increíble —me río, contemplando el mundo desde lo alto de una de las torretas del palacio.

Ya ni siquiera las alturas me dan miedo. En parte porque sé que no pueden matarme y en parte porque estoy presa, como Lukas me ha advertido, de una sensación eufórica que me recorre de la cabeza a los pies que es común entre los recién convertidos.

Puedo sentir mi conexión con Lukas, que ahora es mi Progenitor o padre, como le gusta ser llamado a secas (aunque en mi caso, dada mi relación con su amigo y jefe, llamarle así es opcional), y saber más o menos dónde está el alegre y amable vampiro (tomándose una copa con Sebastian mientras repasa con él sus opciones de postgrado universitario que el humano elegirá el año que viene).

Y puedo sentir a Vlad cerca.

Poderoso, hipnótico, atrayente.

Su presencia captura mis sentidos como un imán.

Es la compatibilidad de la que me habló, pienso con una sonrisa de oreja a oreja.

Ahora sé a lo que se refería.

Aunque no es una sensación que apague todos mis otros sentidos o mi individualidad, sí que es fascinante como ninguna otra.

Sobre todo, conociendo a Vlad. Sabiendo lo irresistiblemente atractivo que me resulta. El maravilloso amante, líder honorable y vampiro que exuda poder puro que es. Cosa que solo incrementa esa atracción que siento por él.

Me muerdo los labios cuando lo siento subir las escaleras que llevan a lo alto de la torre en la que estoy y me río por la anticipación y el entusiasmo que siento al tenerlo cerca.

Hoy es la primera noche que salgo del palacio tras mi conversión. La primera en la que estoy en total control de mí misma.

Y pretendo seducirlo de nuevo porque el mero pensamiento de experimentar el sexo con él con mis nuevos sentidos, más agudos y afinados que los de cualquier humano, me excita de tal manera que no soy capaz de pensar en otra cosa.

—Hola, Vlad —le saludo justo cuando se detiene tras de mí, sonriéndole por encima del hombro con coquetería.

—Renata —responde él con un tono lánguido y los ojos llenos de intriga al notar mi sonrisa ligeramente taimada.

Huele a deseo y a algo más dulce que calienta mi sangre de una manera muy diferente a la de la mera lujuria, como si su cuerpo emanara feromonas que solo un olfato vampírico puede percibir.

A pesar de su rostro sereno y en calma, puedo leer sus emociones a través de las

feromonas que no puede controlar, y me pregunto si ese es mi don de sangre.

No. No lo es. Es meramente un sentido más agudo de lo normal, a veces pasa, me responde mi mente con total certeza y seguridad en sí misma, como si conociera todas las respuestas a mis preguntas.

—Qué bien se siente esto... —suspiro cuando me abraza por la espalda.

Dejo caer mi cabeza contra su hombro y siento sus besos sobre mi cuello.

El matrimonio vampírico consiste en compartir ambos la sangre con el otro y realizar un juramento. No es una ceremonia pública, sino un acto profundamente íntimo.

Un acto que quiero realizar con él.

Aunque ahora lo que más quiero es sexo.

—Fóllame, Vlad —exijo con un suspiro de deseo.

Él suelta un gruñido de puras ganas y se estremece debido a la fuerza de voluntad que tiene que ejercer sobre su cuerpo para no estamparnos contra la pared más cercana, levantar la tela de mi vaporoso vestido e introducirse en mí de una sola vez.

Pero eso precisamente es lo que yo deseo.

Que pierda su famoso autocontrol y saber que soy la causa de ello. La única que puede alterarlo de esa forma.

Mis pies, descalzos sobre la piedra del palacio, ya no sienten el frío. Al igual que el resto de mi cuerpo.

Antes estaba helado como un iceberg cuando lo tocaba, ahora que ambos somos vampiros, es como si ardiéramos allá donde nuestras pieles hacen contacto.

Pero no es un fuego que duela o quema, sino uno que azuza el deseo, decadente y lujurioso.

Me doy la vuelta entre sus brazos y capturo sus labios en un beso ardiente y posesivo. Mi lengua invade su boca con impaciencia, exigente y desesperada.

Necesito, quiero, sentir su cuerpo desnudo contra el mío y el placer que ello me provoca.

—El dormitorio más cercano...

—No —interrumpo, y planto los pies con firmeza sobre la piedra cuando intenta empujarme hacia dentro del palacio por una ventana cercana—. Aquí, Vlad —exijo, volviendo a

besarlo con pasión—. Te quiero aquí mismo. Ahora.

No quiero esperar más.

Soltando otro gruñido impaciente, Vlad se da por vencido y cede al fin a mis deseos, colando sus manos bajo mi falda y levantándola hasta mis caderas.

—Renata... —jadea cuando sus dedos rozan mi sexo desnudo.

No me he molestado en ponerme ropa interior porque sabía que él vendría tras de mí.

Me río contra su boca, divertida por lo escandalizado que suena, y abro ligeramente las piernas mientras muevo mis caderas contra sus dedos.

Él capta el mensaje a la perfección y pronto esas manos tuyas tan diestras encuentran un ritmo que me hace jadear y gemir de placer deseando más.

Tiro del borde de su camisa y separo nuestras bocas para quitársela, lanzándola hacia un lado sin preocuparme si acaba en los jardines de abajo o perdida para siempre.

Suspirando de gozo, acaricio sus marcados músculos desnudos y desciendo mi boca hasta ellos.

He querido probarlo desde que le vi.

Él arquea el cuello y gime roncamente cuando capturo sus pezones en mis labios como él hizo conmigo aquella primera vez.

Pronto ambos somos presa de esa necesidad primaria y animal por el placer, acariciándonos de manera salvaje sin miedo a hacernos daño el uno al otro ahora que mi cuerpo ya no es frágil y mortal.

—Hazlo ya. No aguanto más. —Me deshago de su cinturón y bajo la bragueta de sus pantalones, sacando su miembro y acariciándolo con dedos inquietos y ansiosos.

Joder, qué bueno está.

La imagen de Vlad, allí de pie, medio desnudo y perdiendo el control por la lujuria y por la manera en la que le toco se quedará conmigo para siempre.

Aunque planeo que sea una imagen que vea a menudo. Una de la que jamás me cansaré.

—En mí. Ahora —ordeno de nuevo cuando siento que ya no puedo más y que sus dedos ya no son suficiente.

Él aparta sus manos de mi sexo y me agarra del culo, elevándome sobre mis pies hasta

que mi entrada está alineada con su punta y la guío con mis propias manos hacia mi interior.

—Oooh. Joder —me sorprende por la increíble intensidad con la que se siente cuando se desliza en mí.

Es como si mi canal vaginal de repente hubiera desarrollado puntos G extra.

Emitiendo sonidos con los que ni una actriz porno sería capaz de soñar, me aferro a él y me arqueo contra su cuerpo cada vez que los brazos de Vlad, tensos y fuertes, me mueven arriba y abajo a un ritmo que se va incrementando hasta casi volverme loca de gozo.

Vlad me folla como si estuviera desesperado por ello. Como si se hubiera contenido durante cientos de años y ahora esa lujuria acumulada la estuviera volcando sobre mí.

Llego al orgasmo en meros minutos, pero la acostumbrada sensibilidad postorgasmo no me afecta y él sigue follándome como si nada, aumentando el ritmo y la fuerza de sus embestidas hasta que me corro otra vez. Y otra vez.

Él alcanza su propio orgasmo y captura mi boca tragándose mis risas enajenadas debido al increíble placer que jamás habría soñado con ser capaz de sentir y yo me corro una última vez mientras el calor abrasador de su semen, o lo que quiera que sea que su cuerpo produce cuando se corre ya que los vampiros no pueden tener hijos mediante el embarazo, me llena el vientre.

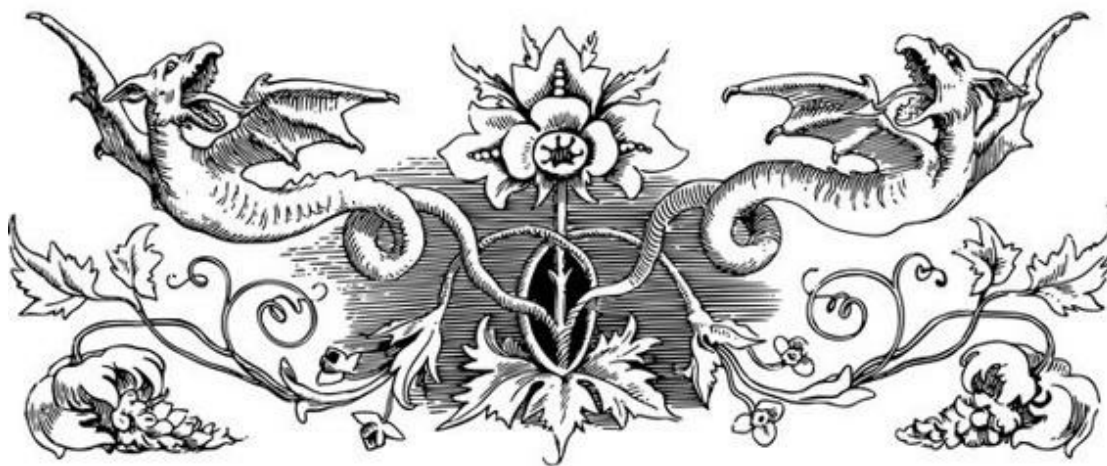
Y entonces lo hacemos de nuevo, hambrientos e incapaces de saciarnos, esta vez contra la pared más cercana.

Y luego en el suelo del dormitorio vacío que él ha mencionado antes, sobre una alfombra que se mancha cuando, en un impulso durante uno de mis orgasmos, muerdo uno de sus pectorales y su sangre baja por la comisura de mis labios como un reguero de ambrosía.

—Renata. Maldita sea, mujer... Qué hermosa eres.

Sus maldiciones, que al no controlarse suenan con un acento antiguo que ya nadie utiliza, solo hacen que lo muerda con más fuerza, disfrutando del increíble sabor de su sangre en mi lengua, llenándome de su fuerza y su poder mientras él me monta una y otra vez hasta saciarnos.

Capítulo 34



A LA CAZA DE UNA PESADILLA

RENATA

—Hemos localizado a la madrastra.

La declaración de Lukas hace que me detenga en mitad del pasillo.

Él y Vlad están en el despacho de este último, donde el prínceps suele leer y responder a la correspondencia familiar y atender los negocios de la casa Ladescu.

Es mediodía, así que las persianas de metal que nos protegen del sol están bajadas y se supone que yo, como todos los novicios, debería de estar durmiendo durante largas horas en vez de las pocas que los vampiros tan antiguos como ellos necesitan.

—¿Jane ha sido informada? —pregunta la voz de Vlad mientras me pego silenciosamente a una pared.

Escuchar a escondidas está mal. Lo sé. Pero también sé lo sobreprotector que es Vlad y que se siente reacio a llevarme de caza con él cuando vaya a por Ally, especialmente después de lo que le hizo a su hija a pesar de lo poderosa que es esta.

—Todavía no —replica Lukas con un suspiro. Es uno de los pocos vampiros que respira regularmente porque le gusta la sensación (y el dramatismo de un buen suspiro de vez en

cuando)—. Les he dicho a los del equipo de localización que no le digan nada. Ni a ella ni a los dos miembros de su equipo supervivientes. Yo tampoco quiero que salga en busca de venganza y acabe muerta.

Puedo imaginarme la expresión de alivio de Vlad y su asentimiento de agradecimiento como si lo tuviera delante.

—Que no se lo digan todavía —ordena el príncps—. Quiero lidiar con esto personalmente.

—¿Todavía no se sabe qué poderes tiene esa mujer?

Me enfoco tanto en escuchar que no noto que hay movimiento a mi espalda.

—Sospecho que algo relacionado con el don psíquico de su Progenitor, Cleto —musita Vlad, pensativo—. Ya ha habido dones similares entre padres e hijos con anterioridad.

—Y eso explicaría cómo fue capaz de hacer que nuestros soldados se atacaran unos a otros, como nos contó Jane —murmura Lukas con tono reflexivo.

—Si el don es telepático, habrá que convocar guerreros que tengan dones que resistan el control mental —concuerta Vlad.

—¿Vas a decírselo a Ren?

Contengo el aliento que de vez en cuando no me acuerdo de que ya no necesito para vivir. Hay una pausa de unos segundos en la discusión.

—Todavía no. Es una novicia y sus impulsos son demasiado intensos —confiesa finalmente mi príncps.

Cierro los ojos sintiéndome decepcionada. Por mucho que su necesidad de protegerme sea algo increíblemente hermoso, ahora mismo me resulta irritante.

—Te da miedo que la suya sea peor que la ira de Jane —deduce Lukas.

Se oye el crujido del sillón de cuero de Vlad como si se estuviera acomodando en su asiento.

—Temo que insista en formar parte del equipo cuando todavía no está preparada y no sabe si tiene un don o no, sí —admite Vlad—. La ira, además, puede cegarnos y volvernos impulsivos a todos. Y no quiero que Renata se ponga en peligro.

El nudo de decepción crece todavía más en mi estómago.

—Escuchar conversaciones a escondidas no es un buen hábito, jefa.

Doy un bote del susto y giro sobre mí misma.

Sebastian está a mis espaldas, a menos de un metro, apoyado sobre la pared cubierta de madera lacada y comiéndose una bolsa de Doritos.

De repente, noto lo ruidoso que es y me pregunto cómo es posible que no me haya dado cuenta.

Él alza las cejas con una sonrisa.

—¿Así que todavía no hay rastros de que tengas un don? —inquire en voz queda, aunque bajar la voz no sirve de nada.

Está claro que Lukas y Vlad deben de haberlo oído, porque el primero se asoma por la puerta del despacho y nos mira con desaprobación.

—Esta conversación es privada —espeta con irritación.

—No. Cuando yo soy el tema de conversación, no lo es —respondo con un resoplido.

—Renata —llama Vlad desde el interior de su despacho tras cruzar miradas con Lukas—. Ven.

Tensa como una vara pero decidida a dejar mi punto de vista sobre el asunto bien claro (nadie va a ir a cazar a mi maldita madrastra sin mí y punto), paso de largo a Lukas y me detengo frente al escritorio de Vlad con los brazos cruzados sobre el pecho.

Oigo a Lukas cerrar la puerta tras nosotros y alejarse pasillo abajo con su hijo.

—Estás molesta —comenta el prínceps observando mi lenguaje no verbal.

—Lo estoy —le confirmo—. Quiero ir con vosotros y no voy a aceptar un no por respuesta.

Él cierra los párpados como si acabase de decirle que quiero saltar por un puente y abrirme la cabeza contra las rocas del fondo.

—Renata, es peligroso.

—Lo sé.

—No sabemos qué don de sangre tiene, pero es poderoso.

—Eso también lo sé.

—Casi logró acabar con un equipo de élite con más de cincuenta años de experiencia en combate.

Eso no lo sabía, pero no voy a amedrentarme.

—Si tú vas, yo también voy —insisto, apretando la mandíbula.

Él se levanta y camina hacia mí, deteniéndose a escasos centímetros para acariciar mi rostro antes de abrazarme con fuerza.

—Yo soy inmune a los dones de sangre de los demás. Ese es mi don —me explica—. Tú no.

Me tenso todavía más, pero le devuelvo el abrazo porque no puedo evitarlo.

—Tienes miedo de que me use como cebo contra ti.

Siento sus pestañas rozar mi piel cuando cierra los ojos.

—Sí.

El que siempre sea tan sincero conmigo, aunque le cueste admitir algunas cosas, me ablanda el corazón.

No estoy acostumbrada a muchas cosas: el respeto; la honestidad; la amabilidad; el cariño... pero él me hace sentir que ser la receptora de todo ello es algo *normal*. Algo que merezco por el mero hecho de existir, sin que yo tenga que hacer o ser nada para recibirlo.

—No irás solo, ¿verdad? —inquiero, pensativa—. Te he oído hablar sobre reunir a un equipo de guerreros... Y seguro que Lukas también va.

No quiero ceder, pero tampoco quiero ponernos a ambos en peligro innecesariamente.

Él suspira tan profundamente que me recuerda a su querido amigo durante unos instantes, cosa que me hace sonreír porque a Vlad no le pega nada ser dramático.

—No iré solo —admite—. Doce de mis mejores soldados irán conmigo. Todos ellos tienen dones poderosos que pueden contrarrestar cualquier posible don psíquico y son de confianza.

—Entonces estaré a salvo con vosotros.

A cabezota no me gana nadie.

Y mucho menos él.

—Renata...

Doy un paso atrás y pongo las manos sobre sus hombros, alzando la cabeza para así poder clavar mis ojos en los suyos y transmitirle lo sería que soy en todo esto.

—Vlad —interrumpo antes de que pueda intentar convencerme otra vez de que me quede atrás—. Esa mujer me ha atormentado toda la vida. Necesito verla muerta con mis propios ojos... ¡Ah, no! —Pongo una mano sobre sus labios antes de que me diga que puede matarla y luego mandarme llamar para que vea cómo su cuerpo desaparece con mis propios ojos.

»Sea lo que sea lo que quieras proponerme, no me vale. Lo siento, pero no. —Aspiro una bocanada de aire y me doy cuenta de que me había olvidado durante unos minutos de que ya no necesito respirar. Aunque me he dado cuenta de que mis pulmones dejan de funcionar unos segundos siempre que me toca—. Lo que quiero, lo que *necesito* —digo con énfasis—, es enfrentarme a ella de una vez por todas cara a cara... y quizá darle una hostia o dos para quitarme esas ganas de encima, ya de paso.

Él suelta una carcajada.

Es tan inesperado que yo también río. Y luego lo beso, porque está aún más guapo cuando su rostro serio y sereno se llena de diversión o felicidad.

Vlad parece debatirlo unos segundos consigo mismo tras el beso, pero al final apoya su frente sobre la mía y cede.

—Muy bien —asiente a regañadientes—. Pero seguirás mis órdenes y no te pondrás en peligro innecesariamente a ti misma. Esas son mis condiciones. Y no son debatibles, Renata.

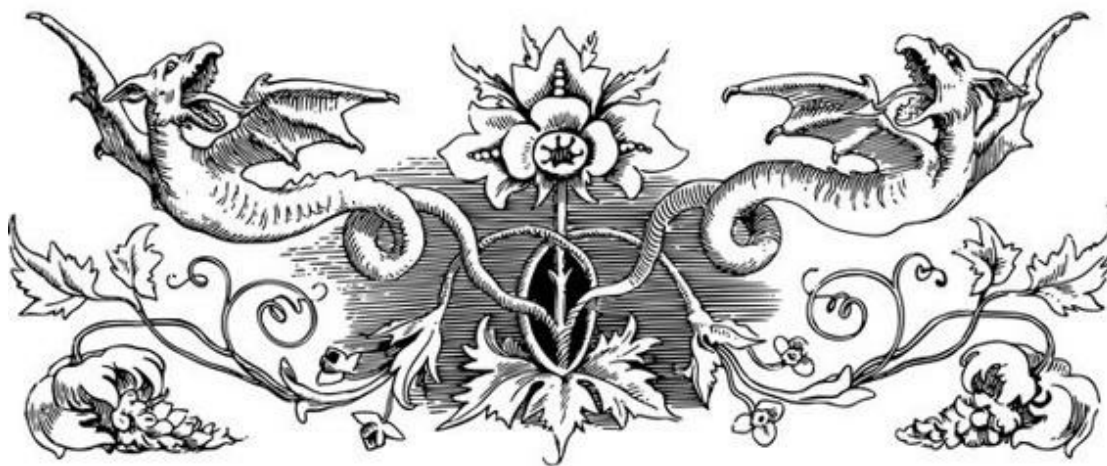
Le sonrío con ganas, presa de la excitación y el alivio de poder al fin cerrar ese capítulo de mi vida.

—Lo que tú digas, mi príncipe.

Él me besa y luego procede a hacerme el amor sobre su escritorio un par de veces.

Esta noche iremos de caza, pero ahora mismo lo único que quiero cazar es mi próximo orgasmo, pienso mientras lo abrazo con fuerza sin querer dejarlo ir.

Capítulo 35



EL ALMACÉN ABANDONADO

RENATA

Está escondida en un almacén de los muelles de un pueblo costero medio abandonado.

Mi madrastra puede que sea cruel y amoral, pero jamás ha tenido un pelo de tonta.

El pueblo está aislado entre montañas y la mayoría de sus habitantes son humanos de la tercera edad que viven solos, dado que la población más joven ha ido abandonándolo para vivir en la capital.

—¿Cuántos han desaparecido? —le pregunto a Jane mientras ambas esperamos en el coche.

Al final, la cazadora se ha enterado de que Vlad iba tras la mujer que mató a tres de sus amigos y, tras una larga discusión con él, se ha unido a nosotros.

Tengo la sensación de que Vlad, a pesar de mostrar una fachada fría, dura y cruel con el mundo, en realidad tiene un corazón suave cuando se trata de su familia.

—No lo saben —dice la vampiresa. Sus gafas de sol reflejan las luces de la carretera, tan abandonada y en mal estado como el resto del pueblo, por la que la procesión de oscuros coches de lujo de los Ladescu va rodeando el almacén en el que uno de sus equipos de localización,

compuesto por humanos que sustituyen a los vampiros al salir el sol, vio a Ally entrando justo antes del amanecer—. Pero el equipo que mandaron al pueblo a investigar sospecha que al menos seis o siete ancianos han desaparecido de sus casas esta última semana.

Me horroriza pensar en ello, porque sé lo que Ally les habrá hecho a esas pobres gentes.

Lo mismo que Dalia e Irma hicieron con Hada.

—Joder —suspiro con angustia—. Pobre gente.

Siento la mirada de Jane por el rabillo del ojo.

La única hija con vida de Vlad, que se ha presentado hace unas horas como mi conductora y guardaespaldas (y que seguramente tiene órdenes de mantenerme alejada de la pelea que está por venir muy a su pesar), es una mujer intimidante.

Poderosa, luchadora, independiente y segura de sí misma, me ha caído bien desde el minuto uno.

Es una de esas personas que, cuando las ves, sabes que aspiras a ser como ellas algún día.

Por eso me pone un poco nerviosa el preguntarme qué es lo que pensará de mí y de mi relación con su Progenitor, al que adora.

—Enterraremos a esas gentes con respeto cuando todo acabe —indica finalmente tras unos minutos de silencio, como si hubiese acabado de evaluar mi carácter y hubiese tomado una decisión.

Emito un sonido de conformidad y me reacomodo ligeramente en el asiento del copiloto.

—Entonces... —no termino la frase porque no sé cuál de las muchas cosas que se me pasan por la cabeza quiero preguntar.

Puede que ahora sea más poderosa y me sienta más fuerte física y mentalmente, pero en el fondo sigo siendo yo: la chica que todavía tiene que superar muchos traumas y aprender a amar todas las facetas de sí misma, esté orgullosa de ellas o no.

Aunque siento que he avanzado mucho desde la noche del baile, en la que tuve la inusual valentía de enfrentarme a Cleto y decirle lo que pensaba de su abuso.

Tal vez siempre ha habido valentía en mí y solo necesitaba que me empujaran una última vez para descubrirla, pienso para mí misma.

Al cabo de un rato, Jane decide apiadarse de mí y llenar el silencio incómodo que se ha

instalado entre nosotras mientras aparca el coche en el lugar que nos ha sido indicado previamente.

—Me convirtió hace setenta años —me cuenta mientras observamos al equipo de guerreros de élite Ladescu salir de sus vehículos armados hasta los dientes y rodear el almacén—. Estaba muriéndome de tuberculosis y vino a visitar el hospital para el que hacía donaciones, ya que siempre le ha interesado la medicina. Tuve el valor de acercarme a él y suplicárselo. Y él aceptó.

Su sonrisa está tan llena de afecto como la de Lukas.

—Cuanto más descubro de él, más me enamoro —digo en voz alta sin pretenderlo.

Ella se ríe con humor.

—Eso es bueno. —Me sonrío de manera amigable y se gira hacia mí quitándose las gafas de sol y clavando en mis ojos, todavía marrones, sus intensos iris de color rojo pálido—. Si hubieses sido una de esas zorras que fingen amarlo y solo quieren su riqueza y su título, hubiera intentado deshacerme de ti una vez te casaras con él y lo librases de la Frialdad.

Lo dice muy en serio.

—Te aseguro que mi amor por él es genuino —le devuelvo la mirada con aplomo—. Y que sus riquezas y títulos son algo nimio comparado con ello.

Se me queda mirando durante largos segundos como si catalogara cada una de mis microexpresiones y pudiera leerme como un libro abierto.

Al final parece darse por satisfecha, porque asiente para sí misma y vuelve a colocarse las gafas de sol.

—Su corazón ha elegido bien —afirma. Y ese voto de confianza, proviniendo de una mujer a la que estoy empezando a admirar tanto, me hace sonreír—. Me alegra por ambos.

—Gracias, Jane.

—Mmm —responde ella con cierta indiferencia, como si ahora que ha obtenido lo que quería (evaluarme como posible esposa de Vlad) ya no le interesara mucho hablar.

Parece una mujer de pocas palabras.

—Espero que podamos ser amigas.

Esa declaración, entusiasta por mi parte, la hace girarse hacia mí de nuevo alzando una

ceja con sorpresa.

—No tenemos por qué, así que no te sientas obligada a ello —replica con tono neutro—. Puede que sea su hija, pero viajo mucho así que me verás poco.

—¡Eso no importa! —insisto con cabezonería—. Realmente quiero que nos des la oportunidad de conocernos y ser amigas.

Ella parece algo reticente, pero yo he conocido a muy pocas personas que quiera que formen parte de mi vida, y mi instinto, o corazón, o lo que quiera que sea esa sensación de haber calado a una persona, me dice que Jane es alguien genial y que llamarla amiga sería maravilloso.

—Muy bien —carraspea con incomodidad—. Como quieras.

—¡Genial! —sonrío con alegría.

Mi primera amiga mujer genuina.

Mi compañera del *karaoke*, a la que he enviado una parte de los ahorros que tenía en mi pequeña cuenta bancaria mediante uno de los trabajadores del palacio (que ha estado encantado de ayudarme) no era amiga como tal.

Tan solo me prestó la ropa porque le di pena cuando me oyó comentarle a mi jefe que quería hacer horas extras para comprarme un vestido y unos zapatos, aunque luego le oí comentar con otra compañera, entre risas poco amables, que seguramente iba a intentar colarme en el Baile de los Eternos y que le parecía algo patético.

Claro que no le dije que tenía un *ticket* de oro. Sobre todo, sabiendo que es una bocazas amiga de una amiga de Irma y que se le iría la lengua si yo se lo contaba.

—Padre va a entrar —observa Jane.

Me enfoco de nuevo en la escena que tenemos frente a nosotras, tratando de ignorar la evidente frustración de Jane por no ser una de los soldados que están ahí fuera apoyando a Vlad en su inminente pelea y en la mía propia porque me hayan ordenado que me quede en el coche hasta el «aviso» que sé que no va a llegar.

Abro la boca para decirle a Jane que quizá deberíamos salir del coche, aunque nos quedemos cerca del mismo, para así estar listas por si acaso nos llaman.

Pero entonces algo, una sensación extraña de muerte inminente que me llena las venas de hiel, me roba las palabras de la boca y el aliento que solo necesitamos para hablar de los labios.

—Algo va mal —le digo a Jane con apremio—. Muy mal.

Ella frunce el cejo y observa la puerta por la que ha desaparecido Vlad.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé —me muerdo el labio inferior con angustia—, pero algo no va bien y sé que Vlad está en peligro.

Jane aprieta los labios y se lleva la mano a la oreja.

—¿Tienes visibilidad del prínceps, Raphael? —le pregunta a alguien, cuya voz distorsionada por el pinganillo responde que lo ha visto subir por las escaleras que llevan al despacho abandonado de lo que ha resultado ser una antigua fábrica naval—. Mantenme informada. —Me mira de reojo antes de añadir—: La nueva jefa dice que algo va mal, así que estad el doble de alertas. E informa al perímetro que intenten mantener contacto visual a través de las ventanas del piso de arriba.

Estoy muy nerviosa. No solo porque Ally está aquí y por la pelea a muerte que se avecina, sino porque la sensación de que Vlad está en peligro, de que todos lo estamos, no desaparece de mi cabeza.

—Tengo que entrar —declaro de repente, quitándome el cinturón que me he puesto por la fuerza de la costumbre ya que los vampiros rara vez lo usan.

—Espera —se alarma Jane—. No puedes. Tenemos órdenes explícitas de...

—¡Eso ya no importa! —exclamo saliendo del coche.

Jane suelta una maldición y sale a toda prisa tras de mí.

Vlad está solo, pienso con un nudo cada vez más grande en el pecho.

Lukas al final no ha podido venir porque no estaba del todo recuperado tras haberme dado una fibra de su corazón y Vlad no iba a arriesgarse a ponerlo en peligro por mucho que el asistente protestara por ello.

Así que se ha quedado con Sebastian, que es el que coordina la comunicación. Todo el equipo de caza, excepto Vlad que se ha negado en rotundo a ello, lleva pinganillos esta noche.

Así que también está incomunicado del resto de nosotros.

Maldito prínceps cabezota. Le voy a echar la bronca de su vida si resulta que está metido en un lío y no ha podido decirnos nada por su aversión a la tecnología, siseo mentalmente para mí misma presa de una preocupación creciente.

—*Milady*, vuelva al coche —regaña uno de los soldados a través del aparato de mi oído, que me quito y me guardo en el bolsillo de mis pantalones militares, prestados por Jane para la ocasión.

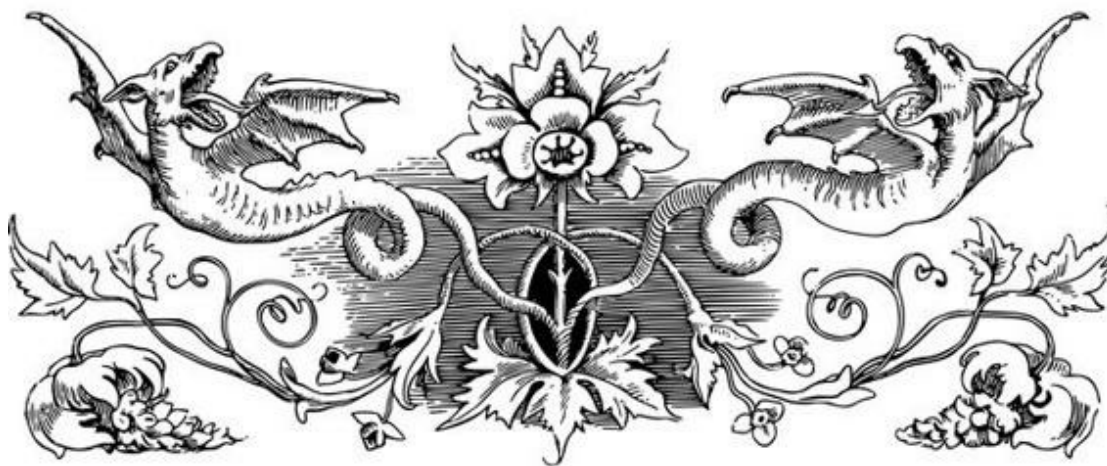
—Renata, ¡espera! —ordena la cazadora con un gruñido, pero yo paso de largo esquivando su intento de agarrarme del brazo y entro a toda prisa en el almacén con el corazón en un puño.

Vlad está en peligro.

Y no pienso quedarme de brazos cruzados mientras alguien a quien amo podría perder la vida.

Eso jamás.

Capítulo 36



MUERTE Y RENACIMIENTO

RENATA

Huelo a sangre, y creo que es de Vlad.

Y ello me hace emitir un sonido de angustia y acelerar el paso.

—Mierda —gruñe Jane a mis espaldas cuando ve lo que yo veo: que los cristales sucios y rotos del viejo despacho diseñado para vigilar la antigua zona de trabajadores están salpicados de sangre por dentro.

—Todavía está vivo. Siento su energía —apremio a Jane.

—¿Su qué? —se extraña ella, adelantándose cuando llegamos al pie de las escaleras de hierro oxidado.

Ella, en vez de subir los escalones, se agarra a la barandilla y se da impulso hacia arriba aterrizando en el pasillo que recorre toda la planta de arriba.

Yo intento imitarla y casi me estampo contra uno de los pilares que sostienen el suelo, pero logro aferrarme a este en el último momento.

Tengo que aprender a controlar las habilidades más básicas, me digo a mí misma justo cuando Jane abre la puerta del despacho... y se aparta a toda prisa cuando algo salta sobre ella

con las garras extendidas.

—¡Ghouls! —exclama la guerrera con una imprecación—. La muy zorra ha creado ghouls.

No sé qué son los ghouls, pero al observar a la criatura luchando contra Jane, me doy cuenta de varias cosas: la primera, que tiene pinta de haber sido uno de los ancianos desaparecidos antes de morir; la segunda, que parece un cadáver andante medio podrido y con la piel entre gris y azulada; y la tercera, que no hay inteligencia alguna ni en sus ojos ni en sus movimientos y que la energía que lo compone parece... muerta.

—¿Zombis? ¿Ha creado zombis? Pero ¿cómo...?

Me aparto justo a tiempo.

La ventana frente a la que Jane intenta arrancarle la cabeza al ghoul estalla en mil pedazos cuando algo salta por ella huyendo del despacho.

Ally.

—Hola, hijastra —dice fríamente, incorporándose.

Sus ojos enloquecidos se clavan en mí con odio en cuanto me ven.

Está muy cambiada.

Su figura, antes delgada y siempre pulcra hasta la obsesión, está hinchada como si su piel, enrojecida y repleta de venas prominentes, estuviese a punto de estallar.

Su cabello, que solía ser su mayor orgullo, es una maraña sucia y grasienta que cae hasta sus caderas repleto de sangre, hojas y barro.

—Ally —saludo con desprecio, poniéndome a la defensiva—. Estás hecha una mierda. ¿Es que has estado escondiéndote en el vertedero local? Apestas.

Ella me sonrío con una boca cruel de dientes ensangrentados y encías inflamadas.

Mis ojos, adaptados para ver perfectamente en la oscuridad, ven la sangre que gotea de su barbilla con claridad.

—Has mordido a Vlad —me doy cuenta, y todo mi cuerpo empieza a arder con rabia y un odio visceral e imposible de controlar.

Ella se ríe como si fuese una de esas brujas de cuentos de hadas creadas para asustar a los niños.

—Vino solo —escupe—. Como si creyera que podría vencerme por su cuenta. Es insultante... pero al menos estás aquí ahora. —Me señala con un dedo de garras alargadas y ennegrecidas—. Podré matarte y vengar a mis hijas antes de largarme de esta mierda de país.

A mis espaldas, Jane está lidiando con un número cada vez más creciente de ghouls.

Tengo que hacer algo. ¿Cómo los controlará? Piensa. Piensa. Piensa, me urjo a mí misma.

Estoy segura de que hay muchos más en el laberinto de despachos interconectados que ocupan toda la planta de arriba y que han atacado a Vlad en masa en cuanto ha puesto un pie aquí. Como un ejército incapaz de sentir dolor.

Incluso con las cabezas arrancadas por las garras y la espada que Jane se ha sacado de a saber dónde, los ghouls siguen atacando como si no las necesitaran para ver a su objetivo.

—¿Te gustan mis creaciones?

—Pensaba que un vampiro menor de cincuenta años no podía transformar a nadie —comento para ganar tiempo.

A Ally siempre le ha gustado dar largos discursos en los que se vanagloria de su supuesta inteligencia superior.

—Está prohibido que lo intenten porque su sangre suele ser más débil que la de un vampiro mutado mucho tiempo atrás. Y por ello suelen crear ghouls —finaliza Ally con un movimiento de su mano que acompasa a las docenas de esas criaturas que puedo ver luchando contra Vlad en el interior del despacho.

Está malherido allá donde sus garras y dientes han abierto agujeros en su carne, pero está ganando.

Solo necesito darle tiempo.

Aguanta, Vlad. Estoy aquí, cariño.

Me centro de nuevo en Ally cuando veo su expresión de sadismo por el rabillo del ojo. Es una que conozco bien y que pone cada vez que va a hacer algo particularmente cruel que ha estado tramando durante un tiempo.

Noto algo proveniente de ella. Una especie de energía. Entrecierro los ojos e intento concentrarme, pero solo siento la energía que la compone moverse, como si se concentrara en algunos puntos.

Qué extraño.

Me pregunto si los demás ven lo que yo veo. Quizá notar la energía que emiten las personas, sean humanos o vampiros, y la fauna y la flora sea mi don de sangre.

Algo, un instinto primario de mi interior, me dice que he dado en el clavo, pero que eso no es todo.

—En fin, no diré que ha sido un placer verte, hijastra —sonríe Ally con los ojos brillantes de malicia, mientras extiende las manos hacia mí.

Va a usar su don, me advierte mi instinto de supervivencia instantes antes de que la energía que estaba acumulando recorra sus brazos y me golpee de lleno en el pecho, conectándose a mí con hilos invisibles que, si me concentro, parecen brillar levemente.

Como si existieran en otro plano de la realidad entremezclado con este, pero solo visible a mis ojos.

—¿Qué estás haciendo? —le gruño, maldiciéndome por no haber pedido una espada.

Tengo una daga sujeta a mi muslo, pero dado que no sé usar armas, Jane ha considerado que era mejor que me quedara a su lado para no acabar hiriéndome a mí misma con mi falta de experiencia.

Si tan solo pudiera acercarme más... pienso, cayendo al suelo cuando noto la sangre de mi cuerpo retorcerse en mis venas.

La sangre, me doy cuenta con un boqueo, *no es un don psíquico, lo que controla es la sangre de sus víctimas. Así es como las obliga a matarse entre ellas.*

—¡No! —exclamo cuando Ally, entre risotadas divertidas, mueve mi cuerpo como si este fuera una marioneta hacia la puerta del despacho en cuyo interior Vlad está acabando con los últimos ghouls.

Quiere que mate a Vlad, caigo en la cuenta con angustia. *Me va a usar para hacerle daño y luego huirá atacando a los guardias del perímetro con los ghouls que le queden.*

Jane sigue luchando contra la más de media docena de ghouls, cuyos pedazos cortados a cachitos se aferran a su cuerpo con ahínco. Manos, mandíbulas, dedos sueltos... es espantoso. Trepan sobre ella del mismo modo que trepan sobre Vlad, intentando arrancarle pedazos de carne y meterse en su cuerpo a través de la boca para envenenarla con su sangre negra y podrida y arrancarle ambos corazones, el principal y el secundario, pequeño y situado bajo el estómago.

—Siempre me ha gustado el teatro —comenta Ally, deteniéndose junto a mí frente a la puerta abierta del despacho—. No hay nada como una buena obra dramática para que una velada sea memorable.

Vlad lanza una cabeza cortada que intentaba amputarle una pierna masticándola contra la pared más lejana y alza la mirada.

—¡Sal de aquí! —ruge con preocupación al verme, pero un torso al que solo le queda un brazo se lanza sobre él desde un escritorio cubierto de polvo y sangre y lo hace caer al suelo con una fuerza sobrenatural.

Oigo sus maldiciones y lo veo levantarse de nuevo.

Pero soy incapaz de emitir ni una sola palabra ni tampoco de moverme a voluntad.

Debo hacer algo. Debo contrarrestar su control sobre mi sangre de alguna forma, me digo a mí misma con urgencia.

Por el rabillo del ojo, veo esos tentáculos de energía que se conectan a los brazos de Ally pegados a mi cuerpo como cuerdas casi invisibles.

Si soy capaz de verlos, tal vez sea capaz de interactuar con ellos, reflexiono a toda prisa, presa de la rabia cuando Ally, todavía hablando de teatro o no sé qué mierda, me hace avanzar hacia el interior del macabro despacho.

Calma, me ordeno cuando estoy a apenas unos metros de Vlad, que está siendo enterrado bajo una montaña de podridas partes de ghouls. Concéntrate.

Hasta los intestinos de uno de los zombis se arrastran hacia él como serpientes con vida propia cuyo único propósito sea matar a los enemigos de su creadora.

Centrando mi mente en la energía de mi propio cuerpo, intento moldearla con el pensamiento para que queme la de Ally allí donde sus tentáculos se enganchan a mí.

Todo mi cuerpo está tenso por mis intentos de resistir el don de sangre de mi madrastra, pero mi mente, de repente, se siente como si estuviese sumida en un estado de profunda claridad.

—¿Qué estás haciendo? —Ally detiene su monólogo vindicativo y se me queda mirando con extrañeza.

Estamos paradas escasamente a un metro del montón de pedazos que entierran a Vlad, que sigue luchando contra estos de manera incansable, impidiendo que lleguen hasta sus

corazones a pesar de lo malherido que está.

—¡Para! —gruñe mi madrastra, dándome un tortazo que apenas siento.

Es como si estuviera desconectada de mi propio cuerpo. Noto mis alrededores, pero mis emociones parecen lejanas e irrelevantes.

—¡He dicho que pares! —grita Ally, dándome otro cachetazo y dejando un reguero de sangre sobre mi mejilla cuando sus garras me abren un tajo en la piel.

Ignoro a Ally y me sigo concentrando en manipular mi propia energía; escurridiza pero cada vez más fácil de controlar.

Fuego, ordeno a la zona en la que Ally está conectada a mí una vez más, esta vez con mayor intensidad y concentración. *Sé fuego e incinérala*.

Incinérala hasta hacerla cenizas.

—Hija de puta —sisea Ally en mi oído con mucha más rabia que antes—. No sé qué mierda estás haciendo, pero no vas a librarte de mi don de sangre. Vas a hacer exactamente lo que te ordeno hacer como siempre has hecho y luego morirás devorada por mis ghouls como la perra sin personalidad que eres, ¿me has entendido?

Abro los párpados que no me había dado cuenta de que había cerrado y fijo mis ojos en ella.

—No —replico con una voz poderosa y segura de sí misma.

Esta vez soy yo la que le sonrío justo antes de que mi energía invada la suya subiendo por los tentáculos invisibles de su don de sangre y fuerce mi voluntad en su interior. Como un ejército enemigo colándose en una fortaleza, siento como si parte de mí estuviera de repente en el interior de Ally.

Arde, ordeno una vez más.

La oigo gritar de dolor y siento su energía arder como si mi energía fuera gasolina y mis deseos, la llama que necesitaban para prenderle fuego.

Ally arde. Arde con llamas invisibles que solo yo puedo ver.

Arde y desata los tentáculos con los que se conectaba a mi sangre intentando huir de mí, porque, aunque no sepa qué es lo que está pasando, sí sabe que la causante de ello soy yo.

No es estúpida. Nunca lo ha sido.

Arde y camina hacia atrás, tropezándose mientras se aleja de mí todo lo que puede entre gritos de agonía y la expresión de su rostro me dice que no comprende nada a pesar de todo, que no sabe cómo es posible que su cuerpo esté humeando y su carne volviéndose cenizas alrededor de sus huesos.

Que se creía invencible y la más lista de todos y que perder, sobre todo contra un ser que considera tan inferior a ella como lo soy yo, jamás se le pasó por la cabeza.

Arde y, en tan solo unos segundos, la mujer que me ha atormentado casi toda la vida y que ha intentado matar al hombre al que amo y a su hija es tan solo un montón de cenizas negras sobre el suelo roto y repleto de polvo de una fábrica abandonada.

Presa de la misma calma sobrenatural y sabiendo al fin cuál es mi don, uso mi control sobre la energía que compone el mundo espiritual y que está tan íntimamente entrelazada con el físico para hacer cenizas a los ghouls. Cada gota de sangre, cada diente, cada músculo y trozo de piel putrefacta.

Ahora que la mujer que los creó con su sangre y que los controlaba ya no está, han perdido la voluntad y han dejado de moverse, pero aun así estas pobres gentes merecen tener paz.

Cuando vuelvo en mí, saliendo de ese estado carente de emociones en el que me encontraba, Vlad está frente a mí y me abraza con fuerza como si hubiese estado aterrado de perderme.

—Ya está —me dice con voz calma como si supiese que necesito oírlo—. Se acabó. Está muerta. Has acabado con ella y jamás volverá a atormentarte.

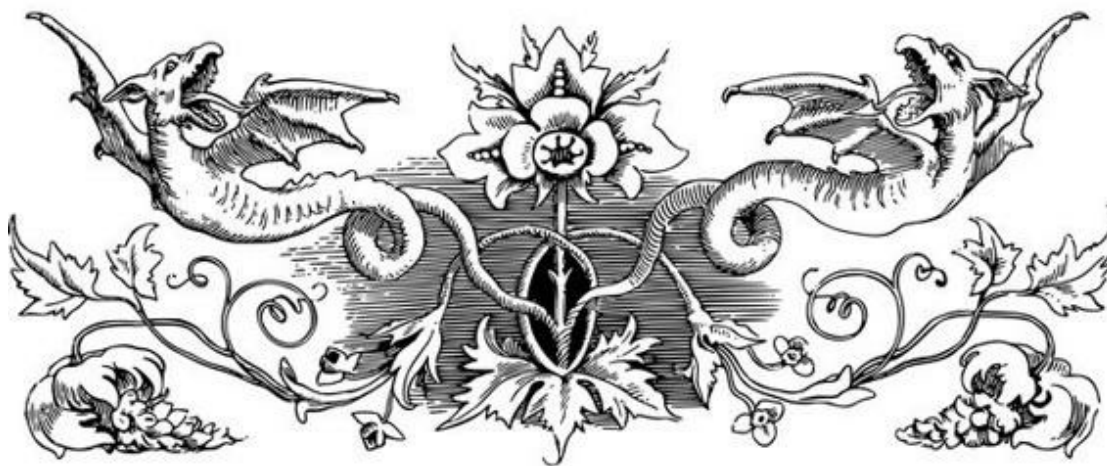
Cuando rompo a llorar manchando su camisa de lágrimas de sangre, él me abraza con más fuerza y me murmura que estoy a salvo y que lo siente, que no volverá a subestimar una amenaza y que jura que no dejará que nadie abuse de mí de nuevo y un millón de cosas más.

Pero no son lágrimas de pena.

Sino de alivio.

Siento que al fin puedo empezar a vivir de verdad sin nubarrones negros en el horizonte. Como si hubiera vuelto a nacer una vez más.

Capítulo 37



DEJAR IR EL PASADO

RENATA

El aire está frío, pero mi cuerpo apenas lo nota y ciertamente no lo resiente.

—El paisaje es impresionante desde lo alto de la torre, ¿verdad?

Giro la cabeza para sonreírle a Vlad por encima del hombro.

Ha estado ocupado investigando de dónde provenían todas las víctimas de Ally, que estaba claro que no solo eran los seis o siete ancianos desaparecidos, sino que había estado raptando gente de varios pueblos cercanos durante semanas para crear a sus ghouls.

Quiere hablar con las familias y darles el pésame y una compensación económica, si la aceptan. Al igual que hizo con las familias de las víctimas de mi antiguo vecindario que las Tres Horrendas asesinaron sin piedad alguna.

No hay mucho más que pueda hacer dado que los cuerpos han desaparecido por completo gracias a mí, aunque eso lo he deducido yo sola.

Es tan honorable y tan bueno, suspiro para mí misma, y apoyo mi cabeza en su hombro cuando se sienta a mi lado sobre las almenas de la vieja torre.

La misma en la que hicimos el amor después de que yo me convirtiera en vampiresa y

que se ha transformado en un pequeño refugio para mí cuando necesito pensar.

—¿Y ahora qué? —escapa de mis labios en voz alta sin pretenderlo al cabo de unos segundos de silencio reflexivo.

Vlad pasa un brazo por mis hombros y besa mi frente con devoción.

—¿Qué es lo que deseas hacer?

Lo pienso durante unos segundos, pero llego a la misma conclusión a la que he llegado tras darle vueltas a la cabeza durante horas.

—Casarme contigo —le confieso—. Eso lo tengo seguro. Pero más allá de eso, no lo sé.

Él acaricia mi brazo de manera distraída mientras ambos observamos el bosque que se extiende por los terrenos Ladescu hasta perderse de vista.

Las luces del pueblo en el que crecí, situado en mitad del bosque a unos kilómetros del palacio, son visibles en la lejanía.

—Aunque también tengo claro que no quiero volver allí jamás —deduzco al mirarlas.

—¿Al pueblo? —inquire Vlad, siguiendo la dirección de mi mirada.

Asiento contra su hombro.

—Sí —confirmo en voz queda—. Demasiados... recuerdos.

Su brazo me aprieta un poco más contra él y yo sonrío por el amor que emana de su energía.

Mi don cada vez se hace más fuerte y más complejo. Estoy aprendiendo a interpretar las emociones que emana la gente.

Es fascinante. Como si tuviera acceso a un segundo lenguaje no verbal que nadie más conoce.

—Tengo una pequeña propiedad en París —comenta Vlad.

—¿Pequeña? —Alzo las cejas con sorpresa—. Según leí en una revista es un antiguo palacio con casi un kilómetro de jardines. Además, está situado en un barrio de lujo del centro de la ciudad, ¿no?

Él se ríe entre dientes, divertido a costa de mi tono rebosante de incredulidad.

—Pequeño comparado con otras propiedades Ladescu —me aclara con humor—. La

mansión de Svalbard es mucho más grande, por ejemplo.

—¿Svalbard?

—Unas islas de Noruega —esclarece.

Frunzo el ceño porque me suena haber oído algo sobre ellas.

—¿No hay allí seis meses de oscuridad o algo así? —inquiero con intriga.

Me pregunto, ya que los vampiros apenas necesitamos dormir, si no será como el equivalente a largos meses de vacaciones de verano humanas para nosotros, dado que el frío tampoco nos afecta mucho.

La vida nocturna de por allí debe de ser fascinante y seguro que gira en torno a los vampiros, que me suena haber oído que ocupan casi todas las islas, pienso con interés.

—Sí —asiente Vlad—. Seis meses de noche y seis de día. Muchas casas nobles vampíricas del mundo tienen una residencia allí.

—Déjame adivinar —digo medio en broma—. Ya que son islas, tú posees una entera para ti solo.

—No para mí solo —responde él como si fuera lo más normal del mundo—. La comparto con Lukas, que tiene su propia casita junto al mar, y con todos aquellos que sirven a los Ladescu bajo mi mando.

Alzo la cabeza para mirarlo con incredulidad de nuevo, pero él no parece comprender qué hay de extraño en poseer una isla para él, sus siervos y sus amigos.

Al final, apoyo la cabeza en su hombro de nuevo mientras me río con ganas.

—Me encantaría visitar esa isla —le confirmo en voz queda al cabo de un rato, una vez se me ha pasado la diversión.

Él no parece comprender por qué su despliegue de riquezas casual me parece tan gracioso, pero está feliz de verme reír y se le nota.

—Todo lo que poseo es tuyo.

Lo dice con tanta generosidad, con tanta honestidad, que ambos corazones me dan un pinchazo por las malditas emociones que este príncipe despierta en mí.

Cierro los ojos y aspiro su aroma, hundiendo mi nariz en su cuello y pegándome un poco más a él.

A muchos vampiros solo les gusta usar sus pulmones cuando necesitan llenarlos de aire para hablar o para rastrear un aroma, pero yo he descubierto que es un hábito de mi vida humana que me gusta mucho y que quiero conservar.

Además, privarse de un sentido no tiene ni pies ni cabeza para mí.

Opinión que Vlad comparte conmigo, aunque admite que a veces se olvida de respirar durante días.

—Ni siquiera sé lo que me gusta y lo que me disgusta —le confieso aquello que me ha estado atormentando tras otro rato de silencio—. No sé si tengo aficiones. O si se me dará bien algo en la vida más allá de limpiar. Creo que apenas sé quién soy cuando no soy presa del estrés constante, Vlad. Y ahora que eso se ha ido... No sé. Es como si hubiera vivido toda mi vida intentando sobrevivir a una tormenta y, de repente, las aguas se hubieran calmado. Y me encuentro con que la única forma en la que sé nadar es de manera desesperada y hasta el agotamiento pero que mi mente me pide dejarme llevar por la corriente... —Me paso una mano por la cara, frustrada conmigo misma. Está claro que una de las cosas que no se me dan bien son las metáforas—. ¿Tiene eso sentido?

Él coge mi cara con una de sus manos y me obliga a alzar el rostro para poder besarme con ternura.

—Tiene mucho sentido —me calma. Y creo que realmente lo entiende—. No te culpes ni te agobies por sentirte así, Renata. Te irás descubriendo a ti misma con el tiempo, amor mío —susurra con sus labios contra mi frente—. No te atormentes. La vida es un continuo aprendizaje sobre quiénes somos como personas según las circunstancias en las que estemos en ese momento, pero esos momentos, esos días, meses o años en los que una situación se alarga, no definen *todo* lo que somos. No eres únicamente como te has sentido ni lo que has hecho para sobrevivir a un trauma, cariño. Eres mucho más que eso. Muchísimo más. Que no te dé miedo descubrirlo.

Cierro los ojos una vez más y dejo que las lágrimas caigan por mis mejillas y que mis labios sonrían con el amor que siento por él.

Las Tres Horrendas están muertas, pero el daño que me hicieron tardará un tiempo en sanar.

Ahora solo me queda ir aprendiendo quién soy como persona, aunque levantarme cada anochecer y pensar en que ya no queda nadie en el mundo que quiera atormentarme hasta la locura sea tan extraño que a veces no sepa cómo comportarme.

He pasado muchos años viviendo a la defensiva, presa del instinto de supervivencia.

Pero ahora eso se ha acabado.

Estoy a salvo.

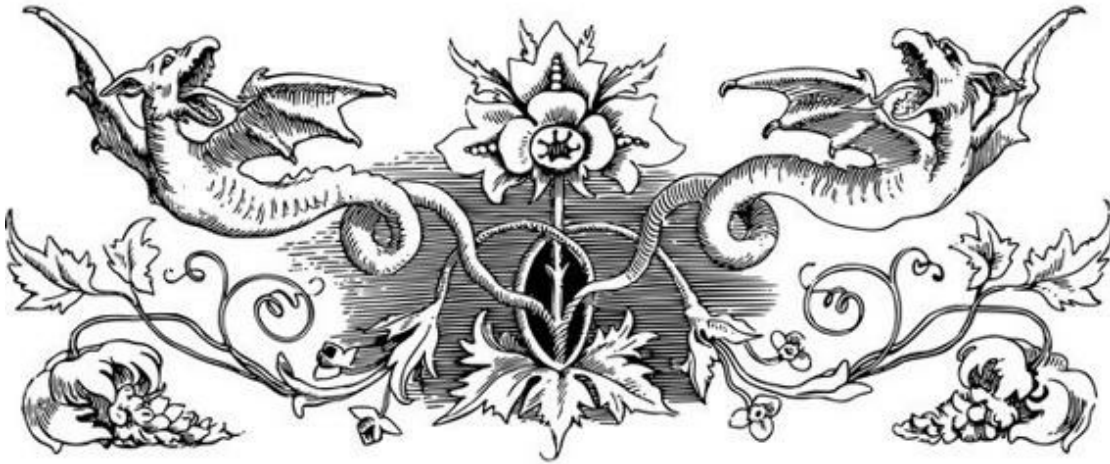
Poco a poco, me repito pasando mis brazos bajo los de Vlad para abrazarlo con fuerza. Sanar no va a ser fácil, pero sé que llegará un punto en el que sea plenamente feliz con mi vida, conmigo misma y con aquello que me rodea.

Solo debo perseverar.

Aprenderé a vivir junto a lo único que sé con toda certeza con cada fibra de mis dos corazones: que amo a Vlad Ladescu más de lo que amaré jamás a nadie, sea lo larga que sea mi vida y hasta el final de la misma.

Capítulo 38

EPÍLOGO



SANGRIENTAMENTE FELICES POR SIEMPRE

RENATA

La ceremonia de boda es un evento privado, y la llevamos a cabo en el bello palacio de París al que nos mudamos unos días después, una vez Vlad ha finalizado los últimos trámites con las familias de los fallecidos.

Vlad y yo nos miramos a los ojos, tendidos desnudos sobre el amplio lecho marital una noche de luna llena, y nos mordemos el cuello el uno al otro, pronunciando nuestros votos de devoción y amor mutuo antes de hacer el amor apasionadamente.

Mientras sigamos compartiendo sangre de vez en cuando, el vínculo que ahora nos une permanecerá intacto, ya que para que un emparejamiento entre dos vampiros se mantenga este ha de renovarse al menos una vez al año.

De otro modo, sería el equivalente al divorcio.

Por suerte, el mordisco mutuo es tan eufórico y placentero que nos sume en un estado de felicidad y aumenta la necesidad de unir nuestros cuerpos hasta niveles que nos vuelven locos de

pasión durante unas horas.

—Cuando era humana, pensaba que lo de beber sangre sería algo horrible, pero ahora que soy vampiresa, es todo lo contrario —le comento a Vlad tras otra maratón de sexo, tendida con mi cuerpo medio encima del suyo.

Mi piel se hace poco a poco más y más fría, pero mi sangre, como la suya, es tan caliente que a un mortal le parecería antinatural.

Es curioso lo rápido que me acostumbro a los cambios de mi cuerpo.

—La mente se adapta a las necesidades del cuerpo —musita Vlad besando mi hombro, mi clavícula y mis pechos.

Suspiro y me arqueo para darle más piel que adorar a su inquieta boca.

—Pero no hay ni una sangre tan deliciosa como la tuya.

Él se ríe por mi declaración.

—Lo mismo digo, cariño.

Roza con sus colmillos uno de mis pezones, inflamados por la atención que les ha prestado hace poco mientras follábamos como salvajes, y me hace suspirar de nuevo.

A veces las bolsas de los donantes, que reciben dinero a cambio de su sangre, no son suficientes. Pero hundir mis colmillos en el cuerpo de mi ahora esposo siempre calma esa hambre que ruge en mi interior cuanto más tiempo paso sin hacerlo.

Morderle es algo absurdamente placentero a lo que me voy a acostumbrar con rapidez.

—Vlad.

—¿Mmmm?

—Creo que ya sé lo que quiero hacer —le digo acariciando su pelo negro alborotado por mis manos mientras me practicaba sexo oral hace un rato—. Al menos por ahora.

Él alza la cabeza y besa mi barbilla, prestándome toda su atención.

—¿Y qué es lo que quieres hacer? —inquire, frotando su nariz contra mi mejilla.

Sonrí y pienso que me estoy acostumbrando también a los numerosos gestos de afecto, pequeños y casuales pero aún más bonitos por ello, que él hace de vez en cuando a pesar de su reputación como ser frío y distante, tan desacertada para los que le conocen íntimamente.

—Quiero estudiar —confieso—. Quiero aprender. —Él se reacomoda con los codos a ambos lados de mi cuerpo para poder contemplarme mejor y yo aparto un mechón que le cae sobre sus bellos ojos—. Mi madrastra me obligó a dejar la escuela y a trabajar desde los dieciséis. —Noto la tensión de su cuerpo y la ira de sus ojos contra una mujer que ya no es nada más que pasado para mí, cada día más lejano conforme voy creando nuevos recuerdos junto a él.

»Pero siempre me gustó estudiar, ¿sabes? Se me daba bien y me gustaba. Sé que soy capaz de sacarme una carrera si quiero. Y creo que quiero. De hecho, quiero aprender muchas cosas: Historia, Antropología, Economía, Psicología, Arqueología... Hay tantas cosas que me fascinan sobre el mundo. Y quiero saberlas todas, aunque tarde cien años o doscientos. Me da igual.

Él me sonríe con orgullo, feliz de que vaya tomando decisiones sobre mi vida con las que estoy a gusto.

No hay un solo día en el que no ame a este vampiro un poco más que el anterior.

—Mi preciosa esposa será la científica más hermosa e inteligente de todas.

Besa mis labios y me río por el simple motivo de que lo dice con la honestidad que lo caracteriza y ello nunca falla en convertir mis entrañas en gelatina.

—Te amo, Vladislav Ladescu.

—Y yo a ti, Renata Curtis-Ladescu. Hasta el final de los tiempos y más allá.

Nos besamos de nuevo y nos abrazamos con ganas, tendidos en nuestra cama.

Y siento que el mundo, sin importar la oscuridad que a veces nos muestre, es un lugar maravilloso lleno de amor y esperanza.

Y que nada, jamás, va a hacerme cambiar de parecer ahora que sé lo que es el amor verdadero y el vivir feliz junto a mi prínceps.

Aunque no tengo ninguna intención de hincar mis colmillos en una perdiz como hacen los vampiros de los cuentos de hadas que me leía mi madre de pequeña.

FIN

SOBRE LA AUTORA

T. N. Hawke es una prolífica autora que tiene **más de 30 libros publicados** a través de Amazon, todos ellos disponibles en **Kindle Unlimited** y **con altas dosis de romance y pasión**.

Desde vampiros y clubes repletos de demonios hasta Cambiantes (Lobos, Osos, Guepardos...) que viven en un mundo hermoso donde la gente busca a sus Almas Gemelas, pasando por reyes elfos gruñones y apasionados (con toques del cuento de *La Bella Durmiente*) y muchos más.

Si te ha gustado este, no te pierdas el resto de sus libros, que podrás encontrar si haces clic en su **perfil de Amazon**.

¡Ah! Y recuerda que las pequeñas autoras **agradecen siempre** que dejes estrellas y/o un comentario **si te ha gustado el libro** para que así Amazon no lo entierre y pueda llegar a más lectores potenciales.

¡Muchas gracias por leer!

^[1] Ally se traduce como «aliado/a» del inglés.

^[2] Según Wiktionary: Hombre que ofrece dinero o regalos a otra persona a cambio de compañía y afecto en el que se pueden dar relaciones sexuales o no, no siendo un intercambio explícito a cambio de favores sexuales.

^[3] Los vampiros tienen un sistema familiar basado en quién convirtió a quién: las personas con los mismos Progenitores (un único vampiro o una pareja de ellos) se consideran a sí mismos «hermanos». Mientras que los «hijos» de estos últimos son «primos» entre sí. En este caso, los «primos» de Vladislav son aquellos que fueron convertidos por los «hermanos» de los antiguos reyes de Francia (vampiros originarios del norte de Europa que asesinaron al linaje real humano y se quedaron con el trono), muchos de los cuales fueron ejecutados durante la Revolución Francesa.